

## **ESPEJO DE PERFECCIÓN (EP).**

### **Capítulo I**

**Comienza el espejo de perfección del estado del hermano menor.**

**1. Después que se perdió la segunda Regla compuesta por el bienaventurado Francisco, subió éste a un monte con el hermano León de Asís y con el hermano Bonizio de Bolonia para redactar otra Regla (cf. LP 17). La hizo escribir según Cristo se lo iba mostrando.**

**Pero muchos ministros se reunieron con el hermano Elías, que era vicario del bienaventurado Francisco, y le dijeron: «Nos hemos enterado de que el hermano Francisco está componiendo una nueva Regla, y tememos que sea tan severa, que no podamos observarla. Queremos, por tanto, que vayas a decirle que no nos queremos obligar a esa Regla. Que la haga para él, no para nosotros».**

**El hermano Elías les respondió que no se atrevía a ir, porque temía la reprensión del bienaventurado Francisco. Mas como los ministros insistieran, repuso que no iría solo, sino acompañado de ellos. Entonces fueron todos juntos. Cuando el hermano Elías llegó cerca del lugar donde se hallaba el bienaventurado Francisco, lo llamó. El Santo acudió a la llamada, y, viendo ante sí a los ministros, preguntó: «¿Qué quieren estos hermanos?» El hermano Elías respondió: «Estos son ministros que se han enterado de que estás haciendo una nueva Regla, y, temiendo que sea demasiado austera, dicen y protestan que no quieren someterse a la misma; que la hagas para ti, no para ellos».**

**Entonces, el bienaventurado Francisco, con el rostro vuelto al cielo, habló así con Cristo: «Señor, ¡bien te decía que no me harían caso!»**

**Y al momento oyeron todos la voz de Cristo, que respondía desde lo alto: «Francisco, en la Regla nada hay tuyo, sino que todo lo que hay en ella es mío; y quiero que la Regla sea observada así: a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa». Y añadió: «Yo sé de cuánto es capaz la flaqueza humana y cuánto les quiero ayudar. Por tanto, los que no quieren guardarla, salgan de la Orden».**

**Entonces, el bienaventurado Francisco, volviéndose a los hermanos, les dijo: «¡Lo habéis oído! ¡Lo habéis oído! ¿Queréis que os lo haga repetir de nuevo?»**

**Y los ministros, reconociendo su culpa, se marcharon confusos y aterrados.**

### **Capítulo II**

**La perfección de la pobreza. Cómo el bienaventurado Francisco declaró la voluntad e intención que tuvo, desde el principio hasta el fin, sobre la observancia de la pobreza.**

**2. El hermano Ricerio de la Marca (cf. LP 101), noble de nacimiento y más noble por la santidad, a quien el bienaventurado Francisco amaba mucho, lo visitó un día en el palacio del obispo de Asís, y, entre otras cosas que habló con él acerca del estado de la Religión y de la observancia de la pobreza, le hizo una pregunta particular, diciendo: «Padre, dime cuáles fueron tu voluntad e intención cuando comenzaste a**

tener hermanos, las que tienes hoy y las que esperas mantener hasta el día de tu muerte. Yo quisiera poder atestiguar tu intención y voluntad, tanto la primera como la última, porque nosotros los hermanos clérigos, que tenemos tantos libros, ¿los podremos tener tranquilamente, aunque digamos que pertenecen a la Religión?»

El bienaventurado Francisco le respondió: «Mira, hermano, éstas son mi primera y última voluntad e intención: si los hermanos hubieran querido hacerme caso, no tendría ninguno más que el hábito, el cordón y los calzones, como la Regla nos concede».

Si alguno pusiere la objeción de por qué el bienaventurado Francisco no hizo guardar a los hermanos de su tiempo una pobreza tan estrecha, como había dicho al hermano Ricerio, y por qué no impuso precepto de guardarla así, nosotros que estuvimos con él respondemos con palabras oídas de sus labios: que él ya dijo estas y otras muchas cosas a sus hermanos, y quiso también que en la Regla constaran muchas de ellas que con asidua oración y meditación pedía al Señor para utilidad de la Religión; y afirmaba que todo ello era absolutamente según la voluntad de Dios. Pero, cuando lo comunicaba a los hermanos, les parecía a éstos carga pesada e imposible de soportar. Ignoraban entonces lo que había de sobrevenir a la Religión después de la muerte del Santo.

No quiso entrar en lucha con los hermanos, ya que temía mucho el escándalo en sí como en los hermanos, y condescendía, mal de su grado, con ellos, excusándose de esto ante el Señor. Mas para que la palabra que el Señor había puesto en sus labios para bien de los hermanos no volviera a Él vacía, se afanaba por cumplirla en sí mismo con la esperanza de alcanzar del Señor la recompensa. Y al fin su espíritu quedaba sosegado y consolado.

Cómo respondió a un ministro que quería tener libros con su licencia y cómo los ministros, a espaldas de él, hicieron que se suprimiera en la Regla el capítulo de las prohibiciones evangélicas.

3. Aconteció, al tiempo que el bienaventurado Francisco regresó de ultramar (1), que un ministro cavilaba entre sí acerca del capítulo de la pobreza, y deseaba conocer en esto el pensamiento y voluntad del Santo; y, ante todo, porque entonces había en la Regla un capítulo que contenía algunas prohibiciones del santo Evangelio, como ésta: Nada llevéis para el camino, etc. (Lc 9,3; 1 R 14,1).

El bienaventurado Francisco le respondió: «Yo lo entiendo así: que los hermanos no deben tener nada, sino el vestido con el cordón y los calzones, como dispone la Regla; y los que estén necesitados pueden llevar calzado».

El ministro repuso: «¿Qué haré entonces yo, que tengo tantos libros, que valen más de cincuenta libras?» Hablaba así porque quería tenerlos con su consentimiento, pues tenía remordimiento de conciencia, sabedor de que el bienaventurado Francisco interpretaba estrechamente el capítulo de la pobreza. Francisco le respondió: «Yo no quiero, ni debo, ni puedo ir contra mi conciencia ni contra la perfección del santo Evangelio, que hemos prometido observar». Oyendo esto el ministro, quedó triste.

El bienaventurado Francisco que lo vio tan contrariado, le dijo con gran fervor de espíritu, dirigiéndose en él a todos los hermanos: «Vosotros queréis aparecer a los ojos de los hombres como hermanos menores y ser llamados observantes del santo Evangelio, pero en la práctica queréis estar provistos de bolsas!»

Con todo, y a pesar de saber los ministros que los hermanos estaban obligados a guardar el santo Evangelio según el tenor de la Regla, lograron quitar de ella el capítulo donde se escribía: Nada llevéis para el camino, etc., pensando que con esto quedaban desligados de la obligación de observar la perfección del Evangelio.

Cerciorado de ello el bienaventurado Francisco por gracia del Espíritu Santo, dijo delante de algunos hermanos: «Piensan los hermanos ministros que nos engañan al Señor y a mí. Pues para que sepan todos los hermanos que están obligados a observar la perfección del santo Evangelio, quiero que al principio y al fin de la Regla se escriba esto: que los hermanos están firmemente obligados a observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Y para que los hermanos no puedan alegar jamás excusa alguna, desde el momento en que les comuniqué y les comunico lo que el Señor puso en mis labios para mi salvación y la suya, yo quiero demostrarlo ante Dios con mis obras, y, con su ayuda, quiero observarlo por siempre jamás».

En efecto, él observó a la letra e íntegramente el santo Evangelio desde que empezó a tener hermanos hasta el día de su muerte.

Un novicio quería tener un salterio con consentimiento del Santo.

4. En otra ocasión, un novicio (cf. LP 103) que malamente sabía leer el salterio obtuvo licencia del ministro general (2) para tener uno. Mas, como oía decir a los hermanos que el bienaventurado Francisco no quería a sus hijos ansiosos ni de ciencia ni de libros, no estaba tranquilo, y quería obtener su consentimiento.

Como pasara el bienaventurado Francisco por el lugar donde estaba el novicio, éste le dijo: «Padre, me serviría de gran consuelo tener mi salterio. Tengo ya el permiso del ministro general, pero quisiera también tu consentimiento».

El bienaventurado Francisco le respondió: «El emperador Carlos, Rolando y Oliverio y todos los capitanes y esforzados caballeros que lucharon de firme contra los infieles, sin perdonarse fatigas y grandes trabajos, hasta exponerse a la muerte, consiguieron resonantes victorias, dignas de perpetuarse para siempre. Igualmente, los santos mártires dieron su vida luchando por la fe de Cristo. En cambio, ahora hay muchos que pretenden honra y gloria con sólo contar las hazañas que ellos hicieron. Así, también entre nosotros hay muchos que sólo por contar y pregonar las maravillas que hicieron los santos quieren recibir honra y gloria» (cf. Adm 6). Que es como si dijera: No hay por qué desvivirse por adquirir libros y ciencia, sino por hacer obras virtuosas, porque la ciencia hincha y la caridad edifica (1 Cor 8,1).

Pocos días después, estando el bienaventurado Francisco sentado al amor de la lumbre, volvió el novicio a hablarle del salterio. Francisco le dio por respuesta: «Después que tengas el salterio, ansiarás tener y querrás el breviario; y, cuando tengas el breviario, te sentarás en el sillón como gran prelado, y mandarás a tu hermano, diciendo: ¡Tráeme el breviario!»

Mientras esto decía con gran fervor de espíritu, el bienaventurado Francisco tomó ceniza, y, esparciéndola sobre su cabeza, movía la mano en círculo como quien se lava la cabeza, y decía: «¡Yo el breviario! ¡Yo el breviario!» Y lo repitió muchas veces girando la mano sobre su cabeza. El novicio quedó estupefacto y avergonzado.

Luego, el bienaventurado Francisco le dijo: «Hermano, también yo he tenido tentaciones de tener libros; mas para conocer la voluntad de Dios acerca de esto tomé el libro de los Evangelios del Señor y le rogué que, al abrirlo por primera vez, me manifestara su voluntad. Hecha mi súplica y abierto el libro, me salió este pasaje del santo Evangelio: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios; a los demás sólo en parábolas» (Lc 8,9-10). Y añadió: «Hay muchos que se afanan de buen grado por adquirir ciencia, pero feliz el que se hace estéril por amor del Señor Dios».

Transcurridos muchos meses, estando el bienaventurado Francisco en Santa María de la Porciúncula cerca de la celda, por detrás de la casa y a la vera del camino, el mismo hermano le volvió a importunar con lo del salterio. El bienaventurado

Francisco le dijo: «Vete y haz lo que el ministro disponga». Con esto se volvía el hermano por donde había venido.

El bienaventurado Francisco se quedó pensativo en el mismo lugar y empezó a reflexionar sobre lo que acababa de decir a aquel hermano; y súbitamente le gritó siguiéndole: «Hermano, espérame, espera». Se acercó a él y le dijo: «Vuélvete conmigo, hermano, y señálame el lugar donde te he dicho que hagas del salterio lo que disponga tu ministro».

Desandando el camino hasta el mismo lugar, el bienaventurado Francisco se puso de rodillas delante del hermano y dijo: «Confieso mi falta, hermano, confieso mi falta; pero has de saber que cualquiera que desea ser hermano menor, no debe tener más que la túnica, el cordón y los calzones, según en la Regla se concede; y, en caso de verdadera necesidad, calzado».

En adelante, a cuantos hermanos le venían a consultar sobre esto, les daba la misma respuesta. Y repetía muchas veces: «Tanto sabe el hombre cuanto obra, y en tanto el religioso ora bien en cuanto practica, pues sólo por el fruto se conoce al árbol» (cf. Mt 12,13).

La observancia de la pobreza en libros, camas, casas y enseres.

5. El bienaventurado Padre enseñaba a los hermanos a buscar en los libros no el valor material, sino el testimonio del Señor; no la pulcritud, sino la edificación. Quería que se tuviesen pocos libros y en común y a disposición de los hermanos que necesitaran de ellos.

La pobreza reinaba con opulencia en camas y cobertores, y así, el que tenía sobre la paja algunos paños raídos, creía disponer de lecho nupcial.

Enseñaba también a sus hermanos a edificar viviendas muy pobres y casitas de madera, que no de piedra, y a construirlas según planos muy elementales. Y no sólo aborrecía la ostentación en las casas, sino que también reprobaba el tener muchos y finos enseres.

Nada quería en las mesas y en los utensilios que remedara lo mundano y recordara el mundo, con el fin de que todo aclamara la pobreza y pregonara peregrinación y destierro.

Cómo hizo salir a todos los hermanos de una casa que se decía casa de los hermanos.

6. De paso por Bolonia, oyó decir que los hermanos habían construido allí una casa para ellos. Tan pronto como se enteró que se decía que la casa era de los hermanos, se volvió y salió de la ciudad; y mandó con todo rigor que todos los hermanos la abandonaran cuanto antes y que bajo ningún pretexto moraran en ella.

Salieron, pues, todos, sin dejar ni a los enfermos, que se los llevaron consigo, hasta que el señor obispo de Ostia, Hugolino, legado en Lombardía, hizo público que la casa era suya.

Un hermano enfermo que entonces fue sacado de la casa, da testimonio de ello, y fue él quien lo escribió (3).

Cómo quiso derribar una casa que el pueblo de Asís había levantado en Santa María de la Porciúncula.

7. Acercándose el tiempo del capítulo general, que se celebraba todos los años en Santa María de la Porciúncula, el pueblo de Asís, en atención a que los hermanos se multiplicaban de día a día y se reunían allí todos los años -y porque no tenían sino una casuca con paredes de mimbre y de barro y techo de paja-, de común acuerdo

construyó en pocos días, con igual prisa que devoción, una casa grande de cal y canto en ausencia del bienaventurado Francisco y sin consentimiento suyo.

Y, regresando el bienaventurado Francisco de una provincia para el capítulo, se vio muy sorprendido por la casa construida. Temió que los hermanos que la vieran tomaran ocasión de hacerse construir, igualmente, casas grandes en los lugares que habitaban o habían de habitar. Y como quería que aquel lugar fuera siempre forma y ejemplo para todos los otros lugares de la Orden, antes de acabar el capítulo subió al tejado y mandó a los hermanos que subieran con él. Con ellos empezó a tirar al suelo las tejas con que estaba retejada, con intención de demolerla hasta los cimientos.

Algunos caballeros de Asís que estaban allí para velar por el orden a causa del gran número de forasteros que se habían reunido para presenciar el capítulo, al ver que el bienaventurado Francisco y los hermanos querían destruir la casa, fueron en seguida a hablar con él y le dijeron: «Hermano, esta casa es del municipio de Asís y nosotros somos sus representantes. Nosotros te prohibimos que destruyas nuestra casa». Oyéndolo el bienaventurado Francisco, respondió: «Está bien; si la casa es vuestra, no la quiero tocar». E inmediatamente bajó de ella con sus hermanos.

Por eso, el municipio de Asís tomó la resolución de que, quienquiera fuera el podestà de la ciudad, estaría obligado a reparar la casa. Y durante mucho tiempo se ha venido cumpliendo todos los años este acuerdo.

Cómo reprendió a su vicario, que hacía edificar allí una pequeña casa para rezar el oficio.

8. En otra ocasión, el vicario del bienaventurado Francisco (4) empezó a edificar en la Porciúncula una pequeña casa donde los hermanos pudieran descansar y rezar sus horas, porque era grande el número de hermanos que afluían allí y no tenían dónde rezar el oficio. Es de saber que acudían allí todos los hermanos de la Orden y era aquél el único lugar donde eran admitidos a ella.

Cuando la casa estaba a punto de ser rematada, regresó al lugar el bienaventurado Francisco; desde la celda oía los ruidos de los que trabajaban en la obra. Llamó a su compañero y le preguntó qué hacían allí los hermanos. El compañero le contó lo que sucedía.

Al momento mandó llamar a su vicario y le dijo: «Hermano, este lugar ha de ser forma y ejemplo para toda la Religión, y quiero, más bien, que los moradores de este lugar soporten, por amor del Señor Dios, estrecheces e incomodidades y que los hermanos que vienen de paso vuelvan a sus lugares edificados con el buen ejemplo de la pobreza; no sea que, teniendo los de este lugar cubiertas a satisfacción todas sus necesidades, los transeúntes tomen de ahí pie para las edificaciones que han de hacer en sus lugares, diciendo: "En Santa María de la Porciúncula, que es el principal lugar de la Orden, se levantan edificios que tienen tales dimensiones y presentan tales ventajas; bien podremos también nosotros construirlos en nuestros lugares"».

No quería morar en celda curiosa o que llamaran suya.

9. Un hermano muy espiritual y muy familiar del bienaventurado Francisco hizo construir en el eremitorio donde vivía (5) una celdilla un poco apartada, donde el bienaventurado Francisco pudiera entregarse a la oración cuando viniera.

La primera vez que vino al eremitorio, lo llevó aquel hermano a la celda. El bienaventurado Francisco, al verla, le dijo: «¡Demasiado curiosa es!» Y eso que estaba construida con sólo madera trabajada a sierra y a azuela. «Si quieres que me quede aquí, recúbrela por dentro y por fuera con helechos y con ramas de árboles».

Es de saber que cuanto más pobres eran las casas y las celdas, con tanto más gusto moraba en ellas. Realizado por el hermano el rústico arreglo, permaneció allí el bienaventurado Francisco por algunos días.

Un día, estando él fuera de la celda, otro hermano fue a verla y luego vino hacia donde estaba el bienaventurado Francisco. Al verlo venir, le dijo: «¿De dónde vienes, hermano?» «De tu celda», le respondió. Al oírlo, respondió el bienaventurado Francisco: «Porque has dicho que es mía la celda, otro la ocupará en adelante, que no yo».

Nosotros que vivimos con él le oímos decir frecuentemente: Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza (Mt 8,20).

Decía también: «Cuando el Señor se fue al desierto y ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches, no se fabricó ni casa ni celda, sino que moró entre peñascos del monte». Y, a ejemplo suyo, no quiso nunca tener casa ni celda que llamaran suya, ni consintió que la hicieran jamás. Y si acontecía que alguna vez decía por casualidad a los hermanos: «Id y preparad aquella celda», no quería luego estar en ella, por reverencia a estas palabras del santo Evangelio: No os inquietéis..., etc. (Lc 20,22s).

Y, cercano ya a su muerte, quiso que se escribiera en su Testamento que todas las celdas y casas de los hermanos fueran sólo de madera y de barro, para salvaguardar mejor la pobreza y la humildad.

**Cómo recibir lugares en las ciudades y cómo edificarlos según la intención del bienaventurado Francisco.**

10. Estando en cierta ocasión en Siena a causa de la enfermedad de los ojos, el señor Buenaventura, que había donado el terreno donde los hermanos habían edificado el lugar, le preguntó: «¿Qué te parece, Padre, de este lugar?» El bienaventurado Francisco le respondió: «¿Deseas que te diga cómo deben construirse los lugares de los hermanos?» «Sí, Padre», contestó. Entonces el bienaventurado Francisco prosiguió: «Cuando los hermanos llegan a una ciudad donde no tienen un lugar y encuentran a alguien que les ofrece terreno suficiente para el lugar y huerto y otras cosas necesarias, deben, ante todo, pensar en cuánto terreno les bastará, mirando siempre a la santa pobreza y al buen ejemplo que estamos obligados a dar en todo». Hablaba así porque no quería en absoluto que los hermanos rebasaran la medida de la pobreza ni en las casas, ni en las iglesias, ni en los huertos, ni en las demás cosas que usan; ni quería que ocuparan ningún lugar a título de propiedad, sino que vivieran en ellos «como peregrinos y forasteros». Ni quería tampoco que fueran establecidos muchos hermanos en cada lugar, porque le parecía difícil que, siendo muchos, se guardara la pobreza. Y ésta fue su intención desde el día de su conversión hasta el fin de su vida: que absolutamente se guardara la pobreza en todo.

Viendo los hermanos cuánto terreno les era necesario para el lugar, deberían presentarse al señor obispo de la ciudad y decirle: «Señor, tal vecino nos quiere dar, por amor de Dios y la salvación de su alma, tanto terreno con el fin de que podamos edificar allí un lugar. Primeramente recurrimos a vos, porque sois el padre y señor de todas las almas confiadas a vuestro cuidado pastoral y de todas las nuestras y de las de nuestros hermanos que han de vivir en este lugar. Por eso, queremos edificar allí con la bendición de Dios y la vuestra».

Hablaba de esta manera porque el bien de las almas que los hermanos intentan conseguir, más eficazmente lo consiguen viviendo en santa paz con el clero, ganando así a clero y pueblo, que no escandalizando a aquél, aunque se atraigan al pueblo. Y añadía: «Dios nos ha llamado para ayuda de su fe y de los clérigos y prelados de la

santa Iglesia. Por tanto, estamos obligados a amarlos cuanto podamos, a honrarlos y a respetarlos. Se llaman hermanos menores porque, al igual que por su título, por el ejemplo y las obras han de ser los más humildes de todos los hombres. Y porque, desde el día de mi conversión, el Señor puso en boca del obispo de Asís su palabra, con que me aconsejó acertadamente y me confortó en el servicio de Cristo nuestro Señor, por esto y por otras muchas excelencias que contemplo en los prelados, quiero amar, y venerar, y tener por mis señores no solamente a los obispos, sino hasta a los pobrecillos sacerdotes (cf. 2 Cel 146).

»Después de haber recibido la bendición del obispo, vayan y hagan que se les abra una zanja larga por los límites del terreno que reciben para edificar, y planten allí un buen seto, en vez de pared, en señal de pobreza y humildad. Luego háganse construir casas pobres, de ramas y de barro, y algunas celdas donde los hermanos puedan a veces orar y dedicarse al trabajo, para ocupar mejor el tiempo y evitar la ociosidad. Háganse también edificar iglesias pequeñas. Ni deben construirse iglesias grandes con motivo de predicar al pueblo o con otros pretextos, porque mayor humildad y mejor ejemplo supone salir a predicar a otras iglesias. Y si alguna vez los prelados y los clérigos, religiosos o seculares, vinieren a estos lugares, las casas pobrecillas, las celdillas e iglesias pequeñas les servirán de predicación, y quedarán más edificados con esto que con palabras».

Y añadía: «Muchas veces los hermanos hacen construir edificios grandes, con detrimento de nuestra santa pobreza, y dan con ello ocasión de murmurar y mal ejemplo al prójimo. Llevados a veces de codicia y ambición, abandonan estos lugares y edificios por otros mejores y más santos o de mayor concurrencia de fieles, o los derriban y levantan en su lugar otros grandes y excesivos; entonces, los bienhechores que les habían dado limosnas y otros que lo ven quedan muy contrariados y escandalizados. Por eso, es siempre preferible que los hermanos construyan edificios pequeños y muy pobres, como fieles cumplidores de su profesión y dando buen ejemplo al prójimo, a que procedan contra lo que profesaron, y den a los demás mal ejemplo. Porque, si sucediera alguna vez que los hermanos dejaran los lugares pobrecitos por motivo de ir a otro lugar más apropiado, sería menor el escándalo que de ahí se derivara».

Cómo los hermanos, en especial superiores e intelectuales, le fueron contrarios en cuanto a la construcción de lugares y edificios pobres.

11. Habiendo ordenado el bienaventurado Francisco que las iglesias de los hermanos fueran pequeñas y que las casas se construyeran sólo de madera y de barro en señal de pobreza y humildad, quiso que la reforma, máxime en lo referente a la construcción de edificios de madera y barro, se iniciase en Santa María de la Porciúncula, con el fin de que este lugar, el primero y más importante de toda la Orden, fuera un memorial perenne para todos los hermanos, presentes y venideros. Pero algunos hermanos se le oponían en esto, argumentando que en algunas provincias la madera era más cara que la piedra, y por eso no les parecía bien que las casas fueran de madera y de barro.

El bienaventurado Francisco, ya muy enfermo y cercano a la muerte, rehuía discutir con ellos; por eso, quiso que en su Testamento se escribiera: «Guárdense los hermanos en absoluto de recibir iglesias y moradas ni nada de lo que se construya para ellos, si no son como conviene a la santa pobreza, hospedándose siempre allí como forasteros y peregrinos» (Test 24).

Nosotros que estuvimos con él cuando escribió la Regla y casi todos los demás escritos, somos testigos de que tanto en la Regla como en sus otros escritos hizo poner muchas cosas a las que se opusieron muchos hermanos, principalmente

prelados e intelectuales; hoy serían muy útiles y necesarias para toda la Religión. Mas, como temía mucho el escándalo, condescendía, no de voluntad, con el querer de ellos. No obstante, repetía frecuentemente: «¡Ay de los hermanos que me llevan la contra en lo que yo veo claramente ser la voluntad de Dios para mayor utilidad y por necesidad de toda la Religión, aunque yo condescienda con ellos muy a pesar mío!»

Por esta razón se desahogaba así con frecuencia con nosotros sus compañeros: «Esto es lo que me duele en el alma y me apena grandemente: que en aquellas cosas que, con mucha oración y meditación, consigo de Dios por su misericordia para utilidad presente y futura de toda la Religión, y que son -como lo sé cerciorado por Él- según su voluntad, algunos hermanos, apoyados en la autoridad de su ciencia y en falsa providencia, me las impugnan y las rechazan, diciendo: 'Esto ha de mantenerse y observarse y aquello no'».

Consideraba robo recibir o usar más limosnas de las necesarias.

12. El bienaventurado Francisco decía con frecuencia a sus hermanos: «Yo no he sido ladrón de limosnas, recibéndolas o empleándolas en más de lo que la necesidad exigía. Siempre me he contentado con recibir menos de lo que me tocaba, para que otros pobres no quedaran privados de su porción; obrar de otra manera sería hurto».

Cómo Cristo le manifestó que no quería que los hermanos poseyeran nada ni en común ni en particular.

13. Como los ministros intentaran persuadirle de que permitiera a los hermanos tener algunas posesiones al menos en común, con el fin de que tan gran multitud contara con algunos bienes a que recurrir, el bienaventurado Francisco se puso en oración, invocó en ella a Cristo nuestro Señor y se lo consultó. La respuesta no se hizo tardar: «Yo les proveeré -dijo- de todo en particular y en común; siempre estaré dispuesto a mirar por esta familia por más que aumente y siempre le dispensaré mi favor mientras ella tenga puesta la confianza en mí».

Cómo abominaba el dinero y cómo castigó a un hermano que lo tocó.

14. El verdadero amigo e imitador de Cristo, Francisco, despreciaba a la perfección todas las cosas del mundo; pero, tratándose del dinero, lo abominaba sobre todo, e inducía siempre a sus hermanos, de palabra y ejemplo, a huir de él como del mismo diablo. Les había dado la consigna de que valoraran en el mismo precio el dinero y la basura.

Sucedió que cierto día entró un seglar a orar en Santa María de la Porciúncula y depositó al pie de la cruz una moneda como ofrenda. Luego que salió el devoto, la vio un hermano, y, de la manera más inocente, la cogió con la mano y la arrojó a una ventana. El hecho llegó a conocimiento del bienaventurado Francisco, y el hermano, viéndose descubierto, acudió cuanto antes a pedir perdón, y, postrado en tierra, se ofreció a recibir el castigo. Arguyóle el Santo y le reprendió muy duramente por haber tocado la moneda, y le mandó que tomara de la ventana la moneda con la boca, la sacara fuera del seto del lugar y la pusiera con la boca en unos boñigos de jumento.

Al tiempo que aquel hermano cumplía con alegría lo que le había sido impuesto, todos los que lo vieron y oyeron quedaron sobrecogidos de gran temor, y desde



entonces menospreciaron más el dinero, comparado a un boñigo de asno, y cada día se reafirmaban con nuevos ejemplos a menospreciar totalmente el dinero.

Cómo enseñaba a evitar el regalo, a no tener muchas túnicas y a sobrellevar con paciencia las contrariedades.

15. Revestido este hombre de la virtud de lo alto, más se caldeaba interiormente con el fuego divino que exteriormente con el abrigo del cuerpo. Vituperaba a los que veía vestidos con más de dos túnicas y a los que sin necesidad vestían en la Orden ropas muelles. Toda necesidad que no era medida por la razón, sino formulada por el deleite, la consideraba como prueba de espíritu apagado. «Si el alma -decía- cae en la tibieza y va enfriándose poco a poco por la disminución de la gracia, por fuerza la carne y la sangre buscarán lo suyo».

Y añadía: «¿Qué se puede esperar, cuando el alma no vive el gozo espiritual, sino que la carne busque su propio placer? Entonces, el instinto animal simula necesidades y la inteligencia carnal forma conciencia. Si algún hermano padece verdadera necesidad y se apresura a encontrar pronto remedio, ¿qué recompensa recibirá? Tuvo, en verdad, ocasión de merecer, pero demostró afanosamente que no le agradaba. No sobrellevar con paciencia las necesidades, no es otra cosa que retornar a Egipto» (6).

Finalmente, no quería que por motivo alguno llevaran los hermanos más de dos túnicas, si bien permitía que se les cosiera algunos retazos. Decía que debían ser mirados con horror los paños elegantes y zahería ásperamente a cuantos obraban en contrario. Para confundir a los tales con su ejemplo, siempre llevaba cosido sobre la túnica un áspero saco. Y así, en la hora de la muerte, mandó que la túnica que le servía de mortaja fuera cubierta de saco.

En cambio, a los hermanos que padecían enfermedad u otra necesidad permitía vestir otra túnica más blanda a raíz de la carne, debiendo guardar siempre en lo exterior la aspereza y vileza del vestido. Solía decir también con gran pena: «Se relajará de tal suerte la austeridad y dominará tanto la tibieza, que los hijos de un padre pobre no tendrán rubor de usar hasta paños de escarlata, mudado sólo el color».

No quería satisfacer a su cuerpo en aquellas necesidades que otros hermanos padecían.

16. Viviendo el bienaventurado Francisco en el eremitorio de San Eleuterio, frente a Rieti, a causa del frío que hacía forró interiormente con algunos retazos su túnica y la de su compañero. Con esto, ya que él no acostumbraba usar más que una túnica, su cuerpo comenzó a sentirse un tanto aliviado.

Al volver poco después de la oración, dijo con gran alegría a su compañero: «Es preciso que yo sea forma y ejemplo para todos los hermanos; aunque necesita mi cuerpo de túnica reforzada de retazos, tengo que considerar, sin embargo, que otros hermanos míos padecen la misma necesidad, y acaso no tienen con qué ni pueden remediarla. Debo, pues, ponerme yo en su situación y soportar las mismas necesidades, para que, viendo ellos mi ejemplo, las soporten con más paciencia».

¡Cuántas y qué grandes necesidades desatendió en su cuerpo, a fin de que, dando buen ejemplo a sus hermanos, sobrellevaran más pacientemente toda deficiencia! ¡Nosotros que vivimos con él no tenemos palabras para expresarlo! Y cuando los hermanos empezaron a aumentar, éste fue su primero y principal afán: enseñarles, más con obras que con palabras, qué debían hacer o evitar.

Se avergonzaba al encontrar a otro más pobre que él.

17. Como un día se encontrase en el camino con un hombre muy pobre, se quedó contemplando su pobreza, y dijo a su compañero: «La pobreza de este hombre es para nosotros motivo de gran sonrojo y reprende mucho la nuestra. Para mí, no hay mayor bochorno que encontrar a alguno más pobre que yo, porque he escogido a la pobreza por mi dama, por mis delicias y mis riquezas espirituales y corporales, y porque ha corrido por todo el mundo la voz de que yo he hecho profesión de ser pobre ante Dios y ante los hombres».

Cómo animó y enseñó a los primeros hermanos, que se avergonzaban de pedir limosna, a que fueran a pedirla.

18. Cuando el bienaventurado Francisco empezó a tener hermanos, se regocijaba tanto de su conversión y de que el Señor le hubiera dado esa buena compañía, y tanto los amaba y veneraba, que se abstenía de decirles que fueran a pedir limosna. La razón era que creía que se avergonzaban de ir a mendigar. En atención a ello, iba él solo todos los días en busca de limosnas.

La ocupación le resultaba demasiado fatigosa, pues en el mundo había vivido entre delicadezas y era flaco de complexión, y, por otro lado, sus excesivas privaciones y sacrificios le habían debilitado en demasía. Así, considerando que él solo no podía sobrellevar tanto trabajo y que ellos habían sido llamados también a la misma vida, aunque ahora se avergonzaran de hacerlo, porque no conocían bien su vocación ni tenían discreción suficiente para adelantarse y decir: «También nosotros queremos ir a pedir limosna», les habló de esta manera: «Carísimos hermanos e hijitos míos, no tenéis por qué avergozaros de ir a pedir limosna, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo, y nosotros, a ejemplo suyo, hemos elegido el camino de la verdadera pobreza. Ésta es nuestra herencia; la adquirió nuestro Señor Jesucristo y nos la dejó a nosotros y a cuantos, por imitarle, quieren vivir en santísima pobreza. Os digo en verdad que muchos nobles y sabios del siglo vendrán a nosotros y tendrán a gran honor y gloria el ir a pedir limosna. Id, pues, confiados y gozosos en busca de limosna con la bendición de Dios; y debéis ir a pedir limosna más contentos y alegres que aquel, pongo por ejemplo, que por una moneda ofreciese cien denarios, porque vosotros, cuando pedís y decís: 'Una limosna por amor de Dios', ofrecéis a los que se la pedís el amor de Dios, en cuya comparación son nada el cielo y la tierra».

Como los hermanos eran pocos, no los podía enviar de dos en dos, sino que cada uno iba solo por castillos y villas. Y sucedía que, cuando volvían con la limosna que habían recogido, cada uno se la mostraba al bienaventurado Francisco, y decían unos a otros: «Yo he recogido más limosna que tú». Y, al verlos alegres y joviales, el bienaventurado Francisco se regocijaba íntimamente. Y, en adelante, cada uno pedía de muy buen grado licencia para salir a pedir limosna.

No quería que los hermanos vivieran precavidos ni preocupados por el día de mañana.

19. Por este mismo tiempo, estando el bienaventurado Francisco con los hermanos que entonces tenía, vivía con ellos en tanta pureza, que en todo y por todo observaban a la letra el santo Evangelio; esto desde el día en que el Señor le reveló que, tanto él como los hermanos, debían vivir según la forma del santo Evangelio. Así que prohibió al hermano que hacía de cocinero que pusiera por la tarde a remojo

de agua caliente, como es costumbre, las legumbres que servirían de comida al día siguiente, por observar las palabras del santo Evangelio: No os preocupéis del día de mañana (Mt 6,34). Y el cocinero aguardaba a echar las legumbres a remojo, para que se ablandaran, hasta después del rezo de maitines, cuando ya había empezado el día en que se servirían de comida. Por la misma razón observaron esto muchos hermanos durante largo tiempo en muchos lugares, y no querían recoger o recibir más limosnas que las que necesitaban para el día, principalmente en las ciudades.

Cómo reprendió de palabra y con el ejemplo a los hermanos que habían preparado con suntuosidad la mesa el día de Navidad porque había llegado un ministro.

20. Un hermano ministro vino a celebrar, en compañía del bienaventurado Francisco, el día de la Natividad del Señor en el lugar de los hermanos sito en Rieti (cf. LP 74 n. 10). Con ocasión de la venida del ministro y de la fiesta, los hermanos prepararon la mesa con cierto aderezo y curiosidad el día de Navidad, poniendo en ella hermosos y blancos manteles y vasos de cristal.

Cuando el bienaventurado Francisco bajó de la celda a comer, le sorprendió que hubieran elevado las mesas y las hubieran preparado curiosamente. Entonces marchó en secreto, tomó el bastón y el sombrero de un pobre que había llegado aquel mismo día y, llamando en voz baja a uno de sus compañeros, salió fuera de la puerta del lugar sin que se dieran cuenta los hermanos. El compañero quedó dentro junto a la puerta. Los hermanos entre tanto habían entrado a comer, pues tenían orden del bienaventurado Francisco de que, cuando no llegaba puntual a la hora de la comida, no le aguardaran.

Al poco tiempo de estar fuera llamó a la puerta, y su compañero le abrió al momento. Con el sombrero caído a la espalda y con el bastón en la mano, fue, como peregrino y pobre, a la puerta de la casa donde estaban comiendo los hermanos y pidió, diciendo: «¡Una limosna, por amor del Señor Dios, a este pobre peregrino y enfermo!» El ministro y los demás hermanos le conocieron en seguida, y el ministro le respondió: «Hermano, también nosotros somos pobres, y, como somos muchos, necesitamos las limosnas que tenemos; mas, por el amor del Señor, a quien has invocado, ven con nosotros y te daremos de las limosnas con que el Señor nos ha regalado».

Una vez que entró y se paró ante la mesa, el ministro le alargó la escudilla de la que él comía; lo mismo hizo con el pan. Tomándolo en sus manos, se sentó humildemente en el suelo cerca del fuego en presencia de los hermanos que estaban sentados a la mesa. Y, suspirando, dijo a los hermanos: «Al ver la mesa preparada con tanto refinamiento y cuidado, he pensado que no era mesa propia de los pobres religiosos que salen todos los días a pedir de puerta en puerta. A nosotros, carísimos, nos va mejor que a otros religiosos seguir el ejemplo de humildad y pobreza de Jesucristo, porque ésta es nuestra vocación y esto hemos profesado ante Dios y ante los hombres. Por eso, me parece que ahora debo sentarme como hermano menor, pues las fiestas del Señor y de otros santos más dignamente se celebran con escasez y pobreza, con las cuales los mismos santos han conquistado el cielo, que no con superfluas curiosidades, que alejan a las almas del cielo».

Con esto quedaron confundidos los hermanos, pensando que era pura verdad lo que decía. Algunos comenzaron a derramar copiosas lágrimas contemplando cómo yacía sentado en el suelo y cómo tan santa y discretamente les había querido corregir y enseñar. Amonestaba a los hermanos a que tuvieran las mesas tan humildes y convenientes a su estado, que los seglares pudieran quedar edificados, y, si se

acercara algún pobre y fuera invitado por los hermanos, pudiera sentarse igual que ellos, y no el pobre en el suelo y los hermanos en bancos.

Cómo al tiempo de un capítulo el señor ostiense derramó lágrimas y quedó edificado de la pobreza de los hermanos.

21. El señor ostiense, que fue luego el papa Gregorio IX, vino al capítulo que celebraban los hermanos en Santa María de la Porciúncula y entró con muchos caballeros y clérigos a la casa para ver el dormitorio de los hermanos. Viendo que dormían en el suelo y que no tenían debajo del cuerpo sino un poco de paja y unos colchones muy pobres y casi completamente rotos y que no usaban almohada, empezó a derramar abundantes lágrimas delante de todos, diciendo: «¡Estos hermanos duermen aquí! ¡Y nosotros, míseros, nadamos en la abundancia! ¡Ay! ¿Qué será de nosotros?»

Y él y todos los demás quedaron muy edificados. Mesa, no vieron ninguna, porque los hermanos comían sentados en el suelo. Pues, mientras vivió el bienaventurado Francisco, todos los hermanos comían en este lugar en el suelo.

Cómo algunos caballeros encontraron lo necesario pidiendo limosna de puerta en puerta, conforme al consejo del bienaventurado Francisco.

22. Morando el bienaventurado Francisco en Bagnaia, sobre la ciudad de Nocera (7), se le empezaron a hinchar mucho los pies debido a su enfermedad de hidropesía, y enfermó gravemente. La noticia llegó a oídos de los vecinos de Asís, y algunos caballeros vinieron deprisa para llevárselo, porque temían que muriese allí y se quedaran otros con su santísimo cuerpo (8). En la travesía del camino se pararon en un castro del territorio de Asís para comer (9). El bienaventurado Francisco se quedó descansando en la casa de un hombre pobre, que con gozo y de buen grado le hospedó. Los caballeros se fueron al castro a comprar qué comer, pero no encontraron nada. De regreso a donde el bienaventurado Francisco, le dijeron como bromeándose: «Mirad, hermanos, nos vais a tener que dar de vuestras limosnas, porque no hemos podido encontrar nada para comer». El bienaventurado Francisco, con gran fervor de espíritu, les dijo: «En verdad que no habéis encontrado nada, porque habéis ido confiados en vuestras "moscas" (esto es, en el dinero) y no en Dios. Volved por las mismas casas en donde habéis querido comprar comida y, sin rubor ninguno, pedid limosna por amor del Señor Dios, y veréis cómo, movidos por el Espíritu Santo, os dan en abundancia». Dispuestos a cumplir el consejo del bienaventurado Francisco, salieron a pedir limosna, y sucedió que los vecinos a los que les pidieron les dieron con alegría y en abundancia de las cosas que tenían. Los caballeros no dejaron de reconocer que esto era algo milagroso, y volvieron llenos de gozo a donde el bienaventurado Francisco alabando al Señor.

El bienaventurado Francisco tenía por gran nobleza y dignidad, no sólo ante Dios, sino ante los hombres, el pedir limosna por amor del Señor Dios, porque todo lo que el Padre celestial creó para provecho del hombre, por amor de su amado Hijo lo reparte luego, después del pecado, gratuitamente a buenos y malos a título de limosna.

Decía también que el siervo de Dios debería pedir limosna por amor del Señor Dios con más contento y gozo que aquel que fuera pregonando su generosidad y cortesía

y dijera: «A cualquiera que me dé una moneda que valga un solo denario, yo le daré mil marcos de oro», porque el siervo de Dios, al pedir limosna, ofrece el amor de Dios a aquel a quien se la pide, y, en comparación de él, ni el cielo ni la tierra valen nada.

Por eso, antes de que los hermanos se hubieran multiplicado, como también después de que su número hubo crecido, cuando iba a predicar y era invitado por algún bienhechor noble o rico a comer y hospedarse en su casa, al acercarse la hora de comer iba por limosna antes de entrar a la casa del huésped, para así dar buen ejemplo a los hermanos y para hacer honor a la dignidad de la pobreza. Y muchas veces decía a quien le había invitado: «Yo no quiero abandonar mi dignidad real y mi herencia y profesión y la de mis hermanos: pedir limosna de puerta en puerta». Y a veces ocurría que le acompañaba el que le había invitado, y, tomando las limosnas que recogía el bienaventurado Francisco, las guardaba como reliquias por devoción al siervo de Dios.

Quien esto escribe lo vio muchas veces y da testimonio de ello.

**Cómo fue a pedir limosna antes de entrar a comer con el cardenal.**

23. En cierta ocasión en que el bienaventurado Francisco visitaba al señor ostiense, que fue después el papa Gregorio, a la hora de comer salió furtivamente a pedir limosna; cuando volvió, ya había entrado el señor ostiense a comer con muchos caballeros y nobles. Acercándose el bienaventurado Francisco, colocó sobre la mesa ante el cardenal las limosnas que había encontrado y se puso junto a éste, porque el cardenal quería que el bienaventurado Francisco se sentara siempre a su lado. El señor cardenal sintió sonrojo de que hubiera ido en busca de limosnas y las hubiera dejado sobre la mesa, pero entonces nada le dijo en atención a los comensales. Después que el bienaventurado Francisco comió un poco, tomó de sus limosnas y dio un poco de ellas, de parte del Señor Dios, a cada uno de los caballeros y a los capellanes del señor cardenal. Todos lo recibieron con muestras de devoción, descubriéndose reverentemente; y algunos lo comían y otros lo guardaban por devoción a Francisco. El señor ostiense se alegró visiblemente por la devoción de los comensales y más teniendo en cuenta que aquellas limosnas no eran pan de trigo.

Después de la comida se retiró el señor cardenal a su aposento y se llevó consigo al bienaventurado Francisco; echándole los brazos, lo estrechó contra sí con gran gozo y alegría y le susurró: «¿Por qué, hermano mío simplón, me has hecho pasar por el sonrojo de que, viniendo a mi casa, que es la de todos tus hermanos, hayas ido antes a pedir limosna?»

A lo cual respondió el bienaventurado Francisco: «Al contrario, señor, os he demostrado el máximo honor, porque, cuando el súbdito realiza su quehacer y obedece a su señor, le honra grandemente». Y añadió: «Yo tengo que ser forma y ejemplo de vuestros pobres, sobre todo porque sé que en esta Religión hay y habrá hermanos menores de nombre y de hecho, los cuales, por amor del Señor Dios y por la unción del Espíritu Santo, que los adoctrinará en todo, se rebajarán a toda humildad, sujeción y servicio de sus hermanos; los hay también, y los habrá entre ellos, que, dominados por la vergüenza o por la mala costumbre, se niegan y se negarán a humillarse y a abajarse para pedir limosna y para dedicarse a trabajos serviles; y por eso me siento obligado a enseñar con las obras a todos los que están y estarán en la Religión, para que no tengan excusa ante Dios ni en este mundo ni en el otro. Estando, pues, en vuestra casa, y sois nuestro señor y papa, y en las de otros nobles y ricos del mundo, y sabiendo que no sólo me recibís con gran devoción por

amor del Señor Dios, sino que me urgís a ello, no quiero avergonzarme de ir a pedir limosna. Muy al contrario, lo quiero considerar y tener, según Dios, por la mayor nobleza y dignidad real y como un honor a Aquel que, siendo Señor de todos, por amor nuestro se quiso hacer esclavo de todos; y, siendo rico y resplandeciente de majestad, quiso venir pobre y despreciado en nuestra bajeza (cf. 2 Cel 73).

»Por eso quiero que sepan los hermanos de hoy y de mañana que siento más gozo espiritual y corporal cuando me siento a la mesa pobre de los hermanos y veo con mis ojos las limosnas pobres recogidas de puerta en puerta por amor del Señor Dios, que cuando me siento con vos o con otros señores a mesas preparadas con gran variedad de manjares. Porque el pan de limosna es pan santo santificado por la alabanza y amor de Dios, pues, cuando va el hermano a pedir limosna, primero debe proclamar: 'Bendito y alabado sea Dios', y después debe decir: 'Una limosna por amor del Señor Dios'».

Con estas palabras del bienaventurado Francisco quedó el señor cardenal muy edificado, y le dijo: «Hijo mío, haz lo que mejor te parezca, pues veo que el Señor está contigo, y tú con él».

El bienaventurado Francisco quiso siempre, y muchas veces lo dijo, que los hermanos no debieran pasar mucho tiempo sin ir a pedir limosna, por el mérito que tiene y porque no se avergonzaran luego cuando habrían de hacerlo. Es más, cuanto más noble y de condición social más alta hubiera sido un hermano, tanto más se alegraba y se edificaba al verlo ir por limosna o que hacía otros trabajos serviles que solían hacer entonces los hermanos.

**Un hermano que ni oraba ni trabajaba y comía bien**

24. Al comienzo de la Religión, cuando los hermanos moraban en Rivo Torto, cerca de Asís, había entre ellos uno que oraba poco y no trabajaba ni quería ir a pedir limosna y comía bien.

Viéndolo el bienaventurado Francisco, conoció por inspiración del Espíritu Santo que era hombre carnal, y le dijo: «Sigue tu camino, hermano mosca, pues quieres chupar del trabajo de tus hermanos y permanecer ocioso en la obra del Señor, como zángano ocioso y estéril, que nada produce y no trabaja, y se alimenta del trabajo y producto de las buenas abejas».

Y se marchó por su camino; y porque era carnal, no pidió ni encontró misericordia.

**Cómo salió con fervor al encuentro de un pobre que volvió con la limosna cantando al Señor.**

25. En otra ocasión, estando el bienaventurado Francisco en Santa María de la Porciúncula, un pobre muy espiritual (10) venía por el camino, con la limosna que había recogido en Asís, alabando en alta voz al Señor con gozosa alegría. Cuando ya se acercaba a la iglesia de Santa María, le oyó el bienaventurado Francisco, y, sin perder tiempo, le salió al encuentro en el camino con gran fervor y gozo; y, besándole con incontenible alegría el hombro sobre el cual llevaba la alforja con las limosnas, se la tomó, se la puso sobre su hombro y la llevó a la casa, y allí, delante de los hermanos, exclamó: «Así quiero que vayan y vuelvan mis hermanos con la limosna: alegres, jubilosos y alabando a Dios».

**El Señor le reveló que se llamaran hermanos menores y que anunciaran la paz y la salvación.**

**26. Una vez dijo el bienaventurado Francisco: «La religión y vida de los hermanos menores es una pequeña grey que el Hijo de Dios ha pedido a su Padre celestial en estos últimos tiempos, suplicándole: "Quisiera, Padre, tuvieras a bien concederme un nuevo y humilde pueblo en estos últimos tiempos que por su humildad y pobreza sea distinto de cuantos le han precedido y que tenga por su único contento el poseerme a mí solo". Y el Padre celestial respondió a su Hijo amado: "Hijo mío, se ha cumplido lo que acabas de pedirme"».**

**Por eso, decía el bienaventurado Francisco que el Señor le había revelado ser voluntad suya que se llamaran hermanos menores (11), porque son ellos el pueblo pobre y humilde que el Hijo de Dios pidió, y del que el mismo Hijo de Dios dice en el Evangelio: No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino (Lc 12,32); y también: Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis (Mt 25,40). Y, aunque el Señor lo dijera de todos los pobres de espíritu, predijo de manera especial que había de fundarse en la Iglesia esta Religión de los hermanos menores.**

**Tal como fue revelado al bienaventurado Francisco que su Religión se llamaría de los hermanos menores, hizo luego que se escribiera en la primera regla, que, presentada al papa Inocencio III, fue aprobada por él y confirmada y anunciada luego en público consistorio (cf. LP 101). También le fue revelado el saludo que habían de emplear los hermanos, como hizo escribir en su Testamento: «El Señor me reveló que debiera decir al saludar: El Señor te dé la paz» (Test 23).**

**En los orígenes de la Religión, yendo de camino con uno de los primeros doce compañeros, el hermano saludaba a todos, hombres y mujeres y a los trabajadores del campo, diciendo: «El Señor os dé la paz». Como no habían oído nunca que otros religiosos saludaran así, les extrañaba muchísimo. Y algunos, malhumorados, replicaban: «¿Qué intentáis decirnos con este saludo?» De modo que el hermano comenzó a avergonzarse y pidió así al bienaventurado Francisco: «Permíteme que salude de otra manera». El bienaventurado Francisco lo animó diciendo: «Déjales que digan lo que quieran, porque no perciben las cosas de Dios. Pero tú no te encojas de ánimo, porque habrá muchos nobles y principales de este mundo que por este saludo te mostrarán, a ti y a los hermanos, reverencia. Pues gran cosa es que el Señor quiera disponer de un nuevo y pequeño pueblo que no tenga parecido en su vida y en sus máximas con los que le han precedido y que se sienta contento con tener tan sólo al mismo Altísimo y Glorioso».**

**\*\*\*\*\***

**Notas:**

- 1) A fines de julio de 1220, a su regreso de Siria.**
- 2) En vida del Santo ejercieron el cargo sólo los hermanos Cattani y Elías.**
- 3) El relato se puede situar, probablemente, en el verano de 1220, cuando San Francisco, a su regreso de Siria a Asís, pudo ver en Bolonia al cardenal Hugolino.**
- 4) Podría tratarse del hermano Elías.**
- 5) Cf. LP 57. Sarteano, según precisa Celano.**
- 6) Aludiendo a las quejas que proferían los israelitas por haber salido de Egipto (Núm 11,20; Ex 16,2-3).**
- 7) LP 96 dice que, vuelto de Siena y de Celle di Cortona y después de haber estado en Santa María de la Porciúncula, se vino a Bagnaia, al sur de Nocera (Umbría).**
- 8) Hecho característico del extraordinario aprecio que tenían las gentes de la Edad Media por las reliquias; la escena se reproducirá a la muerte del Santo.**
- 9) Celano precisa que en Satriano.**
- 10) 2 Cel 76 dice que este pobre era un hermano.**
- 11) Muy distinta es la versión que da 1 Cel 38 sobre el origen de este nombre.**

### Capítulo III

#### Caridad, compasión y condescendencia para con el prójimo.

Cómo condescendió con un hermano que se moría de hambre comiendo con él y cómo amonestó a los hermanos que fueran discretos en las penitencias.

27. En el tiempo en que el bienaventurado Francisco empezó a tener hermanos y morando con ellos en Rivo Torto (cf. 1 Cel 42 n. 25), cerca de Asís, sucedió que una vez hacia la media noche, cuando descansaban todos los hermanos, uno de ellos gritó: «¡Me muero, me muero!» Sobresaltados y despavoridos, se despertaron todos. Y, levantándose el bienaventurado Francisco, dijo: «Levantaos, hermanos, y encended una luz». Luego que encendieron la luz, dijo: «¿Quién es el que ha dicho 'Me muero'?» «Yo soy», respondió el hermano. «¿Qué te pasa, hermano? ¿De qué te mueres?» Y dijo: «Me muero de hambre».

El bienaventurado Francisco mandó preparar en seguida de comer, y, como varón que era lleno de caridad y comprensión, le acompañó a comer para que no se avergonzara de hacerlo solo. Y, a indicación del Santo, comieron también los otros hermanos.

Aquel hermano y todos los otros eran recién convertidos al Señor y maceraban sobremanera sus cuerpos. El bienaventurado Francisco, luego de haber comido, dijo a los otros hermanos: «Hermanos míos, os recomiendo que cada uno considere sus fuerzas; y, aunque alguno de vosotros vea que se puede sustentar con menos alimento que otro, no quiero que quien necesita de más alimentación se empeñe en imitar al que necesite de menos; antes bien, teniendo en cuenta la propia complexión, dé a su cuerpo lo necesario para que pueda servir al espíritu. Pues así como nos debemos guardar del exceso de la comida, que daña al cuerpo y al alma, así también hemos de huir de la inmoderada abstinencia, y con tanta mayor razón cuanto que el Señor quiere misericordia y no sacrificios» (Mt 9,13). Y continuó: «Carísimos hermanos, lo que acabo de hacer, quiero decir, el que hayamos comido todos por caridad con el hermano para que no se avergonzara de comer él solo, lo he hecho, más bien, impulsado por la gran necesidad y por amor; pero, por lo demás, os digo que no quiero proceder así, pues no sería religioso ni conveniente. Y quiero y os mando que cada uno, según nuestra pobreza, atienda a su cuerpo según la necesidad lo recomiende».

Los primeros hermanos y los que vinieron después por largo tiempo, mortificaban sus cuerpos en demasía con la privación de comida y de bebida y con vigiliias, frío, aspereza en el vestido y con el trabajo manual; y llevaban además, a raíz de la carne, argollas de hierro, cotas de malla y asperísimos cilicios. Pensando el santo Padre que con este proceder podían enfermar y que algunos en poco tiempo habían caído ya enfermos, prohibió en un capítulo que ninguno llevara a raíz de la carne más que la túnica (cf. Flor 18).

Nosotros que estuvimos con él damos testimonio de que él obró durante toda su vida con discreta moderación para con sus hermanos, pero de suerte que no se desviarán nunca en la comida y otras cosas de la pobreza y de las exigencias de nuestra Religión. Sin embargo, el santísimo Padre, no obstante su debilidad natural y que en el mundo no había podido vivir sino entre cuidados, desde el principio de su conversión hasta el fin de su vida trató a su cuerpo con austeridad.



Un día, considerando que los hermanos se excedían de lo impuesto por nuestra vida y por la pobreza en cuanto al alimento y otras cosas, dijo en una exhortación a algunos hermanos en representación de todos: «No piensan los hermanos que mi cuerpo necesita de un régimen especial; pero como me siento obligado a ser forma y ejemplo para todos los hermanos, quiero contentarme con poca y frugal comida y usar de todas las cosas conforme a la pobreza y rechazar en absoluto todo lo suntuoso y delicado».

**Cómo condescendió con un hermano enfermo comiendo uvas con él.**

28. En otra ocasión en que el bienaventurado Francisco estuvo en el mismo lugar (cf. LP 53 n. 1), un hermano espiritual y antiguo en la Religión estaba allí enfermo y muy débil.

Viéndolo el bienaventurado Francisco, se movió a compasión; mas como por entonces los hermanos, sanos y enfermos, tenían la pobreza por abundancia y en sus enfermedades no querían usar de medicinas ni las buscaban, sino que, más bien, tomaban de mejor grado lo que contradecía el apetito de sus cuerpos, dijo para sí el bienaventurado Francisco: «Si este hermano comiese de mañana algún racimo de uvas maduras, me parece que le haría bien». Y como pensó lo hizo.

Un día se levantó de mañanita y, llamando aparte al hermano, lo llevó a una viña que había cerca del lugar. Buscó una cepa que tenía racimos muy en sazón para comer, y, sentándose con el hermano junto a la cepa, empezó a comer uvas con él para que el hermano no se avergonzara de comer él solo. Luego que comieron, se sintió sano el enfermo, y los dos alabaron juntamente al Señor.

El hermano tuvo presente toda su vida esta misericordia y piedad que el Padre santísimo tuvo con él, y lo contaba muchas veces a los hermanos con gran devoción y derramando lágrimas abundantes.

**Cómo se despojaron él y su compañero para vestir a una viejecita pobre.**

29. Estando en Celano, en tiempo de invierno, el bienaventurado Francisco usaba un paño doblado a modo de capa, que le había prestado un amigo de los hermanos; se le acercó una viejecita pidiendo limosna. Al momento desprendió del cuello el manto, y, aunque era ajeno, se lo dio a la viejecita, diciendo: «Anda y hazte una túnica, que bien la necesitas».

La viejecita se sonrió asombrada, no sé si de temor o de alegría, y cogió el paño de manos del Santo, y para que en la tardanza no hubiera peligro de que se lo pidiera de nuevo, se marchó a toda prisa y echó al paño la tijera.

Mas como comprobaba que no le bastaba el paño para una túnica, recurrió a la ya conocida benignidad del Padre santo y le manifestó que la tela que le había dado no llegaba para hacerse la túnica. El Santo entonces miró al compañero, que llevaba otro paño parecido a la espalda, y le dijo: «¿Oyes lo que dice esta pobrecita? Mira, soportemos, por amor de Dios, el frío, y da ese paño a esta viejecita para que complete la túnica».

E inmediatamente, como Francisco, también el compañero le dio el manto. Así, los dos quedaron despojados para que se vistiera la pobre.

**Consideraba hurto no dar la capa a otro más necesitado.**

**30. Volviendo una vez de Siena, se cruzó en el camino con pobre, y dijo a su compañero: «Debemos dar la capa a este pobre, al cual le pertenece, pues nosotros la hemos recibido de prestado mientras no encontráramos otro más pobre que nosotros».**

**El compañero, que valoraba la necesidad del piadoso Padre, se resistía con tenacidad a que mirara tanto al prójimo, con olvido de sí mismo. San Francisco le dijo: «Yo no quiero ser ladrón, y por hurto se nos imputaría si no diésemos la capa al más necesitado». Y el piadoso padre dio la capa al pobre.**

**Cómo dio a un pobre una capa nueva bajo condición.**

**31. En Celle di Cortona usaba el bienaventurado Francisco una capa nueva que sus hermanos le habían proporcionado con gran solicitud. Y vino al lugar un pobre que lloraba la muerte de su mujer y el abandono en que quedaba su familia.**

**Compadecido el Santo, le dijo: «Te doy la capa, pero con la condición de que no se la des a nadie, si no te la compra pagándote bien». Los hermanos que oyeron esto corrieron donde el pobre para quitarle la capa. Mas el pobre, envalentonado con la mirada que le dirigía el santo Padre, sujetaba como suya la capa con las manos bien apretadas. Por fin, los hermanos rescataron la capa, procurando dar al pobre el precio debido.**

**Cómo un pobre, movido por la limosna del bienaventurado Francisco, perdonó las injurias y depuso el odio contra su amo.**

**32. En Colle, del condado de Perusa, encontró el bienaventurado Francisco a un pobre que había conocido en el mundo, y le saludó: «Hermano, ¿cómo estás?» Por toda respuesta, montado el hombre en ira, empezó a lanzar imprecaciones contra su amo, vociferando: «Por gracia de mi señor, a quien el Señor maldiga, no me puede ir sino mal, porque me ha robado todos mis bienes».**

**Recapacitando el bienaventurado Francisco que el pobre persistía en su odio mortal, se compadeció de su alma y le dijo: «Hermano, por amor de Dios, perdona a tu amo para que salves tu alma, y es posible que él te restituya lo robado; de lo contrario, has perdido tus bienes y vas a perder tu alma». El pobre replicó: «No puedo perdonarlo de ninguna manera si no me restituye lo que me ha robado». Entonces, el bienaventurado Francisco le dijo: «Mira, te doy esta capa y te pido que, por amor del Señor Dios, perdones a tu señor».**

**Y al momento se le ablandó el corazón, y, enternecido por este beneficio, perdonó las injurias a su amo.**

**Cómo envió una capa a una mujer pobre que padecía de los ojos como él.**

**33. Una pobre de Machilone (cf. LP 89) iba a Rieti a curarse de una enfermedad de ojos. El médico vino a donde estaba el bienaventurado Francisco y le dijo:**

«Hermano, hay una mujer enferma de los ojos, y es tan pobre, que tengo que pagarle yo los gastos». En oyéndole el Santo, se compadeció de ella, y, llamando a uno de los hermanos que era su guardián, le dijo: «Hermano guardián, debemos devolver lo ajeno». El guardián preguntó: «¿Qué ajeno dices, hermano?» El Santo señaló: «Esta capa que hemos recibido de prestado de aquella pobrecilla mujer enferma; debemos devolvérsela». El guardián le respondió: «Hermano, haz lo que mejor te parezca».

Entonces, el bienaventurado Francisco con gran alegría llamó a un hombre espiritual y familiar suyo y le dijo: «Toma esta capa y estos doce panes y vete en busca de aquella mujer pobrecilla y enferma de los ojos que el médico te indicará y dile: 'Un pobre a quien habías prestado esta capa te da gracias por habérsela prestado; toma lo que es tuyo'».

Marchó el buen hombre y refirió a la mujer cuanto le había dicho el bienaventurado Francisco. Mas ella, pensando que se trataba de una burla, le contestó, no sin temor y rubor: «Déjame en paz; no sé lo que me dices».

El buen hombre dejó en manos de la mujer la capa y los doce panes. Pensando ahora que lo decía de verdad, aceptó la capa con temor y agradecimiento y alabó gozosa a Dios. Temiendo, empero, que se la pidiera de nuevo, se levantó sigilosamente de noche y se volvió a su casa con gran alegría. Pero el bienaventurado Francisco había convenido ya con su guardián que, mientras permaneciese allí la mujer, se le pagaran todos los gastos de cada día.

Nosotros que vivimos con él damos testimonio de que tenía tanta caridad y piedad no sólo hacia sus hermanos, sino también hacia los otros pobres, sanos o enfermos, que, halagándonos primero a nosotros para que no nos disgustáramos, con gran gozo interior y exterior daba a los pobres lo que necesitaba para su propio cuerpo, y que los hermanos conseguían a veces con gran solicitud y trabajo; se privaba incluso de cosas que le eran muy necesarias. Por eso, el ministro general y su guardián le tenían mandado que no diera a ninguno la túnica sin permiso de ellos. A veces, se la pedían los hermanos por devoción y se la daba; y a veces, la partía y daba una parte y se quedaba él con otra, porque no llevaba más que una túnica.

**Como dio la túnica a unos hermanos que se la pidieron por amor de Dios.**

34. En cierta ocasión en que iba predicando por una provincia, se encontraron con él dos hermanos franceses. Como sintieran íntimo consuelo en su compañía, acabaron por pedirle la túnica por amor de Dios. Tan pronto como oyó «por amor de Dios», se despojó de la túnica y se la dio, quedándose sin ella un rato (cf. LP 90).

Siempre que se le interpelaba «por amor de Dios», nunca negaba lo que se le pidiera, fuera el cordón, la túnica u otra cosa. Le desagradaba sobremanera, y se lo corregía muchas veces a los hermanos, que se empleara inútilmente, por cualquier bagatela, la expresión «por amor de Dios». Y decía: «Es tan sublime el amor de Dios, que no debería pronunciarse sino raras veces, con verdadera necesidad y con suma reverencia».

Uno de aquellos hermanos se quitó su túnica y se la dio. Cuando daba a alguno la túnica o parte de ella, padecía necesidad y sufría las consecuencias, porque no le era posible procurarse tan fácilmente otra túnica, a causa particularmente de que siempre quería tener una túnica muy pobre, remendada de retazos; y a veces la quería remendada por dentro y por fuera. Es más, nunca o raras veces se permitía llevar túnica de paño nuevo, sino que conseguía de algún hermano que le diera la que él había usado ya por algún tiempo. A veces recibía parte de la túnica de un hermano, y parte de otro. A causa, sin embargo, de sus muchas enfermedades y del

enfriamiento del estómago y del bazo, forraba en ocasiones la túnica por dentro con paño nuevo.

Tal género de pobreza en el vestido observó hasta el año en que voló al Señor; pues pocos días antes de su muerte, como era hidrópico y estaba casi del todo escuálido por otras enfermedades que padecía, los hermanos le proveyeron de varias túnicas para que pudiera mudarse día y noche según la necesidad.

**Cómo quiso dar ocultamente a un pobre un retazo de tela.**

35. Otra vez llegó un pobre al lugar donde estaba el bienaventurado Francisco y pidió a los hermanos un retazo de tela por amor de Dios. Luego que lo oyó Francisco, dijo a un hermano: «Busca por la casa y ve si encuentras algún retazo o paño que dar a este pobre». Y, mirando el hermano por toda la casa, dijo que no encontró nada.

Para que aquel pobre no se volviese con las manos vacías, se fue el bienaventurado Francisco a ocultas del guardián para que no se le prohibiese, y, tomando un cuchillo, se sentó en un lugar apartado y empezó a cortar un trozo de túnica que llevaba cosido por dentro, con la intención de dárselo ocultamente al pobre. El guardián se dio cuenta de la faena y fue inmediatamente a donde estaba el Santo y le prohibió que lo diera; primordialmente porque hacía mucho frío, y él estaba enfermo y muy resfriado. Entonces le dijo el bienaventurado Francisco: «Si no quieres que le dé este retazo de paño, es preciso en absoluto que se dé a este pobre algún otro retazo de tela». Entonces, los hermanos, en sustitución del bienaventurado Francisco, dieron al pobre un retazo de sus vestidos.

Yendo a predicar por el mundo, ya a pie, ya en asno, después que empezó a estar enfermo, o ya también a caballo en casos de estrictísima y grave necesidad -de otra manera, jamás quiso montar a caballo-, y esto muy poco antes de la muerte, si acontecía que algún hermano le quería proveer de capa, no la quería aceptar sino a condición de que la pudiera dar a cualquier pobre que se le cruzase en el camino o acudiera a él, siempre que su espíritu le asegurara de que el pobre la necesitaba.

**Cómo dijo al hermano Gil antes de ser admitido que diera su capa a un pobre.**

36. En los comienzos de la Orden, estando en Rivo Torto con los dos únicos hermanos que entonces tenía (1), llegó del siglo uno que se llamaba Gil, con el fin de abrazar aquella vida. Éste fue el tercer hermano (cf. LP 92 n. 8).

Durante los días en que todavía llevaba los vestidos que había traído, se acercó a aquel lugar un pobre a pedir limosna al bienaventurado Francisco. Mirando éste a Gil, le dijo: «Da a este pobre tu capa».

Al momento se la quitó de la espalda con íntimo gozo y se la dio al pobre. Y le pareció que el Señor había infundido una nueva gracia en su corazón por el gozo con que había dado la capa al pobre. Y, recibido por el bienaventurado Francisco, progresó en la virtud hasta la mayor perfección.

**Penitencia que impuso a un hermano que juzgó mal de un pobre.**

37. Llegó el bienaventurado Francisco en plan de predicar a un lugar de hermanos cerca de Rocca di Brizio (cf. LP 114), y sucedió que el mismo día en que debía predicar se le acercó un hombre pobre y enfermo. Compadecido de él, empezó a

hablar a su compañero de la pobreza y enfermedad de aquel hombre. El compañero le dijo: «Hermano, es cierto que parece muy pobre, pero acaso no hay otro en toda la provincia con más ganas de ser rico».

Inmediatamente lo reprendió con dureza el bienaventurado Francisco, y el compañero confesó su culpa. El bienaventurado Francisco le amonestó: «¿Estás dispuesto a cumplir la penitencia que te imponga?» Y contestó: «De muy buena gana la cumpliré». «Entonces, ve, despójate de la túnica y arrójate desnudo a los pies del pobre, confiérsale cómo has pecado pensando mal de él y pídele que ruegue por ti».

El compañero fue e hizo cuanto le había ordenado el bienaventurado Francisco. Luego, se levantó, se vistió la túnica y volvió al bienaventurado Francisco. Éste le dijo: «¿Quieres saber cómo has pecado contra él y, lo que es peor, contra Cristo? Mira, cuando ves a un pobre, debes considerar en nombre de quién viene, o sea, de Cristo, el cual llevó sobre sí nuestra pobreza y nuestras enfermedades. La enfermedad y pobreza de este hombre es para nosotros como un espejo que nos ayuda a escudriñar y meditar piadosamente la enfermedad y pobreza que nuestro Señor Jesucristo sufrió en su cuerpo por nuestra salvación».

**Cómo dio un ejemplar del Nuevo Testamento a una mujer pobre, madre de dos hermanos.**

38. En otra ocasión en que moraba en Santa María de la Porciúncula, vino a pedir limosna al bienaventurado Francisco una mujer anciana y pobre que tenía dos hijos en la Religión.

Al momento dijo el bienaventurado Francisco al hermano Pedro Cattani, que era entonces ministro general (cf. LP 93 n. 9): «¿Tendremos algo que dar a esta madre nuestra?» Decía que la madre de un hermano era madre de él y de todos los hermanos. El hermano Pedro respondió: «En casa no tenemos nada que poder darle, pues desearía una limosna con la que sustentar su cuerpo. En la iglesia sí que tenemos un libro del Nuevo Testamento del que recitamos las lecturas de maitines». Es de notar que en aquel tiempo los hermanos no tenían breviarios ni tampoco muchos salterios.

El bienaventurado Francisco le dijo entonces: «Da a nuestra madre el Nuevo Testamento para que lo venda y remedie su necesidad. Creo firmemente que con esto agradaremos más al Señor y a la Santísima Virgen que leyendo de él». Y se lo dio. De él se puede decir y escribir lo mismo que se lee del santo Job: Desde el seno materno ha nacido y crecido en él la caridad compasiva (Job 31,18).

Sería largo y muy difícil de escribir y de contar para nosotros que vivimos con él, no solamente todo lo que hemos oído de otros acerca de su caridad y misericordia para con los hermanos y otros pobres, sino lo que nosotros hemos visto con nuestros propios ojos.

#### **Capítulo IV**

**La perfección de la santa humildad y obediencia en él y en los hermanos.**

**Cómo renunció al oficio de prelado e instituyó ministro general al hermano Pedro Catanni.**

39. Para guardar la virtud de la santa humildad, pocos años después de su conversión renunció en un capítulo al oficio de la prelación en presencia de los

hermanos, y les dijo: «Estoy ya muerto para vosotros, pero aquí tenéis al hermano Pedro Cattani (cf. 1 Cel 25 n. 45) a quien yo y vosotros obedeceremos». Y, postrado en tierra ante él, le prometió obediencia y reverencia.

Lloraban todos los hermanos, y el íntimo dolor les arrancaba profundos sollozos al sentir, en cierta manera, la orfandad de tal Padre. El bienaventurado Padre se levantó y con los ojos elevados al cielo y con las manos juntas oró así: «Señor, a ti te recomiendo la familia que hasta ahora has confiado a mi solicitud, y ahora, por las enfermedades que bien conoces, dulcísimo Señor, al no poder cuidar de ella, la pongo en manos de los ministros. Ellos, Señor, tendrán que rendirte cuentas en el día del juicio si algún hermano se ha perdido por negligencia de ellos, mal ejemplo o ásperas correcciones».

Y, desde este momento, él quedó de súbdito hasta su muerte y conduciéndose en todo con más humildad que cualquiera de los hermanos.

Cómo se desprendió hasta de sus compañeros no queriendo tener compañero especial.

40. En otra ocasión puso a disposición de su vicario todos sus compañeros, diciendo: «No quiero aparecer singular disfrutando de la prerrogativa de poder elegir un compañero especial, sino que los hermanos me acompañen de un lugar a otro, como el Señor les inspirare». Y añadió: «He visto un ciego que no tenía para guía de su camino más que un perrito, y yo no quiero ser de mejor condición».

Tuvo siempre por su mayor gloria que, rechazada toda clase de singularidad y de jactancia, morara en él la virtud de Cristo.

Por causa de los malos prelados renunció al oficio de la prelación.

41. Preguntándole una vez un hermano por qué había dejado el cuidado de los hermanos y los había confiado a manos ajenas, como si nada tuviera que ver con ellos, respondió: «Hijo mío, yo amo a los hermanos cuanto puedo; pero, si siguieran mis huellas, los amaría más y no me desentendería de ellos. Hay algunos entre los prelados que los arrastran hacia otras cosas, proponiéndoles el ejemplo de los antiguos, y dan poca importancia a mis avisos. Pero lo que hacen y cómo lo hacen aparecerá más claro al final». Poco después, estando gravemente enfermo, por la fuerza del espíritu se incorporó en el lecho y exclamó: «¿Quiénes son esos que arrebataron de mis manos mi Religión y mis hermanos? Si voy al capítulo general, yo les demostraré qué es lo que quiero».

Cómo humildemente buscaba carne para los enfermos y cómo los exhortaba a ser humildes y pacientes.

42. El bienaventurado Francisco no se avergonzaba de buscar carne por los lugares públicos de las ciudades para los hermanos enfermos. A su vez, exhortaba a éstos a que llevaran con resignación las deficiencias y no armaran escándalo cuando no se les pudiera atender suficientemente en todo.

Así, hizo escribir en la primera Regla: «Suplico a mis hermanos que no se irriten en sus enfermedades, ni se incomoden contra Dios o contra los hermanos, ni soliciten con ansiedad medicinas, ni deseen en demasía aliviar la carne, que pronto ha de morir y es enemiga del alma. Por el contrario, den gracias a Dios por todo y procuren portarse en la enfermedad como Dios quiere. Pues a los que Dios ha predestinado para la vida eterna, los adoctrina con castigos y enfermedades, como enseña Él mismo: Yo reprendo y castigo a los que amo» (1 R 10,3-4).

**Humilde respuesta de los bienaventurados Francisco y Domingo al ser preguntados si querían que sus hermanos fueran prelados en la Iglesia.**

43. Estaban en Roma aquellas dos preclaras lumbreras del orbe, los bienaventurados Francisco y Domingo. Se encontraban ambos con el señor ostiense y más tarde sumo pontífice (2), y tanto el uno como el otro decían exquisiteces de Dios. Al cabo, les dijo el señor ostiense: «En la Iglesia primitiva, los pastores y prelados eran pobres, varones llenos de caridad y nada ambiciosos. ¿Por qué no escogemos de entre vuestros hermanos quienes sean obispos y prelados, que por su doctrina y ejemplo sobresalgan entre los demás?»

Entre los dos santos se originó una devota y humilde porfía, no en plan de mandar, sino en deferencia para con el otro, como queriéndose urgir mutuamente a dar la respuesta. Venció la humildad de Francisco, eludiendo el ser el primero en responder, y se impuso la humildad a Domingo, que respondió primero tan sólo por obedecer humildemente.

El bienaventurado Domingo dio por respuesta: «Señor, si mis hermanos quieren ser conscientes, verán que están ya elevados a posiciones distinguidas; yo, en cuanto pueda, nunca permitiré que admitan otra especie de dignidad».

Entonces, el bienaventurado Francisco, inclinándose ante el mencionado señor, dijo: «Señor, mis hermanos se llaman menores para que no aspiren a ser mayores. Su vocación les enseña a vivir en sencillez y a imitar las huellas de la humildad de Jesucristo, a fin de que así, en la visita de los santos, sean ensalzados más que los demás. Si queréis que den fruto en la Iglesia de Dios, tenedlos y mantenedlos en el estado de su vocación. Y si ascienden a lo alto, reducidlos con energía a las llanuras y no consintáis que se eleven a ninguna prelación».

Así respondieron los santos; con sus respuestas quedó el señor cardenal de Ostia altamente edificado y dio rendidas gracias a Dios.

Marchando ambos a la vez, el bienaventurado Domingo pidió a San Francisco que se dignara darle el cordón con que se ceñía. El bienaventurado Francisco rehusó por humildad lo que el bienaventurado Domingo pedía por caridad. Triunfó, sin embargo, la bendita devoción del que pedía, y la cuerda que logró arrancar la violencia del amor, se la ciñó el bienaventurado Domingo debajo de su hábito y la llevó desde entonces devotamente.

Finalmente, puestas las manos del uno entre las del otro, se encomendaron mutuamente con toda dulzura. Y Santo Domingo dijo a San Francisco: «Desearía, hermano Francisco, que nuestras Órdenes se fusionaran en una sola y nosotros viviéramos en la Iglesia la misma forma de vida».

Cuando, por fin, se despidieron, el bienaventurado Domingo dijo en presencia de muchos que estaban allí: «Os digo en verdad que todos los religiosos deberían imitar a este santo varón Francisco. Tanta es la perfección de su santidad».

**Cómo quiso que todos sus hermanos sirviesen a los leprosos para fundarse en la humildad.**

**44. Desde el principio de su conversión, el bienaventurado Francisco, como sabio arquitecto, se fundamentó, con la ayuda de Dios, sobre roca viva, esto es, sobre la máxima humildad y pobreza del Hijo de Dios; y por esta humildad llamó a su Religión de los hermanos menores (1 R 7,2; 1 Cel 37).**

**Al principio de la Religión quiso que sus hermanos vivieran en leproserías al servicio de los enfermos, y allí se afianzaran en la santa humildad. Por eso, cuando venían a la Orden, ya fueran nobles, ya plebeyos, entre otras, se les hacía la advertencia de que habían de servir humildemente a los leprosos y vivir en sus casas, como se contiene en la primera Regla (cf. LP 9 n. 7). No habían de querer tener bajo el cielo sino la santa pobreza, por la cual les nutre el Señor corporal y espiritualmente y por la que conseguirán en el futuro la herencia del cielo.**

**De esta manera se cimentó, para sí y para los demás, sobre la máxima humildad y pobreza. Y, siendo gran prelado en la Iglesia de Dios, eligió y prefirió estar postergado no sólo en la Iglesia, sino entre sus hermanos, si bien este abatimiento era, a su juicio y según su corazón, la mayor exaltación ante Dios y ante los hombres.**

**Cómo quería que en todas sus palabras y obras buenas se atribuyera sólo a Dios la gloria y el honor.**

**45. Habiendo predicado al pueblo de Terni en la plaza de la ciudad, en cuanto acabó sus palabras, se levantó el obispo de la misma ciudad, varón discreto y espiritual (cf. 2 Cel 141), y habló así al pueblo: «El Señor, desde los días en que plantó y edificó la Iglesia, la ha venido iluminando con los resplandores de hombres santos, que con su palabra y ejemplo la cultivaran. Ahora, en estos últimos tiempos, la ha esclarecido con este hombre Francisco, pobrecillo, despreciable y sin letras. Por eso estáis obligados a amar y reverenciar a Dios y a guardaros de pecar. No se porta así el Señor con todas las gentes».**

**Luego de estas palabras, el obispo bajó del lugar donde había predicado y entró en la catedral. El bienaventurado Francisco se acercó a él y, arrojándose a sus pies, dijo: «Señor obispo, os confieso en verdad que ningún hombre me ha honrado tanto en el mundo como vos en este día. Los otros hombres dicen: "¡Éste es un varón santo!", y me atribuyen a mí, y no al Creador, la gloria y la santidad. Vos, en cambio, como muy discreto, habéis separado lo precioso de lo que es vil».**

**Cuando el bienaventurado Francisco era alabado y decían de él que era santo, respondía así a tales encomios: «Todavía no me puedo fiar de no tener hijos e hijas. En cualquier momento que el Señor apartara de mí el tesoro que me ha confiado, ¿qué otra cosa me quedaría sino el cuerpo y el alma, como los tienen también los paganos? Es más, debo creer que, si el Señor hubiera otorgado a cualquier ladrón o pagano tantas gracias como me ha dado a mí, serían mucho más fieles el Señor que lo soy yo. Como en la imagen de Dios o de la Virgen Santísima pintada en una tabla es honrado el Señor y la Santísima Virgen y ningún honor se arroga la pintura, así el siervo de Dios es como una pintura de Dios en que el mismo Dios es honrado para gloria suya. Pero el siervo de Dios nada se debe atribuir, porque, con relación a Dios, es menos que la pintura y la tabla. Es más: es pura nada, y a sólo Dios corresponde la gloria y el honor; al hombre, la vergüenza y la tribulación mientras vive entre las miserias de este mundo».**



**Quiso tener como guardián hasta su muerte a uno de sus compañeros y vivir bajo su obediencia.**

**46. Queriendo permanecer hasta la muerte en perfecta humildad y obediencia, mucho antes de morir dijo al ministro general: «Quiero que nombres a uno de mis compañeros que haga tus veces, a quien yo obedezca en vez de a ti. Por el bien de la obediencia, quiero que, durante la vida y en la muerte, tú estés siempre a mi lado».**

**Desde entonces hasta su muerte tuvo a uno de sus compañeros por guardián, a quien estaba sujeto como a vicario del ministro general. Es más, en cierta ocasión dijo a sus compañeros: «El Señor me ha concedido, entre otras, la gracia de que, si se me diera por guardián a un novicio que acabara de entrar hoy en la Religión, le obedecería con la misma solicitud que si se tratara del primero y más antiguo en años y vida religiosa. El súbdito debe mirar a su prelado no como a hombre, sino como a Dios, por amor del cual se somete a la obediencia de aquél». Luego añadió: «No hay prelado en el mundo tan temido por sus súbditos como haría el Señor que fuera yo temido por mis hermanos, si yo quisiera. Pero el Señor me ha dado la gracia de querer estar contento en todo, como quien es el menor en la Religión».**

**Nosotros que vivimos con él vimos con nuestros propios ojos lo que él mismo atestigua: que, cuando algunos hermanos no le atendían en sus necesidades o le dirigían alguna palabra de las que suelen turbar al hombre, en seguida se recogía en la oración y luego, de vuelta, no quería acordarse de ello. Y nunca decía: «Tal hermano no me ha atendido o tal hermano me ha dicho aquella palabra».**

**Y en esta disposición se mantuvo siempre. Y cuanto más se acercaba al fin de su vida, más cuidado ponía en considerar cómo podría vivir y morir en absoluta humildad y pobreza y en la perfección de toda virtud.**

**Cómo enseñaba la manera perfecta de obedecer**

**47. Decía el Padre santísimo a sus hermanos: «Hermanos carísimos, obedeced a la primera y no esperéis a que se os mande por segunda vez. No digáis nunca ni penséis que es imposible un precepto, pues, aunque yo os mandara más de lo que vuestras fuerzas pueden, la virtud de la santa obediencia os las daría».**

**Cómo asemejó el perfecto obediente a un cuerpo muerto.**

**48. En cierta ocasión, sentado con sus compañeros, dijo suspirando: «Es lástima que apenas haya en el mundo religioso que obedezca bien a su prelado». Dijéronle entonces los compañeros: «Dinos, pues, Padre, en qué consiste la perfecta y suma obediencia». Y les contestó, describiéndoles el perfecto y verdadero obediente bajo la figura de un cuerpo muerto: «Toma un cuerpo sin vida y colócalo donde mejor te pareciere. Verás que no se resiste a ser movido, ni a que le cambien de sitio, ni reclama el que ha dejado. Si es sentado en una cátedra, no mira altanero, sino hacia el suelo; si se lo rodea de púrpura, resalta el doble su palidez. El verdadero obediente es aquel que no juzga por qué se le cambia, ni se preocupa del lugar donde le coloquen, ni insiste en que lo trasladen. Si es promovido a algún cargo, se mantiene en su habitual humildad, y cuanto más es ensalzado, más indigno se reconoce del honor» (3).**

**Llamaba santas obediencias a las que pura y sencillamente eran impuestas, y no a las que eran buscadas. Juzgaba obediencia suma, en que no tiene parte ni la carne ni la**

**sangre, aquella por la que, siguiendo la inspiración divina, se va entre los infieles ya para ganar al prójimo, ya por deseo de martirio. Decía que pedir esta obediencia era muy grato a Dios.**

**Es peligroso mandar precipitadamente por obediencia y no obedecer al mandato de la obediencia.**

**49. Pensaba el bienaventurado Padre que rara vez se debía mandar con precepto de obediencia y que no había de lanzarse de primeras la saeta que debe dispararse en último término. Decía: «No se ha de echar pronto mano a la espada».**

**Añadía también que quien no cumple prontamente el precepto de obediencia, no teme a Dios ni respeta al hombre, a no ser que haya motivo que necesariamente obligue a diferir el cumplimiento.**

**Nada más verdadero, porque la autoridad de mandar en manos de un superior temerario, ¿qué otra cosa es que el puñal en manos de un furioso? Y ¿en qué se puede tener menos esperanza que en un religioso que descuida la obediencia y la desprecia?**

**Cómo respondió a los hermanos que querían persuadirle a que pidiera privilegio de poder predicar libremente.**

**50. Algunos hermanos dijeron al bienaventurado Francisco: «Padre, ¿no ves cómo los obispos no permiten a veces que prediquemos y nos hacen estar muchos días sin ocupación en un lugar antes que podamos anunciar la palabra del Señor? Mejor sería que alcanzaras del señor papa algún privilegio sobre esto, y redundaría en bien y salvación de las almas». Les respondió, reprendiéndolos ásperamente: «Vosotros, hermanos menores, no comprendéis la voluntad de Dios ni permitís que yo convierta al mundo entero, como Dios lo quiere. Yo quiero, primeramente, convertir a los prelados mediante la santa humildad y la reverencia; cuando éstos vean nuestra vida santa y nuestra humilde reverencia para con ellos, os rogarán que prediquéis y convirtáis al pueblo. Ellos os llamarán a predicar mejor que vuestros privilegios, los cuales os llevarán a ensoberbeceros. Y, si estuviereis alejados de toda avaricia y exhortarais al pueblo a que satisfagan a las iglesias sus derechos, los mismos prelados os llamarían para que oyerais las confesiones de los fieles, si bien de esto no os debéis preocupar, porque, si se convierten, fácilmente encontrarán confesores. Yo por mi parte sólo quiero tener un privilegio del Señor: no tener ningún privilegio de los hombres, sino reverenciar a todos, y, cumpliendo lo que manda la santa Regla, tratar de convertir a todos más con el ejemplo que con las palabras».**

**Cómo los hermanos se reconciliaban mutuamente cuando se ofendían.**

**51. Decía que los hermanos menores habían sido enviados por Dios en estos últimos tiempos para que mostraran ejemplos de luz a los que andan envueltos en las tinieblas del pecado. Decía, asimismo, que se sentía como envuelto en perfumes, como ungido con la fuerza de un bálsamo precioso, cuando llegaban a sus oídos las gestas realizadas por los santos hermanos que andaban dispersos por el mundo.**

Sucedió un día que cierto hermano, en presencia de un noble caballero de la isla de Chipre, ofendió de palabra a otro hermano (cf. 2 Cel 155). Advirtiéndolo el ofensor que había molestado un tanto a su hermano, al momento cogió un boñigo de asno, se lo metió en su boca para morderlo y dijo: «¡Masque el estiércol la lengua dañina que ha derramado contra mi hermano el veneno de la iracundia!» Ante la escena, aquel caballero quedó estupefacto y marchó con gran edificación. Y desde entonces puso a disposición de los hermanos su persona y sus bienes.

Era costumbre entre los hermanos que, si alguno de ellos profería una palabra injuriosa o molesta contra otro, se postraba de inmediato en tierra y, besando los pies del hermano, le pedía perdón humildemente. Se regocijaba el santo Padre cuando oía que sus hijos daban espontáneamente ejemplos de santidad y bendecía con profusión a aquellos hermanos que de palabra y de obra inducían a los pecadores al amor de Cristo. Repleto como estaba él del celo por la salvación de las almas, quería que sus hijos fueran auténticos imitadores suyos.

**Cómo se querelló Jesucristo al hermano León, compañero de San Francisco, de la ingratitud y soberbia de los hermanos.**

52. En cierta ocasión dijo el Señor Jesucristo al hermano León, compañero del bienaventurado Francisco: «Hermano León, estoy disgustado de los hermanos». El hermano León respondió: «¿Por qué, Señor?» Y le contestó el Señor: «Por tres cosas: porque no reconocen mis beneficios, que tan generosa y abundantemente les dispenso, pues, como bien sabes, no siembran ni recolectan; porque todo el día andan murmurando y ociosos y porque con frecuencia se provocan a ira mutuamente y no se reconcilian ni perdonan la injuria que reciben».

**Cómo respondió con humildad y verdad a un doctor de la Orden de Predicadores que le preguntó acerca de un texto de la Escritura.**

53. Morando en Siena el bienaventurado Francisco, vino a él un doctor en sagrada teología, de la Orden de Predicadores, varón por cierto humilde y muy espiritual. Platicaron mutuamente por algún tiempo de pasajes de la Sagrada Escritura, y el maestro le preguntó acerca del significado de este texto de Ezequiel: Si no amonestares al impío de su impiedad, yo te demandaré el precio de su alma (Ez 3,18). Le dijo: «Conozco muchos, bondadoso Padre, que están en pecado mortal, y a los que no advierto de su impiedad. ¿Tendré que responder ante Dios de su alma?»

El bienaventurado Francisco respondió humildemente que él era un idiota, y que más le tocaba hacer el papel de discípulo aprendiendo de él que manifestar el sentido de la Escritura. Entonces aquel humilde maestro añadió: «Hermano, aunque he oído de boca de algunos sabios la interpretación de esas palabras, escucharía de buen grado cómo entiendes tú ese pasaje». Entonces dijo el bienaventurado Francisco: «Si las palabras se han de tomar de una manera general, yo las entiendo así: que el siervo de Dios debe arder y brillar de tal manera por su vida y santidad, que con la luz del ejemplo y una conducta santa sirva de reprensión a todos los pecadores. Así, digo, el esplendor de su vida y el olor de su buen nombre reprocharán a todos sus iniquidades».

El doctor quedó altamente edificado y dijo al marchar a los compañeros del bienaventurado Francisco: «Hermanos míos, la teología de este varón, apoyada en

pureza y contemplación, es águila que vuela; nuestra ciencia, en cambio, se arrastra por tierra sobre el vientre».

**Cómo se ha de vivir en humildad y paz con los clérigos.**

**54. Aunque el bienaventurado Francisco quería que sus hijos tuvieran paz con todos y con todos se portaran como pequeños, sin embargo, demostró con las palabras y con el ejemplo que habían de ser humildes, en particular con los clérigos.**

**Decía él: «Hemos sido enviados en ayuda de los clérigos para la salvación de las almas; para que en aquello a que no lleguen, los suplamos nosotros. Cada uno recibirá su recompensa no según la autoridad que ostenta, sino a medida de la labor que realiza. Tened presente, hermanos, que es muy grato a Dios ganar las almas; pero esto lo conseguiremos mucho mejor fomentando la paz que no sembrando discordias con los clérigos. Y, si ellos fueran obstáculo a la salvación de los pueblos, a Dios pertenece la venganza, y a su tiempo les dará su merecido. Así que estad sumisos a los prelados y evitad, en cuanto de vosotros dependa, un celo desordenado. Si sois hijos de la paz, ganaréis al clero y al pueblo, y esto es más agradable a Dios que ganar al pueblo sólo con escándalo del clero. Tapad sus caídas y suplid sus múltiples deficiencias; cuando hagáis así, sed más humildes».**

**Cómo consiguió humildemente la iglesia de Santa María de los Ángeles del abad de San Benito de Asís y quiso que los hermanos habitaran y convivieran siempre allí en humildad (cf. LP 56).**

**55. Comprendiendo el bienaventurado Francisco que el Señor quería aumentar el número de hermanos, les dijo: «Carísimos hermanos e hijitos míos, veo que el Señor quiere multiplicarnos. Por eso, me parece bueno y religioso que consigamos del obispo, o de los canónigos de San Rufino, o del abad de San Benito alguna iglesia donde los hermanos puedan rezar sus horas, y tener junto a ella tan sólo una pequeña casa pobrecilla, construida de mimbres y de barro, en que puedan los hermanos descansar y trabajar. Este lugar no es apropiado ni suficiente para los hermanos cuando vemos que el Señor los quiere multiplicar, y, sobre todo, porque aquí no tenemos iglesia donde poder rezar las horas. Además, si alguno muere, no sería conveniente sepultarlo aquí ni en la iglesia del clero secular». La proposición agradó a todos los hermanos.**

**Marchó, pues, a ver al obispo de Asís y le expuso todo lo dicho arriba. El obispo le dijo: «Hermano, yo no tengo ninguna iglesia que pueda daros». Y lo mismo respondieron los canónigos. Entonces fue al abad de San Benito de Monte Subasio y le expuso lo mismo. Conmovido el abad, celebró consejo con sus monjes, y, por obra de la gracia y por voluntad de Dios, concedió al bienaventurado Francisco y a sus hermanos la iglesia de Santa María de la Porciúncula, como la iglesia más pobre y pequeña que tenían. El abad dijo al bienaventurado Francisco: «Hermano, hemos atendido tu petición. Pero, si el Señor se digna multiplicar vuestra familia, queremos que este lugar sea la cabeza de todos vosotros».**

**Agradó lo dicho al bienaventurado Francisco y a sus hermanos; el santo Padre se alegró mucho de la donación del lugar hecha a los hermanos por varios motivos; principalmente, porque la iglesia llevaba el título de la madre de Cristo; porque era pequeña y muy pobre; por su sobrenombre de Porciúncula, en lo que veía**

prefigurado que había de ser cabeza y madre de los pobres hermanos menores. Se llamaba Porciúncula porque tal era el nombre del paraje desde tiempos muy remotos.

El bienaventurado Francisco decía: «Esta es la razón por la que el Señor quiso que no dieran ninguna otra iglesia a los hermanos y que los primeros hermanos no construyeran una iglesia nueva ni tuvieran otra distinta de ésta: que así, por la venida de los hermanos menores, se ha cumplido una profecía». Y, aunque era muy pobre y estaba casi destruida, los ciudadanos de Asís y de toda aquella comarca la tuvieron durante mucho tiempo en gran veneración; esta veneración ha venido creciendo hasta el presente y se va reforzando cada día. Tan pronto como fueron los hermanos a vivir allí, el Señor aumentaba casi a diario su número, y el buen olor de su fama se ha difundido de manera admirable por todo el valle de Espoleto y hasta por muchas partes del mundo. Antiguamente, se llamaba Santa María de los Ángeles, porque es fama que allí se oían muchas veces cantares angélicos.

Si bien el abad y los monjes la cedieron de buen grado al bienaventurado Francisco y a sus hermanos, sin embargo, éste, como prudente y experto maestro, quiso fundar su casa, es decir, su Religión, sobre roca firme, o sea, sobre la máxima pobreza, y así, todos los años, en señal de la mayor humildad y pobreza, enviaba al abad y a los monjes una canasta o cesto de peces que llaman lochas. Obraba así para que los hermanos no tuvieran ningún lugar propio, ni habitasen lugar alguno que no fuese ajeno. Lo que buscaba era que los hermanos no tuvieran derecho para venderlo o enajenarlo de alguna manera. Cuando los hermanos llevaban todos los años la porción de peces a los monjes, éstos, en atención a la humildad del bienaventurado Francisco, que espontáneamente se los ofrecía, les correspondían con una vasija llena de aceite.

Nosotros que estuvimos con el bienaventurado Francisco damos testimonio de que afirmaba expresamente que en esta iglesia le había sido revelado que, por las muchas gracias que allí había mostrado el Señor, era, entre las iglesias que la Virgen ama en el mundo, la que ella ama con mayor predilección. Por eso, desde entonces tuvo para con ella la mayor reverencia y devoción; y para que los hermanos tuvieran siempre un memorial en sus corazones, en la hora de la muerte hizo que se escribiera en el testamento que ellos hicieran lo mismo.

Próximo ya a morir, dijo en presencia del ministro general y de otros hermanos: «Quiero tomar ciertas disposiciones acerca del lugar de Santa María de la Porciúncula y dejarlo en testamento a mis hermanos para que lo tengan siempre en gran devoción y veneración.

»Es lo que hicieron nuestros antiguos hermanos; pues con ser este lugar santo predilecto y preferido por Cristo y la Virgen gloriosa, sin embargo, conservaban su santidad con oración continua y silencio de día y de noche. Y si alguna vez hablaban después de la hora fijada para el silencio, era para tratar, con la mayor devoción y en la forma más adecuada, sólo de las cosas tocantes a la alabanza de Dios y a la salvación de las almas. Cuando sucedía, que era raro, que algún hermano iniciaba una conversación inútil u ociosa, inmediatamente era corregido por otro hermano.

»Mortificaban sus cuerpos con ayunos y largas vigiliias, con el rigor del frío, con desnudez y con el trabajo de sus manos. Muchas veces, para evitar la ociosidad, ayudaban en las faenas del campo a pobres labradores, y éstos les daban pan por amor de Dios. Con estas y otras virtudes santificaban el lugar y se mantenían a sí mismos en la santidad. Después, debido a que hermanos y seglares visitaban el lugar con más frecuencia de lo acostumbrado y porque los hermanos se han vuelto más tibios en la oración y en obras virtuosas y más disipados que antes para decir palabras ociosas y comunicar noticias del siglo, este lugar no goza de tanta reverencia y devoción como antes y como yo querría».

Habiendo dicho el bienaventurado Francisco lo que antecede, luego añadió, concluyendo con gran fervor de espíritu: «Quiero, por tanto, que este lugar esté siempre sujeto inmediatamente a la jurisdicción del ministro y siervo general, para que tenga de él el mayor cuidado y se preocupe de proveerlo de una familia buena y santa. Elíjanse los clérigos de entre los hermanos mejores, más santos y honestos y de entre los que en toda la Religión mejor sepan decir el oficio litúrgico, para que no sólo los seculares, sino los demás hermanos, los vean y escuchen con agrado y devoción.

»De entre los hermanos laicos santos y discretos, humildes y honestos, sean elegidos quienes sirvan a aquellos. Quiero también que ninguna persona, aunque sea hermano, entre en este lugar, si no es el ministro general y los hermanos que les sirven. Y no hablen con persona alguna, a no ser con los hermanos que les atienden y con el ministro cuando los visita. Quiero asimismo que los hermanos laicos que les sirven estén obligados a no hablar con ellos de cosas ociosas, ni de novedades del siglo o de cualquier cosa que no sea provechosa a sus almas. Y por eso quiero especialmente que ninguno entre en este lugar, para que los que en él viven conserven mejor su pureza y santidad; y que en este lugar nada en absoluto se diga ni se haga inútilmente, sino que el lugar todo entero sea mantenido puro y santo en himnos y alabanzas al Señor.

»Y, cuando alguno de estos hermanos volare al Señor, quiero que, para cubrir la plaza del difunto, el ministro general llame, de dondequiera que esté, a otro hermano santo. Y, aunque otros hermanos decayeren alguna vez de la pureza y santidad de vida, quiero que este lugar sea bendito y se conserve siempre como espejo y buen ejemplo para toda la Religión y como candelabro que arde y luce siempre ante el trono de Dios y de la Santísima Virgen. Y que por él se apiade el Señor de los defectos y faltas de todos los hermanos y conserve y proteja siempre a esta Religión y plantita suya».

\*\*\*\*\*

Notas:

- 1) Bernardo de Quintavalle ciertamente, y pudiera ser Pedro Cattani o un hermano cuyo nombre ha quedado en el anonimato; el texto de 1 Cel 24-25 es poco claro.
- 2) Se puede situar el encuentro a principios de 1221, y, en todo caso, antes del mes de julio, fecha en que Santo Domingo salió de Roma para ir a Bolonia, donde debió de morir el 6 de agosto.
- 3) San Francisco empleó la imagen del cadáver a propósito de la obediencia. Con ello no quiere decir que el que obedece ha de matar su propio juicio. Quiere tan sólo expresar, plásticamente, la disposición de humildad del que obedece.

**Humilde respeto a las iglesias barriéndolas y limpiándolas.**

56. En cierta ocasión, cuando vivía en Santa María de la Porciúncula, siendo todavía pocos los hermanos, iba el bienaventurado Francisco por los pueblos y las iglesias de los alrededores de Asís predicando y exhortando a los hombres a la penitencia. En estas salidas iba provisto de una escoba para barrer las iglesias sucias. Al bienaventurado Francisco le dolía profundamente el ver alguna iglesia menos limpia de lo que deseara.

Por eso, luego que acababa la predicación, reunía a los sacerdotes presentes en un lugar apartado, para que no escucharan los seculares, y les predicaba acerca de la salvación de las almas, y, sobre todo, les exhortaba a ser cuidadosos en mantener

limpias las iglesias y altares y todo lo que se necesita para la celebración de los divinos misterios.

Un campesino lo encontró barriendo humildemente la iglesia, se convirtió, entró en la Orden y fue un hermano santo.

57. Un día fue a la iglesia de una villa de la ciudad de Asís y empezó a barrerla y limpiarla humildemente. Luego corrió el rumor por todo el pueblo, y todos veían el hecho con buenos ojos y se complacían en oírlo. Tan pronto como se enteró un campesino de admirable sencillez, llamado Juan, que estaba arando su tierra, se dirigió deprisa a donde estaba Francisco, y lo encontró barriendo la iglesia con devota humildad. Al verlo, le dijo: «Hermano, déjame la escoba, que quiero ayudarte». Y, cogiendo la escoba de sus manos, barrió lo que faltaba.

Sentados los dos, dijo el rústico labrador al bienaventurado Francisco: «Hace ya mucho tiempo, hermano, que quiero servir a Dios, y más aún desde que me han llegado noticias de ti y de tus hermanos; pero no sabía cómo venir a ti. Ahora que el Señor ha querido que te vea, quiero hacer lo que te agrade».

Viendo el bienaventurado Francisco el fervor del campesino, se alegró en el Señor, particularmente porque entonces tenía pocos hermanos, y esperaba que por su sencillez y pureza había de ser buen religioso. Así, le dijo: «Si quieres vivir con nosotros y alistarte en nuestra familia, es preciso que te desprendas de todo cuanto justamente puedas poseer y lo des a los pobres, para seguir el consejo del santo Evangelio, pues así lo han hecho todos mis hermanos que han podido hacerlo».

Oído esto, marchó inmediatamente al campo, donde había dejado los bueyes uncidos, y los desunció. Llevó uno al bienaventurado Francisco y le dijo: «Hermano, he servido muchos años a mi padre y a todos los de mi casa; y, aunque valga poco esta partija de mi herencia, quiero tomar este buey por la parte que me corresponde para darlo a los pobres como mejor te parezca a ti».

Cuando supieron sus padres y hermanos, todavía pequeños, que quería dejarlos, rompieron a llorar amargamente y a dar tales gritos de dolor, que el bienaventurado Francisco se movió a compasión. Era familia numerosa e incapaz de valerse. Les dijo: «Preparad comida para todos y comamos juntos. No lloréis, porque os voy a dejar muy contentos». Prepararon en seguida la comida, y todos comieron con mucha alegría.

Después de comer dijo el bienaventurado Francisco: «Este hijo vuestro quiere servir a Dios, y no debéis por esto entristeceros, sino alegraros inmensamente. Pues no solamente según Dios, mas también según la estima del mundo, redundará para vosotros en gran honor y bien espiritual y temporal, porque en vuestra propia carne será honrado Dios, y todos nuestros hermanos serán vuestros hijos y vuestros hermanos. Él es creatura de Dios, y quiere consagrarse al servicio de su Creador; servirle a Él es reinar, y yo no puedo ni debo dejároslo. Mas para que recibáis de él un consuelo, quiero que se desprenda de este buey y os lo dé a vosotros como pobres, si bien debería darlo a otros pobres según el Evangelio». Quedaron muy consolados con las palabras del bienaventurado Francisco y se alegraron en gran manera, porque les había entregado el buey, pues eran muy pobres.

El bienaventurado Francisco, que amaba tanto en sí como en los demás la santa sencillez, le vistió sin tardar el hábito de la Religión y lo llevaba como compañero con toda humildad. Era tan simple, que se creía obligado a imitar al bienaventurado Francisco en todo lo que hacía. Así, cuando el bienaventurado Francisco estaba en alguna iglesia o en otro lugar para orar, lo observaba con atención para imitarlo exactamente en todas sus acciones y gestos. Si el bienaventurado Francisco se

arrodillaba, o levantaba las manos hacia el cielo, o escupía, o tosía, o suspiraba, también él lo hacía de igual manera. Cuando el bienaventurado Francisco se dio cuenta de esto, le comenzó a corregir con gran alegría estas simplicidades. A lo que respondió: «Hermano, yo he prometido hacer todo lo que tú haces; por eso, he de ajustarme a ti en todo». El bienaventurado Francisco se admiraba y maravillosamente se alegraba al ver en él tal sencillez y pureza de alma.

Iba progresando de tal manera en las virtudes y costumbres, que el bienaventurado Francisco y los demás hermanos se maravillaban sobremanera de su gran perfección. Al poco tiempo murió, dechado de virtudes. Y así, el bienaventurado Francisco se gozaba interior y exteriormente contando a los hermanos su vida y llamándole no hermano Juan, sino «San Juan».

**Cómo se castigó comiendo en la misma escudilla con un leproso por haberle avergonzado.**

58. Una vez que volvió el bienaventurado Francisco a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, encontró allí al hermano Santiago el simple con un leproso cubierto de llagas. Se lo había recomendado el bienaventurado Francisco, lo mismo que otros leprosos. Era para con ellos un verdadero médico, que con mucha delicadeza les palpaba las llagas, se las limpiaba y se las curaba. Por este tiempo vivían los hermanos en leproserías.

El bienaventurado Francisco dijo al hermano Santiago como censurando su proceder: «No debes llevar contigo a los hermanos cristianos, pues no es conveniente ni para ti ni para ellos». Aunque deseaba que los sirviera, no quería, sin embargo, que llevara fuera del hospital a los que estaban muy llagados, porque los hombres, como por instinto, los miraban con horror; pero el hermano Santiago era tan simple, que iba con ellos desde la leprosería hasta Santa María de la Porciúncula lo mismo que hubiera ido con cualquier hermano. El bienaventurado Francisco llamaba a estos enfermos «hermanos cristianos».

Luego de haber hablado así el bienaventurado Francisco, se reprendió a sí mismo, pensando que aquel enfermo pudo haberse avergonzado por la corrección hecha al hermano Santiago. Y, con vivo deseo de dar satisfacción a Dios y al enfermo, confesó su falta al hermano Pedro Cattani, entonces ministro general, y le suplicó: «Quiero que me confirmes la penitencia que he pensado hacer por esta falta, y te ruego que no me contradigas». El hermano Pedro respondió: «Hermano, haz lo que mejor te plazca». Es de saber que el hermano Pedro lo veneraba y respetaba tanto, que no osaba contradecirle, aunque después muchas veces le pesara.

Entonces, el bienaventurado Francisco dijo: «Mi penitencia sea ésta: comer de una misma escudilla con el hermano cristiano». Sentado el bienaventurado Francisco a la mesa con el enfermo y otros hermanos, pusieron una escudilla entre el bienaventurado Francisco y el leproso. Éste, todo llagado, causaba horror; sobre todo, los dedos, con los que tomaba los bocados de la escudilla, los tenía contrahechos y sanguinolentos, de tal modo que, cuando con ellos tocaba el recipiente, destilaban en él sangre y pus. Viéndolo el hermano Pedro y los otros hermanos, se entristecieron muchísimo, pero ninguno se atrevió a decir nada, por el respeto y reverencia que tenían al santo Padre.

Quien lo vio, lo escribe y da testimonio.

**Cómo ahuyentó a los demonios con palabras humildes.**



**59. Cierta día fue el bienaventurado Francisco a la iglesia de San Pedro de Bovara, cerca del castro de Trevi, en el valle de Espoleto; le acompañaba el hermano Pacífico, que en el mundo era llamado «rey de los versos»; era noble y cortesano maestro de cantores.**

**La iglesia estaba abandonada. El bienaventurado Francisco dijo al hermano Pacífico: «Vuélvete al hospital de los leprosos porque esta noche quiero estar solo aquí. Mañana, muy de mañana, vente de nuevo».**

**Luego que se quedó solo y rezó la hora de completas y otras oraciones, se echó a descansar, pero no pudo dormir. Su espíritu empezó a sentirse sobrecogido de temor, y su cuerpo a temblar, y fue presa de sugerencias diabólicas. Al momento salió de la iglesia y, santiguándose, dijo: «De parte de Dios todopoderoso, os conjuro a vosotros, demonios, que ejerzáis sobre mi cuerpo cuanto el Señor Jesucristo os permita. Estoy dispuesto a soportarlo todo. Porque, como mi cuerpo es el mayor enemigo que tengo, tomaréis venganza de mi adversario y pésimo enemigo».**

**Con esto, las sugerencias cesaron como por encanto, y, vuelto al rincón donde estaba acostado, se durmió en paz.**

**Visión que tuvo el hermano Pacífico, en la que oyó que el trono de Lucifer estaba reservado al humilde Francisco.**

**60. Al amanecer volvió el hermano Pacífico. El bienaventurado Francisco estaba en oración ante el altar. El hermano Pacífico lo esperó fuera del coro, orando también ante el crucifijo. Comenzada su oración, fue elevado y arrebatado al cielo -si en el cuerpo o fuera del cuerpo sólo Dios lo sabe (1 Cor 12,2-3)-, y vio en el cielo muchos tronos, entre los que sobresalía uno más alto, más glorioso y más resplandeciente que los demás y recamado de toda clase de piedras preciosas. Cautivado por su singular belleza, empezó a pensar dentro de sí de quién sería aquel sitio. Y al momento oyó una voz que le decía: «Este sillón fue de Lucifer, y en su lugar se sentará en él el humilde Francisco».**

**En cuanto volvió del raptó, el bienaventurado Francisco salió fuera y se llegó a él. El hermano Pacífico, con los brazos cruzados en el pecho, se arrojó a los pies de Francisco. Y, considerándolo ya sentado en el sillón que había visto en el cielo, sollozaba: «Padre, ten piedad de mí y pide al Señor que se compadezca de mí y me perdone los pecados». El bienaventurado Francisco, dándole la mano, lo levantó, y conoció al instante que algo había visto en la oración. Aparecía todo transformado, y hablaba al bienaventurado Francisco no como a persona viviente, sino como a quien reina en el cielo.**

**Acto seguido, como no quería revelar la visión al bienaventurado Francisco, empezó a proferir palabras inquiriendo como de lejos, y, entre otras, le dijo: «¿Qué piensas de ti, hermano?» «Me parece -dijo el bienaventurado Francisco- que soy el mayor pecador de todo el mundo». Y, de pronto, el hermano Pacífico percibió en su alma esta voz: «Por aquí puedes comprender que es verdadera la visión que has tenido. Como Lucifer, por su soberbia, fue arrojado de aquel sitio, así Francisco, por su humildad, merecerá ser ensalzado y sentarse allí».**

**Cómo se hizo conducir desnudo ante el pueblo con una soga al cuello.**

**61. Al tiempo en que iba convaleciendo de una grave enfermedad, le pareció que se había regalado un tanto durante dicha enfermedad, aunque fue muy poco lo que había comido. Y, levantándose un día, sin que todavía le hubiera dejado la fiebre de quartanas, hizo que se reuniera en la plaza el pueblo de Asís para una predicación. Acabada ésta, les rogó que ninguno se marchara hasta que él viniera de nuevo.**

**Luego entró en la iglesia episcopal de San Rufino con muchos hermanos y con Pedro Cattani, que había sido canónigo en aquella iglesia y era el primer ministro general elegido por el bienaventurado Francisco; y, dirigiéndose al hermano Pedro, le mandó por obediencia que, sin contradecirle, hiciera lo que le iba a exponer. El hermano Pedro le respondió: «Hermano, ni puedo ni debo querer o hacer de mí ni de ti otra cosa que lo que mejor te parezca».**

**Entonces, el bienaventurado Francisco se desnudó de la túnica y le mandó que, atada una cuerda al cuello, lo arrastrara desnudo en presencia del pueblo hasta el lugar en que había predicado. A otro hermano le mandó que tomara un plato lleno de ceniza y subiera al mismo lugar donde había predicado y, cuando hubiera sido conducido hasta ese lugar, le arrojara la ceniza sobre su rostro. Este hermano se resistió a obedecer por la mucha compasión y pena que le daba. Pero el hermano Pedro, tomando la cuerda atada al cuello, tiraba de ella, como se lo había mandado. El hermano Pedro sollozaba profundamente, y los otros hermanos rompieron a llorar con él, transidos de compasión y de pena.**

**Conducido en esta guisa en presencia del pueblo hasta el lugar donde había predicado, habló así: «Vosotros y todos los que, siguiendo mi ejemplo, dejan el mundo y abrazan la religión y vida de los hermanos, pensáis que soy un santo; pero confieso ante Dios y ante vosotros que en esta enfermedad he comido carne y caldo condimentado con carne». Casi todos comenzaron a sollozar por la compasión y pena que les daba; sobre todo, porque era tiempo de invierno, y el frío era muy intenso y todavía no le había desaparecido la fiebre de las quartanas.**

**Y, golpeándose el pecho, se acusaban a sí mismos, diciendo: «Si este santo, cuya vida sabemos que es santa y a quien vemos vivo en una carne ya casi muerta por el exceso de abstinencias y por la austeridad que ha mantenido respecto del cuerpo desde el comienzo de su conversión a Cristo, se acusa con un gesto corporal de tanta humildad de un caso de clara y justa necesidad, ¿qué haremos nosotros, infelices, que durante toda nuestra vida hemos vivido y seguimos viviendo según las apetencias de la carne?»**

**Quería que todos conociesen cualquier satisfacción que daba a su cuerpo.**

**62. Asimismo, en otra ocasión, en un eremitorio (1) había tomado alimentos condimentados con tocino en la cuaresma de San Martín (2) a causa de sus enfermedades, para las cuales era nocivo el aceite. Acabada la cuaresma, al predicar a un numeroso concurso de fieles, sus primeras palabras fueron éstas: «Vosotros habéis venido a mí con gran devoción, pensando que soy un varón santo; pero tengo que confesar ante Dios y ante vosotros que en esta cuaresma he tomado alimento condimentado con tocino».**

**Y casi siempre que comía en casas de seglares o los hermanos le proporcionaban algún alivio corporal por sus enfermedades, luego lo manifestaba claramente en casa o fuera de ella delante de los hermanos y de los seglares que no lo sabían, diciendo: «Tales alimentos he tomado». No quería ocultar a los hombres lo que estaba de manifiesto ante el Señor. Asimismo, dondequiera y ante cualesquiera religiosos y seglares, si su espíritu se sentía tentado hacia la soberbia o vanagloria o a cualquiera**

otra pasión, al punto lo confesaba ante ellos claramente y sin tapujos. Una vez dijo a sus compañeros: «En los eremitorios y otros lugares donde more quiero vivir de tal manera como si todos los hombres me mirasen. Pues, si me juzgan por hombre santo y no llevo vida de tal, sería un hipócrita».

Debido a su enfermedad del bazo y a enfriamientos del estómago, uno de los compañeros que era guardián quiso coserle, por la parte interior de la túnica, un pedazo de piel de raposa para abrigo del bazo y del estómago, porque entonces hacía mucho frío. Pero el bienaventurado Francisco respondió: «Si quieres que lleve cosida bajo el hábito la piel de raposa, has de coserme por la parte de fuera otro pedazo de la misma piel, para que sepan todos lo que llevo por dentro».

Así lo hicieron, pero muy poco tiempo llevó cosida la piel, a pesar de que le era necesaria.

**Cómo se acusó de la vanagloria que le vino al dar una limosna .**

63. Yendo por la ciudad de Asís, se le acercó una pobre viejecita y le pidió limosna por amor de Dios. Al instante le dio el manto que llevaba a la espalda. E inmediatamente, sin tardanza, confesó también ante los que le seguían que había tenido vanagloria en ello.

Nosotros que hemos convivido con él hemos visto y oído otros muchos ejemplos parecidos de su profunda humildad, que no podemos explicar ni de palabra ni por escrito.

El bienaventurado Francisco puso su principal y mayor empeño en no ser hipócrita ante Dios. Aunque por sus enfermedades necesitaba muchas veces mejor alimentación, como se consideraba obligado a dar siempre buen ejemplo a sus hermanos y a los demás, sufría pacientemente toda indignancia por quitar a todos toda ocasión de murmuración.

**Cómo describió el estado de la perfecta humildad en sí mismo.**

64. Al acercarse la celebración de un capítulo (cf. LP 109), el bienaventurado Francisco dijo a su compañero: «No me parece que soy hermano menor si no tengo las disposiciones que te diré: suponte que los hermanos me invitan al capítulo con gran reverencia y devoción; llevado de este afecto, me reúno en el capítulo con ellos. Y, una vez reunidos, me instan a que les anuncie la palabra de Dios y les predique. Yo, poniéndome en pie, les dirijo la palabra según me inspire el Espíritu Santo. Luego, acabada la predicación, supongamos que todos gritan contra mí: "No queremos que tengas mando sobre nosotros, pues no tienes la elocuencia conveniente; eres, en cambio, demasiado simple e ignorante, y nos avergonzamos de tener por prelado a un hombre tan simple y despreciable. Así que no te llames en adelante prelado nuestro". Y, con esto, me echan entre vituperios y denuestos. Pues mira, yo te digo que no me parecería ser hermano menor si no me gozo en igual forma cuando me desprecian y rechazan afrentosamente diciendo que no quieren tenerme por prelado, como cuando me enaltecen y honran, siempre supuesto que en un caso y en otro quedan igualmente a salvo el provecho y utilidad de los hermanos. Pues si, cuando me enaltecen y honran, me alegro por su bien y devoción, aunque pueda haber peligro para mi alma, mucho más debo alegrarme por el bien y la

salvación de mi alma cuando me vituperan, puesto que en esto hay ganancia cierta del alma».

Cómo quiso, por humildad, ir a regiones lejanas, igual que había enviado a otros hermanos, y cómo enseñó a los hermanos a andar por el mundo humilde y devotamente.

65. Acabada la celebración del capítulo, en el que muchos hermanos fueron enviados a regiones ultramarinas (3), el bienaventurado Francisco se quedó con algunos hermanos y les dijo: «Queridos hermanos, yo debo ser forma y ejemplo para todos los hermanos. Si yo los he enviado a tierras lejanas, donde tendrán que pasar por trabajos y afrentas, por hambre y sed y otras muchas calamidades, es muy justo, y lo reclama la santa humildad, que yo vaya también a alguna provincia lejana. Así, los hermanos, oyendo que yo soporto las mismas contrariedades que ellos, las sobrellevarán con más paciencia.

»Id, pues, y rogad al Señor que me dé a conocer la provincia que sea para su mayor gloria, bien de las almas y buen ejemplo de nuestra Religión».

Cuando el santísimo Padre quería ir a alguna provincia, tenía por costumbre orar antes al Señor, y pedir a sus hermanos que rogaran también, para que dirigiera su corazón hacia el lugar de su mayor agrado. Los hermanos se fueron a orar, y, acabada la oración, se volvieron a él. Al verlos, les dijo radiante de alegría: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo, y de su gloriosa madre la Virgen María, y de todos los santos, elijo la provincia de Francia, porque la gente es allí católica y, sobre todo, porque tiene una gran reverencia al santísimo cuerpo de Cristo (cf 2 Cel 201 n. 8); esto me es sumamente grato, y por eso viviré con ellos de muy buen grado».

Tenía el bienaventurado Francisco tanta devoción y veneración al santísimo cuerpo de Cristo, que quiso que en la Regla se dijese que los hermanos, en cualquier provincia en que vivieran, tuvieran para el misterio sumo cuidado y solicitud y que exhortaran a clérigos y sacerdotes a que guardaran el cuerpo de Cristo en lugares buenos y decentes; y que, si éstos lo descuidaban, lo hicieran los hermanos.

Quiso también que se escribiera en la Regla que, dondequiera que los hermanos encontraran los nombres del Señor y las palabras por las que se confecciona el cuerpo de Cristo en lugares indecorosos o menos decentes, los recogieran y los guardaran reverentemente, honrando así al Señor en sus palabras. Y, aunque no llegó a escribir esto en la Regla, porque a los ministros no les parecía bien que los hermanos lo tuvieran como precepto, sin embargo, en su Testamento (vv. 11-13) y en otros escritos dejó claramente consignada su voluntad acerca de este punto.

Es más: en cierta ocasión quiso enviar a algunos hermanos por todas las provincias con abundantes copones, hermosos y limpios, para que, si en algunos lugares encontraran el santísimo cuerpo de Cristo reservado con indecencia, lo depositaran con todo el honor en los nuevos copones. Asimismo, quiso enviar también a otros hermanos por todas las provincias con buenos y hermosos moldes de hierro para hacer hostias limpias y perfectas.

Cuando el bienaventurado Francisco eligió a los hermanos que quería enviar, les dijo: «En el nombre del Señor, id de dos en dos por el camino con humildad y dignidad, y, sobre todo, en riguroso silencio desde la mañana hasta pasada la hora de tercia, orando al Señor en vuestros corazones y sin que salgan de vuestra boca palabras ociosas e inútiles. Aunque vayáis de viaje, sea vuestro hablar tan humilde y mirado como si estuviésteis en el eremitorio o en la celda. Porque, dondequiera que estemos o caminemos, tenemos la celda con nosotros, ya que el hermano cuerpo es

nuestra celda y el alma es el ermitaño que vive dentro de ella para orar al Señor y meditar en Él. Por eso, si el alma no tiene reposo en su celda corporal, de nada le servirá al religioso la celda fabricada por mano de hombre».

En un viaje a Florencia encontró allí al señor Hugolino (cf. LP 108 n. 3), obispo de Ostia, que fue después el papa Gregorio IX. Como le manifestara el bienaventurado Francisco que pensaba ir a Francia, se opuso, diciéndole: «Hermano, no quiero que vayas a provincias ultramontanas, porque hay prelados que impedirán el bien de tu Religión en la curia romana. Yo y otros cardenales conmigo, que la amamos, de buen grado la protegeremos y le prestaremos nuestra ayuda si os quedáis en los contornos de esta provincia».

El bienaventurado Francisco le hizo esta observación: «Señor, es para mí de mucha vergüenza que, habiendo enviado a otros hermanos a provincias lejanas, yo me quede en estas provincias y no pueda participar de las contrariedades que ellos han de soportar por el Señor». El señor obispo le contestó como reconviniéndole: «¿Y por qué has enviado tan lejos a tus hermanos a morir de hambre y a tener que soportar otras tribulaciones?» El bienaventurado Francisco, con gran fervor y con espíritu profético, respondió: «Señor, ¿creéis que el Señor ha suscitado esta familia para que envíe hermanos solamente a estas provincias? Os digo en verdad que el Señor ha elegido y enviado a los hermanos por el bien y salvación de las almas de todos los hombres del mundo; y no solamente serán recibidos en tierras de cristianos, sino también de paganos; y ganarán muchas almas».

El señor obispo de Ostia quedó admirado de tales palabras y convencido de que decía verdad. Al no permitirle salir para Francia, el bienaventurado Francisco envió para allí al hermano Pacífico con otros muchos hermanos. Él volvió al valle de Espoletto.

**Cómo enseñó a algunos hermanos a conquistar las almas de unos ladrones mediante la humildad y la caridad.**

66. Había un eremitorio de los hermanos parte arriba de Borgo San Sepolcro (cf. LP 115), y unos bandoleros que se ocultaban en los bosques y se dedicaban a robar a los transeúntes venían a veces a él en busca de pan. Algunos hermanos decían que no estaba bien darles limosna, y otros se la daban por compasión, exhortándolos a la penitencia.

Entre tanto, el bienaventurado Francisco vino allí, y le preguntaron los hermanos si estaba bien darles limosna. El bienaventurado Francisco les dio la lección: «Si hicieréis lo que os dijere, tengo confianza en el Señor de que ganaríais sus almas. Mirad: haceos con buen pan y buen vino y llevádselo al bosque donde viven; y gritad, diciendo: "Hermanos ladrones, venid hasta nosotros, pues somos hermanos y os traemos buen pan y mejor vino". Ellos vendrán al instante. Vosotros entonces extended un mantel en el suelo y colocad sobre él el pan y el vino, y servidles con humildad y alegría mientras comen. Después de la comida les comunicaréis algo de la palabra del Señor y, finalmente, les haréis, por el amor de Dios, una primera petición: que os prometan que no maltratarán ni harán mal a ninguna persona. Porque, si les pidieseis todo de una vez, no os harían caso; pero ellos, en atención a vuestra humildad y caridad, os lo prometerán. Otro día, como recompensa a su promesa, les llevaréis, con el pan y el vino, huevos y queso, y les serviréis mientras comen. Después de la comida les diréis: "¿Por qué estáis por aquí todo el día muriéndoos de hambre y soportando tantas adversidades? Además, cometéis tantos males de deseo y de obra, que vais a perder vuestras almas si no os convertís al

Señor. Mejor es que empleéis vuestras fuerzas en el servicio del Señor, y Él os dará en este mundo lo necesario para el cuerpo y, finalmente, salvará vuestras almas". Entonces, el Señor les inspirará que se conviertan en virtud de la humildad y caridad que les habéis demostrado».

Los hermanos lo hicieron tal como les había ordenado el bienaventurado Francisco, y los ladrones, por la gracia y Misericordia de Dios, escucharon y cumplieron literal y puntualmente cuanto los hermanos les pidieron con tanta humildad. Es más: por la humildad y afabilidad con que los hermanos los habían tratado, comenzaron ellos también a servir humildemente a los hermanos, llevando sobre sus hombros haces de leña al eremitorio; y algunos, por fin, entraron en la Religión. Otros, habiendo confesado sus pecados, hicieron penitencia de su mala vida y prometieron en manos de los hermanos que en adelante querían vivir del trabajo de sus manos y que no volverían a las andadas.

Cómo, a causa de los azotes propinados por los demonios, comprendió que era más grato a Dios que estuviera en lugares pobrecitos y humildes que con los cardenales.

67. El bienaventurado Francisco fue en una ocasión a Roma a visitar al señor cardenal de Ostia (4). Y, habiendo permanecido algunos días con él, visitó también al señor cardenal León, que le era muy devoto (cf. 2 Cel 119 n. 1). Como era entonces invierno y el tiempo era molestísimo para caminar por el frío, viento y lluvias, le rogó que se quedara en su casa unos días y comiera en lugar de un pobre de los que todos los días comían en ella. Le habló así porque el bienaventurado Francisco quería siempre ser recibido como un pobrecillo dondequiera que fuera hospedado, aunque el señor papa y los cardenales lo recibían con la mayor devoción y reverencia y lo veneraban como santo. Y añadió: «Pondré a tu disposición una buena casa apartada, donde podrás dedicarte a la oración y hacer tus comidas, si quieres».

Entonces, el hermano Ángel Tancredi (cf. LP 7 n. 5), uno de los doce primeros compañeros, que moraba con el mencionado cardenal, dijo al bienaventurado Francisco: «Hermano, hay aquí una torre muy espaciosa y apartada, donde podrás estar como en un eremitorio» (5). El bienaventurado Francisco salió a verla y le agradó. De vuelta a la casa del señor cardenal, le dijo: «Señor, tal vez me quede en vuestra casa algunos días».

El señor cardenal se alegró mucho. El hermano Ángel salió para la torre y preparó en ella un lugar para el bienaventurado Francisco y su compañero. Y porque Francisco no quería bajar de aquel lugar mientras fuera huésped del señor cardenal, ni quería tampoco que nadie lo visitara, mandó al hermano Ángel que todos los días trajera la comida para él y su compañero.

Cuando llegó allí el bienaventurado Francisco con su compañero y se retiró la primera noche a descansar, sucedió que vino un escuadrón de demonios y lo azotaron cruelmente. Llamando a su compañero, le dijo: «Hermano, me han azotado cruelmente los demonios. Quiero que te quedes cerca de mí, porque tengo miedo de estar solo». El compañero se quedó haciendo compañía al Santo toda aquella noche, porque el bienaventurado Francisco temblaba todo él, como un hombre acometido de la fiebre; los dos estuvieron en vela toda la noche.

Entre tanto, confiaba el bienaventurado Francisco a su compañero: «¿Por qué me habrán azotado así los demonios y con qué designios les habrá dado poder el Señor para hacerme daño?» Y continuó: «Los demonios son los verdugos mandados por nuestro Señor: como la autoridad envía su verdugo para castigar al que peca, así el Señor, por medio de sus verdugos -esto es, por los demonios, que en esto son sus

ministros-, corrige y castiga a quienes ama. Porque muchas veces aun el buen religioso peca por ignorancia, y, cuando no conoce su falta, es castigado por el diablo, para que interior y exteriormente se examine en qué ha faltado. Dios no deja nada impune en esta vida a quienes ama con un amor tierno. Yo, por la misericordia y gracia de Dios, no conozco que en algo le haya ofendido y no me haya enmendado por la confesión y la satisfacción. Es más: por su gran misericordia, me ha concedido Dios la gracia de conocer en la oración todo lo que le agrada o desagrade en mí. Pero puede suceder que el Señor me haya castigado ahora por sus verdugos porque, si bien el señor cardenal me trata con bondad y de buen grado y mi cuerpo tiene necesidad de este descanso, sin embargo, cuando mis hermanos que van por el mundo soportando hambre y otras penurias o viven en eremitorios y casas pobrecitas, se enteren de que yo me hospedo en la casa del señor cardenal, pueden tomar de ello ocasión para murmurar de mí, diciendo: 'Mira: nosotros toleramos tantas calamidades y él se permite sus desahogos'. Yo estoy obligado a darles siempre buen ejemplo, y para esto les he sido dado. Siempre será de mayor edificación para los hermanos que viva con ellos en lugares muy pobres, que no en otros; y con mayor paciencia sobrellevarán sus tribulaciones si saben que yo paso por las mismas».

El sumo y continuo afán de nuestro Padre fue el dar buen ejemplo siempre a todos y quitar a los demás hermanos todo pretexto de murmuración. Y así, fueron tantas y tan grandes las privaciones que, sano o enfermo, padeció, que cuantos tuvieren noticia de ellas -como la tenemos nosotros que vivimos con él hasta el día de la muerte-, cuantas veces las leyeren o recordaren, no podrán contener las lágrimas y soportarán con más paciencia y alegría todas las tribulaciones y necesidades.

El bienaventurado Francisco bajó muy de mañana de la torre y fue a ver al señor cardenal y le contó cuanto le había sucedido y lo que había comentado con su compañero. Y añadió: «Creen los hombres que soy hombre santo, pero los demonios me han echado de mi retiro». El señor cardenal disfrutó mucho con él. Mas, por lo mismo que lo tenía por santo y lo veneraba como tal, no osó contradecirle cuando le dijo que no quería quedarse allí.

El bienaventurado Francisco se despidió y se volvió al eremitorio de Fonte Colombo, cerca de Rieti.

Cómo reprendió a los hermanos que querían seguir el camino de su saber y ciencia y no el de la humildad y cómo les predijo la reforma y retorno de la Orden al estado primitivo.

68. Estaba el bienaventurado Francisco en el capítulo general en Santa María de la Porciúncula llamado de las esteras (cf. Flor 18), porque los hermanos se guarecían en tiendas protegidas de esteras; en él se reunieron cinco mil hermanos. Muchos de los sabios y letrados fueron a hablar con el señor ostiense, que se encontraba allí, y le dijeron: «Señor, querríamos que persuadierais al hermano Francisco a que siguiera el parecer de los hermanos sabios y se dejara guiar de su consejo». Y aludían a la regla de San Benito, de San Agustín y de San Bernardo, que enseñan a vivir ordenadamente de esta y de aquella forma.

Cuando el cardenal refirió al bienaventurado Francisco todo esto en forma de advertencia, el Santo no respondió nada; y, tomando de la mano al señor cardenal, lo llevó a donde estaban los hermanos reunidos en capítulo, y, con gran fervor y movido por la virtud del Espíritu Santo, les habló así: «Hermanos míos, hermanos

míos: Dios me ha llamado por el camino de sencillez y de humildad y me ha manifestado que éste es el verdadero camino para mí y para cuantos quieren creer en mi palabra e imitarme. Por eso, no quiero que me mentéis regla alguna, ni de San Benito, ni de San Agustín, ni de San Bernardo, ni otro camino o forma de vida fuera de aquella que el Señor misericordiosamente me mostró y me dio. Y me dijo el Señor que quería que fuera yo un nuevo loco en este mundo; y no quiso conducirnos por otro camino que el de esta ciencia. Mas, por vuestra ciencia y sabiduría, Dios os confundirá. Y yo espero que el Señor, por medio de sus verdugos (EP 67), os dará su castigo, y entonces, queráis o no, retornaréis con afrenta a vuestro estado».

El cardenal quedó estupefacto y no respondió nada. Todos los hermanos quedaron sobrecogidos de temor.

Cómo supo y predijo que la ciencia sería ocasión de ruina para la Orden, y cómo prohibió a uno de los compañeros el afán de predicar.

69. Le dolía mucho al bienaventurado Francisco que, pospuesta la virtud, se buscara la ciencia que hincha, máxime si cada cual no permanecía en la vocación en que había sido llamado desde el principio. Y decía: «Los hermanos que se dejan arrastrar por la curiosidad del saber, se encontrarán con las manos vacías en tiempo de tribulaciones. Por eso, los quiero muy fuertes en la virtud, para que, cuando venga el día de la tribulación, tengan al Señor durante la prueba. Porque la tribulación ha de venir, y entonces los libros para nada servirán, y los tirarán a las ventanas y a rincones ocultos».

No hablaba así porque le desagradara el estudio de la Sagrada Escritura, sino por apartar a todos del superfluo afán de saber. Quería que fueran virtuosos por la caridad, más bien que sabios por la curiosidad de la ciencia.

Presentía con buen olfato que vendrían tiempos, y no muy lejanos, en los que la ciencia que hincha sería ocasión de ruina. Por eso, después de su muerte, se apareció a uno de sus compañeros dedicado con demasía a veces al ejercicio de la predicación y le reprendió y se lo prohibió. En cambio, le mandó que se esforzara en avanzar por el camino de la humildad y simplicidad.

En el tiempo de la futura tribulación, aquellos que ingresaren en la Orden serán benditos, y, después de probados, serán mejores que sus antecesores.

70. Decía el bienaventurado Francisco: «Vendrán tiempos en que esta Religión amada de Dios, por los malos ejemplos de los hermanos, perderá su fama, de suerte que sus miembros tengan vergüenza de salir en público. Mas los que en este tiempo vinieren a tomar el hábito de la Orden, lo harán movidos tan sólo por el Espíritu Santo; la carne y la sangre no dejarán en ellos mancha ninguna, y serán en verdad benditos del Señor. Y como en éstos no habrá aún obras meritorias, al languidecer el ambiente de caridad, que es la que mueve a los santos a obrar con fervor, les sobrevendrán tentaciones enormes. Y los que en ese tiempo hubieren salido victoriosos de la prueba, serán mejores que sus antecesores.

»Pero ¡ay de aquellos que, halagados de su vana y aparente vida religiosa y confiando en su sabiduría y ciencia, fueren encontrados ociosos, es decir, sin ejercitarse en obras virtuosas en el camino de la cruz y de la penitencia y en la pura



observancia del Evangelio, que están obligados a guardar con pureza y sencillez en fuerza de su profesión! A los tales les faltará la constancia para resistir a las tentaciones que el Señor permite para prueba de los elegidos. Mas todos los que, probados, salieren victoriosos de la prueba, recibirán la corona de la vida, para cuya consecución les ejercita entre tanto la malicia de los réprobos».

Cómo respondió a un compañero que le preguntó por qué no corregía los excesos que corrían en la Orden en su tiempo .

71. Un compañero dijo una vez al bienaventurado Francisco: «Padre, perdóname que me atreva a decirte lo que muchos vienen observando. Sabes bien que antes, por la gracia de Dios, toda la Religión florecía vigorosa en perfección; cómo todos los hermanos guardaban en todo la santa pobreza con gran fervor y empeño: en cuanto a los edificios, pequeños y muy pobres; en cuanto a los utensilios; en cuanto a los libros, de poca importancia y pobres; en cuanto al vestido; y en esto como en todas las demás cosas exteriores tenían un mismo deseo y fervor en su voluntad de guardar todo lo concerniente a nuestra vocación y profesión y al buen ejemplo de todos; y, cual varones en verdad apostólicos y evangélicos, eran también unánimes en el amor de Dios y del prójimo.

»De un tiempo a esta parte, esta pureza y perfección han comenzado a deteriorarse de formas distintas, a pesar de que haya muchos que excusen a los hermanos alegando su crecido número, y digan que por esto no se pueden guardar todas estas cosas; han llegado incluso a tanta ceguera, que piensan que el pueblo queda más edificado y convertido a mayor devoción con los usos actuales que con los primitivos. Y les parece que de esta forma viven más ajustadamente a la vocación, y desprecian, negándole todo valor, el camino de la santa sencillez y pobreza, que fue el comienzo y fundamento de nuestra Religión. Pensando todo esto, creemos firmemente que también te desagrada a ti, y estamos muy admirados de cómo lo toleras y no lo corriges si en verdad te disgusta».

El bienaventurado Francisco respondió y dijo: «El Señor te perdone, hermano, por querer ser mi adversario y enemigo y enredarme en cosas que no pertenecen a mi cargo. Mientras tuve el oficio de prelado de los hermanos y ellos perseveraron en su vocación y profesión -aunque desde los días de mi conversión fui siempre enfermizo-, a poco que me preocupaba, les satisfacía con mi ejemplo y mis exhortaciones. Después he visto que, multiplicando el Señor el número de hermanos, éstos, por su tibieza y falta de espíritu, empezaron a apartarse del camino recto y seguro por el que acostumbraban andar, y, sin prestar atención a su vocación y profesión ni al buen ejemplo, tiraron por el camino ancho que conduce a la muerte; no quisieron cortar ese camino peligroso que aboca a la muerte, a pesar de mi predicación, mis exhortaciones y el buen ejemplo que continuamente les daba. Por eso, dejé en manos del Señor y de los ministros la prelación y el gobierno de la Religión. Y aunque, al renunciar al oficio de prelado, me excusé ante los hermanos en capítulo general diciendo que por mis enfermedades no podía cuidarme de ellos, sin embargo, si hubiesen querido conducirse como yo deseaba, para su consuelo y utilidad hoy no querría que hasta mi muerte hubieran tenido otro ministro que yo. Pues desde el momento en que el súbdito bueno y fiel conoce y cumple la voluntad de su prelado, poca atención y cuidado se requiere en el prelado. Es más: yo me gozaría tanto en la virtud de los hermanos mirando a su bien y al mío, que, aunque yaciere enfermo en cama, no me gravaría el atenderles, porque mi oficio, esto es, la prelación, es sólo espiritual, dirigido a domar los vicios, corregirlos espiritualmente y enmendarlos. Pero después que no puedo corregirlos ni enmendarlos con la

predicación, amonestación y buen ejemplo, no quiero constituirme en verdugo que castigue y flagele, como las autoridades de este mundo.

»Yo espero del Señor que los enemigos invisibles, que son los ministros de que se vale para infligir castigos en este mundo y en el otro, aún tomarán venganza de los que quebrantan los mandamientos de Dios y el voto de su profesión, y harán que sean corregidos por los hombres de este mundo para deshonor y vergüenza de ellos, y que, así confundidos, retornen a su vocación y profesión.

»Mas, a pesar de todo, yo no cesaré, hasta el día de mi muerte, de enseñar a los hermanos, por lo menos con el ejemplo y buena conducta, a que anden por el camino que Dios me ha mostrado y yo les he enseñado de palabra y con el ejemplo, para que no tengan excusa delante del Señor y yo no esté en adelante obligado a darle a Dios cuenta de sus almas».

#### Interpolación (6).

El hermano León, compañero y confesor del bienaventurado Francisco, escribió las siguientes palabras al hermano Conrado de Offida (7), diciéndole que las había escuchado de boca del bienaventurado Francisco. El hermano Conrado las refirió en San Damián, junto a Asís.

San Francisco estaba en oración tras la tribuna de la iglesia de Santa María de los Ángeles con las manos levantadas en alto y suplicaba a Cristo que tuviera misericordia del pueblo por las muchas tribulaciones que iban a sobrevenirle. Y le anunció el Señor: «Francisco, si quieres que tenga compasión del pueblo cristiano, haz que tu Orden permanezca en el estado en que ha sido constituida, porque no me queda otra cosa en el mundo. Y yo te prometo que, por amor a ti y a tu Orden, no permitiré que descargue sobre el mundo ninguna tormenta de tribulaciones. Pero te digo que los hermanos se apartarán del camino en que los puse y suscitarán de tal suerte mi ira, que me levantaré contra ellos y llamaré a los demonios y les daré todo el poder que quieran; y armarán tal escándalo entre ellos y el mundo, que no habrá ninguno que pueda llevar tu hábito, si no es en la espesura de los bosques. Y, cuando el mundo pierda la fe de tu Orden, no quedará otro foco de luz, porque yo los he puesto por luz del mundo».

Y San Francisco respondió: «¿Y de qué vivirán mis hermanos que morarán en los bosques?» Y Cristo le dijo: «Yo los alimentaré, como alimenté a los hijos de Israel con el maná en el desierto, porque ellos serán buenos, y entonces volverán al primitivo estado en que la Orden fue fundada y tuvo su origen».

Cómo, por las oraciones y lágrimas de hermanos humildes y sencillos, se convierten muchas almas que parecen convertidas por la ciencia y predicación de otros.

72. No quería el santísimo Padre que sus hermanos fueran ávidos de ciencia y de libros, sino que quería y les exhortaba a que pusieran todo su afán en cimentarse sobre la santa humildad y en imitar la pura sencillez, la santa oración y la dama Pobreza; sobre ellas edificaron los primeros y santos hermanos. Decía que es éste el único camino seguro para la propia salvación y para la edificación espiritual del prójimo, porque Cristo, a cuya imitación hemos sido llamados, este solo camino nos ha mostrado y enseñado de palabra a la par que con su ejemplo.

El mismo bienaventurado Padre, mirando al porvenir, conoció por virtud del Espíritu Santo, y se lo decía muchas veces a los hermanos, que muchos de ellos, con pretexto de edificación de otros, abandonarían su vocación, es decir, la santa humildad, la pura sencillez, la oración y devoción y nuestra dama la Pobreza. Y les sucederá que, cuando se creían estar más llenos de devoción, más encendidos en el amor de Dios y más iluminados en su conocimiento por la inteligencia de la Sagrada Escritura, entonces precisamente se verán invadidos de la tibieza y vacíos de espíritu, y se sentirán sin fuerzas para retornar a su primitiva vocación, pues perdieron, en afanes vanos y falsos, el tiempo de vivir conforme a su vocación. Por eso, temo que se les quite aquello que les parecía tener, porque menospreciaron en absoluto lo que de hecho se les había dado, esto es, conservar su vocación y vivirla. Y añadía: «Hay muchos hermanos que ponen todo su afán y todo su cuidado en adquirir ciencia al margen de su santa vocación, y andan errantes con el alma y con el cuerpo fuera del camino de la humildad y de la santa oración. Y cuando predicán al pueblo y ven que se ha producido alguna edificación y que algunos se han convertido a la penitencia, se envanecen y enorgullecen de la obra y ganancia ajena, como si fuera suya, siendo así que predicaron para su propio perjuicio y condenación, y nada en verdad han obrado por sí mismos, sino como meros instrumentos de aquellos a través de los cuales el Señor ha producido tales frutos. Pues los que se piensa que son edificados y convertidos a la penitencia por obra de su ciencia y predicación, los edifica y convierte el Señor por las oraciones y gemidos de los santos, pobres, humildes y sencillos hermanos, a pesar de que estos santos hermanos, como ocurre muchísimas veces, lo desconozcan. Y Dios quiere que lo ignoren para que no les muerda la pasión de la soberbia.

»Estos son mis hermanos, caballeros de la Tabla Redonda, que viven ocultos en los desiertos y en lugares apartados con el fin de dedicarse con más ahínco a la oración y meditación, que lloran los pecados propios y ajenos, que viven con humildad y sencillez; cuya santidad Dios conoce, pero es a veces ignorada por los hermanos y por los hombres. Cuando sus almas sean presentadas por los ángeles ante el Señor, entonces les mostrará el Señor el fruto y recompensa de sus trabajos, es decir, multitud de almas que se han salvado por sus ejemplos, oraciones y lágrimas, y merecerán escuchar: 'Mirad, amados hijos míos, que tantas y tales almas se han salvado por vuestras oraciones, lágrimas y ejemplos; y: Porque habéis sido fieles en lo poco, os constituiré sobre lo mucho (Mt 25,21). Otros han trabajado y predicado con discursos de su propia sabiduría y ciencia, y yo, por vuestros merecimientos, he producido el fruto de la salvación. Recibid, pues, la recompensa del trabajo de ellos y el fruto de vuestros méritos, el reino de los cielos que habéis conquistado con la violencia de vuestra humildad y sencillez, de vuestras oraciones y lágrimas''.

»Así, éstos, llevando sus gavillas (Sal 125,6), esto es, el fruto y los méritos de su santa humildad y sencillez, entrarán en el gozo del Señor con alegría y regocijo.

»Pero los otros que no se han afanado sino por adquirir conocimientos y mostrar a los demás el camino de la salvación, sin obrar nada para sí, se presentarán ante el tribunal de Cristo desnudos y con las manos vacías, sin llevar otras gavillas que las de su propia confusión, vergüenza y amargura.

»Entonces, la verdad de la santa humildad y sencillez, de la santa oración y pobreza, que es nuestra vocación, será ensalzada, y glorificada, y engrandecida; verdad que ellos, hinchados por el viento de su ciencia, vilipendiaron con su vida y con vanos discursos de su sabiduría, afirmando que la verdad era falsedad y persiguiendo, como ciegos, con implacable dureza a los que caminaban en la verdad. Entonces, el error y la falsedad de sus opiniones, que les sirvieron de camino y proclamaron como verdad y que fueron motivo de que muchos cayeran en la hoya de la ceguera, terminarán en dolor, confusión y vergüenza, y ellos, con sus opiniones tenebrosas,

serán lanzados a las tinieblas exteriores a hacer compañía a los espíritus de las tinieblas».

Por eso, el bienaventurado Francisco repetía este texto de la Sagrada Escritura: **Parió la estéril siete hijos y se marchitó la que muchos tenía (1 Sam 2,5); y lo comentaba así: «La estéril es el buen religioso, sencillo y humilde, pobre y despreciado, vil y humillado, que por sus santas oraciones y virtudes sirve constantemente de edificación a los demás y los da a luz con gemidos dolorosos».**

Estas palabras las repetía con frecuencia delante de los ministros y de otros hermanos; sobre todo, en capítulo general.

**Quería y enseñaba que los prelados y predicadores debían ejercitarse en la oración y en obras de humildad.**

**73. El fiel siervo y perfecto imitador de Cristo, Francisco, sintiéndose transformado en Cristo principalmente por la virtud de la santa humildad, la deseaba, entre todas las virtudes, en sus hermanos, y les exhortaba incesantemente, de palabra y con el ejemplo y con paternal amor, a que la amaran, desearan, adquirieran y conservaran; y particularmente amonestaba e impulsaba a los ministros y predicadores a que practicasen obras de humildad.**

**Decía que por el oficio de la prelación y el cargo de predicar no debían abandonar la santa y devota oración, ni el ir a pedir limosna, ni el ocuparse a veces en trabajos manuales, ni el hacer otras obras de humildad como los demás hermanos, por el buen ejemplo y por el bien de sus almas y del prójimo. Y añadía: «Los hermanos súbditos quedan altamente edificados cuando ven que los ministros y los predicadores se dedican de buen grado a la oración y se abajan a realizar obras de humildad y servicios oscuros. De otra manera, no pueden, sin propia confusión y sin peligro de condenarse, amonestar en esto a los demás hermanos. Es necesario, a imitación de Cristo, obrar antes que enseñar, y obrar a la par que enseñar».**

**Cómo, para humillación suya, enseñó a los hermanos a conocer cuándo era siervo de Dios y cuándo no**

**74. Una vez (cf. 2 Cel 159) reunió el bienaventurado Francisco a muchos hermanos y les dijo: «He suplicado al Señor que se digne manifestarme cuándo soy su siervo y cuándo no. Pues no querría otra cosa que ser su siervo. Y el Señor, benignísimo, se ha dignado responderme: "Conocerás que eres en verdad mi siervo si piensas, hablas y obras santamente". Os he reunido, hermanos, y os he confesado esto para que, cuando veáis que falto en todo o en algo de lo que he dicho, pueda avergonzarme ante vosotros».**

**Quiso decididamente que todos los hermanos se dedicaran, a tiempos, a trabajos manuales.**

**75. Decía que los indolentes, que no se dedican con humildad y familiarmente a alguna ocupación, pronto serán vomitados de la boca de Dios (Ap 3,16). No podía comparecer ante él ningún ocioso sin que lo zahiriera al momento mordazmente. Y él, modelo de toda perfección, trabajaba humildemente con sus manos, no permitiéndose desperdiciar nada del precioso don del tiempo.**

**Y decía: «Quiero que todos los hermanos trabajen y se ejerciten humildemente en obras buenas, para que seamos menos gravosos a los hombres y para que ni la**

**lengua ni el corazón anden vagabundos en alas de la ociosidad; y los que no saben trabajar, que aprendan» (8).**

**Y afirmaba que la ganancia o la recompensa por el trabajo no pertenecen al que ha trabajado, sino que han de dejarse al arbitrio del guardián o de la familia.**

**\* \* \* \* \***

**Notas:**

**1) Tomás de Celano precisa el eremitorio de Poggio Bustone, al norte de Rieti (2 Cel 131). Algunos señalan la fecha del invierno de 1220-21.**

**2) Cf. 1 R 3,11; 2 R 3,5.**

**3) El capítulo de 1217, celebrado en Pentecostés, 14 de mayo.**

**4) Se trata del cardenal Hugolino. Sabatier opina que se puede situar la fecha en el invierno de 1223-24.**

**5) En la Roma medieval había numerosas torres donde podían refugiarse los de una parte u otra en tiempos de revueltas, que eran frecuentes.**

**6) Pasaje introducido posteriormente sin epígrafe.**

**7) El Beato Conrado de Offida ingresó en la Orden, a la edad de catorce años, en 1255; renunció voluntariamente a los estudios para dedicarse a los menesteres más humildes. Conoció a algunos compañeros de San Francisco, señaladamente al hermano León, y recogió de él muchos episodios y narraciones, que transmitió con más o menos exactitud.**

**8) Cf. Test 20-21; 1 R 7; 2 R 5.**

## **Capítulo V.**

### **Su celo por la profesión de la Regla y por toda la Religión.**

**Cómo alababa la profesión de la Regla y quería que los hermanos la supieran, hablaran de ella y murieran con ella.**

**76. El bienaventurado Francisco, perfecto celador de la observancia del santo Evangelio, vigilaba ardentísimamente por la común profesión de nuestra Regla, que no es sino la observancia perfecta del Evangelio. A los que son y serán verdaderos celantes de la misma, los bendijo con bendición especial (1).**

**Decía a sus imitadores que esta profesión nuestra [la Regla] es libro de la vida, esperanza de salvación, arra de la gloria, medula del Evangelio, camino de la cruz, estado de perfección, llave del paraíso y pacto de eterna alianza. Quería que todos los hermanos la tuvieran y que todos la supieran (1 R 24,4); quería también que los hermanos en los coloquios, para quitar el tedio, hablaran de ella con frecuencia y que, para recordar el juramento emitido, reflexionaran acerca de ella muchas veces en su interior.**

**Enseñó también que debían llevarla siempre ante los ojos, como aviso y despertador de la vida que tenían que llevar y de la observancia regular a que estaban obligados; y lo que es más todavía, quiso y enseñó que los hermanos debían morir con ella.**

**Un santo laico que fue martirizado con la Regla en las manos.**

**77. Hubo un hermano laico que nunca olvidó estas santas enseñanzas del beatísimo Padre. Creemos firmemente que forma parte del coro de los mártires, pues, estando entre los infieles en ansias de martirio y siendo conducido a él por los sarracenos, estrechaba con gran fervor la Regla entre sus manos; y, puesto de rodillas, dijo a su**

compañero: «De todas las faltas que he cometido contra esta Regla, querido hermano, me confieso culpable ante los ojos de la divina Majestad y ante ti».

A esta breve confesión siguió el golpe del alfanje, que, al cortar su vida, le ciñó la corona del martirio. Este jovencito había entrado en la Orden sin apenas poder soportar los ayunos de la Regla, y llevaba, sin embargo, tan joven, la loriga a raíz de la carne. ¡Joven feliz, que felizmente empezó la carrera y más felizmente la acabó! (2).

**Quiso que la Orden estuviera siempre bajo la protección y corrección de la Iglesia.**

78. El bienaventurado Francisco decía: «Iré a recomendar la Religión de los hermanos menores a la santa Iglesia romana. Con su vara poderosa, los malévolos serán asustados y corregidos, y, en cambio, los hijos de Dios gozarán de libertad en todas partes para aumento de la eterna salvación. Reconozcan así los hijos los dulces beneficios de su madre y sigan siempre con singular devoción sus huellas venerandas.

»Con su protección no habrá en la Orden ningún mal tropiezo, ni el hijo de Belial pisará impune la viña del Señor. Ella, madre santa, emulará la gloria de nuestra pobreza y no permitirá jamás que con la nube de la soberbia se oscurezca el resplandor de la humildad. Ella conservará vigorosos en nosotros los vínculos de la caridad y de la paz, reprimiendo con estrictas penas a los disidentes; y en su presencia florecerá siempre la observancia de la pureza evangélica; y no consentirá que ni por un momento se desvirtúe el olor de la buena fama y de la santa vida».

**Cuatro privilegios que el Señor otorgó a la Religión y reveló al bienaventurado Francisco (3).**

79. El bienaventurado Francisco decía que había alcanzado del Señor, según le fue comunicado por un ángel, estas cuatro prerrogativas: que la religión y profesión de los hermanos menores duraría hasta el día del juicio; que ninguno que de propósito persiguiera a la Orden viviría mucho; que ningún pecador que quisiera vivir mal en la Orden podría permanecer en ella mucho tiempo, y que todo el que amara de corazón a la Orden, por mayor pecador que sea, al fin alcanzará misericordia.

Las condiciones que señaló como necesarias en el ministro general y en sus consejeros.

80. Era tanto el celo que tenía por la conservación de la perfección en la Religión y tan alta le parecía la perfección de la profesión de la Regla, que muchas veces pensaba en quién sería el idóneo para empuñar, después de su muerte, el gobierno de toda la Religión y mantenerla, con la ayuda de Dios, en su perfección; y no lo descubría por ninguna parte.

Cuando estaba ya próximo a la muerte, le dijo un hermano: «Padre, tú irás al Señor, y esta familia que te ha seguido quedará en este valle de lágrimas; dínos si tú conoces en la Orden alguno en quien confíes y a quien puedas imponer el cargo de ministro general».

El bienaventurado Francisco respondió con palabras entrecortadas por los suspiros: «Hijo mío, para capitán de este numeroso y multiforme ejército, para pastor de tan

vasto y extendido rebaño, no descubro ninguno con suficientes cualidades, pero señalaré en un cuadro cómo debería ser el jefe y pastor de esta familia.

»Ha de ser -dijo- de vida muy ponderada, de mucha discreción, de reconocida fama, libre de preferencias particulares, no sea que, amando más a una parte, levante escándalo en el todo. Ha de ser muy amante de la oración, pero de modo que dedique un tiempo a su alma y otro a su grey. Antes que nada, muy de mañana antepondrá el santísimo sacrificio de la misa (4), y con todo afecto y mucha devoción encomendará en él su persona y la grey a la protección divina. Después de la oración quedará a merced de todos, dispuesto a ser despellejado, dispuesto a responder a todos, a atender a todos con caridad, paciencia y mansedumbre.

»No ha de tener acepción de personas, cuidando no menos de los sencillos e ignorantes que de los sabios y letrados. Aunque le haya sido otorgado el don de la ciencia, muéstrese, sin embargo, como ejemplar de piedad y sencillez, de paciencia y de humildad, y cultive las virtudes en sí y en los demás, ejercitándose continuamente en su práctica y estimulando a ellas más con el ejemplo que con discursos. Deteste el dinero, que es la principal corruptela de nuestra profesión y perfección, y, como modelo y cabeza, que ha de ser de todos imitado, nunca jamás lleve bolsa. Para sí, bástele tener el hábito y algún opúsculo, y para los demás, un estuche con la pluma, la tablilla y el sello. No sea amontonador de libros ni muy dado a la lectura, no sea que robe al oficio lo que consagra al estudio. Consuele con benignidad a los afligidos, pues el consuelo es el último remedio para los atribulados, no sea que, faltándoles los medios para sanar, prevalezca en ellos la enfermedad de la desesperación. Para conseguir que los protervos se dobleguen a la mansedumbre, humíllese él primero y sepa perder algo de su derecho para ganar el alma.

»A los prófugos de la Orden ábrales las entrañas de su clemencia, así como a ovejas que se habían perdido, y nunca les niegue la misericordia, teniendo en cuenta que han de ser tentaciones muy fuertes las que pueden conducir a tan profunda caída; y si el Señor las permitiera en él, podría tal vez caer más hondo. Quisiera que fuera honrado por todos con devoción y reverencia, como vicario de Cristo, y que todos trataran de proveerle en todo con benevolencia según lo que necesitare y lo que consiente nuestro estado. Es menester, sin embargo, que no encuentre más complacencia en los honores y favores que deleite en las injurias, de suerte que los honores no cambien sus costumbres sino para mejorarlas. Si alguna vez necesitare de alimento más especial y mejor, no lo tome en oculto, sino en público, para evitar a los demás la vergüenza que habrían de pasar si tuvieran que proveerse en sus enfermedades y achaques.

»A él, sobre todo, le incumbe discernir las conciencias ocultas y sacar la verdad por hilos escondidos. Como principio, tenga por sospechosas todas las acusaciones hasta que la verdad, después de diligente examen, empiece a esclarecerse. No preste oídos a los charlatanes, y, ante todo, cuando acusan, téngalos por sospechosos y no les dé crédito fácilmente. Por último, debe ser de tal temple, que, a trueque de retener el honor, no mancille ni relaje de ninguna manera la virtud insobornable de la justicia y de la equidad. Y obre de tal manera, que no ocasione la muerte a alma alguna por el excesivo rigor, ni por demasiada blandura sobrevenga la indolencia, ni por sobrada condescendencia sobrevenga la relajación de la disciplina. Sea temido de todos y amado de los mismos que le temen. Piense siempre y esté convencido de que la prelación es, para él, más bien carga que honor.

»Quisiera también que tuviera algunos compañeros adornados de virtud, severos con los caprichos, fuertes en las contrariedades, piadosos y compasivos para con los pecadores, iguales en el aprecio para con todos; que por el trabajo nada reciban, sino lo puramente necesario para el cuerpo; que no ansíen otra cosa que la gloria de Dios,

el bien de la Orden, los méritos de la propia alma y la perfecta salvación de todos los hermanos; asimismo, debidamente afables para con todos y dispuestos a recibir con santa alegría a cuantos acudieren a ellos, y esforzados en mostrarse a todos en todo pura y sencillamente como forma y ejemplo de la observancia del Evangelio, según lo profesado en la Regla. Tal debiera ser el ministro general de esta Religión y tales debieran ser sus compañeros».

Cómo le habló el Señor una vez que se encontraba muy afligido porque los hermanos se desviaban de la perfección.

81. Según el celo constante que sentía por la perfección de la Religión tenía que ser en él la tristeza que se produjera si alguna vez oía o veía alguna imperfección en ella. Pues bien, cuando llegó a enterarse de que algunos hermanos daban mal ejemplo en la Religión y que los hermanos comenzaban a decaer del supremo ápice de la profesión, herido de un grande y profundo dolor, dijo una vez al Señor en la oración: «Señor, a ti te encomiendo la familia que me diste».

Y al momento escuchó que el Señor le decía: «Dime, simple e ignorante hombrecillo, ¿por qué te afliges tanto cuando algún hermano sale de la Religión o cuando sabes que los hermanos no andan por el camino que yo te mostré? Dime también: ¿quién ha plantado esta Religión de hermanos? ¿Quién hace que el hombre se convierta a penitencia? ¿Quién da la fortaleza de perseverar en ella? ¿No soy yo? No te elegí por ser hombre dotado de ciencia y de elocuencia para que estés al frente de esta mi familia, pues quiero que ni tú ni los que han de ser verdaderos hermanos y sinceros observantes de la Regla que yo te di vayáis por el camino de la ciencia y de la elocuencia. Te elegí a ti, simple e ignorante, para que sepáis tú y tus hermanos que velaré por mi grey; te he puesto a ti como enseña de ellos para que las obras que yo obro en ti, ellos las imiten de ti. Los que caminan por la senda que te he mostrado, me tienen a mí, y me tendrán más abundantemente; en cambio, a los que quisieren ir por otro camino, aun aquello que creen tener, les será quitado. Así, pues, te digo que en adelante no te aflijas tanto, sino que pienses en hacer lo que haces y en obrar lo que obras, porque en amor perpetuo he establecido la Religión de los hermanos. Y ten entendido que amo tanto a la misma, que, si alguno de los hermanos volviere al vómito (Prov 26,11) y muriere fuera de la Religión, yo enviaré otro que herede su corona; y, si no hubiere nacido todavía, le haría nacer. Y para que sepas hasta dónde llega mi espontánea voluntad de amar la vida y Religión de los hermanos, te digo que, aun en el supuesto de que no quedaran más que tres hermanos en ella, todavía sería mi Religión y no la abandonaría jamás».

Oído todo esto, su alma quedó maravillosamente consolada.

Y si bien, dado el ardiente celo que tenía siempre por la perfección de la Religión, no podía por menos de afligirse profundamente cuando oía que los hermanos cometían alguna imperfección de la que se derivaba mal ejemplo o escándalo, pronto (después que había sido ya confortado con este consuelo del Señor) se decía trayendo a la memoria aquello del salmo: «He jurado y prometido guardar las leyes del Señor (Sal 118,106) y observar la Regla que el mismo Señor me dio para mí y para los que quieran imitarme. Todos los hermanos se obligaron a guardarla lo mismo que yo. Así, desde que dejé el oficio de gobernar a los hermanos por mis enfermedades y otros motivos razonables, no me siento constreñido a otra cosa que a rogar por la Religión y a dar buen ejemplo a los hermanos. Pues del Señor he recibido esta gracia -y estoy de verdad convencido- de que la mayor ayuda que podría yo prestar a la Religión -aun en el caso de que la enfermedad no me excusara del abandono del



cargo- es dedicarme a diario a la oración, para que el Señor la gobierne, conserve y proteja. Me he obligado con el Señor y con los hermanos a que, si alguno de éstos perece por mi mal ejemplo, tenga yo que rendir cuentas al Señor».

Todo esto lo recapacitaba en sí para aquietar su corazón, y lo comentaba también muchas veces en los coloquios con los hermanos y en los capítulos.

Y si algún hermano le insinuaba que debía intervenir en el gobierno de la Orden, le respondía: «Los hermanos tienen su Regla, que juraron guardar; y para que no puedan excusarse recurriendo a mí, luego que el Señor tuvo a bien constituirme en prelado de ellos, juré en su presencia guardarla yo también. Por eso, desde que los hermanos conocen lo que deben hacer y lo que deben evitar, sólo me resta enseñarlos con mis obras, porque para esto les he sido dado durante mi vida y después de mi muerte».

Celo singular que mostró por el lugar de Santa María de la Porciúncula y las normas que estableció allí contra las conversaciones ociosas.

82. Mientras vivió tuvo siempre celo singular y empeño primordial en que en el santo lugar de Santa María de los Ángeles, como cabeza y madre de la Religión, se conservara, más que en otros lugares de la Orden, toda la perfección de la vida y de la convivencia. Quería y procuraba que dicho lugar fuera forma y ejemplo de humildad, de pobreza y de toda perfección evangélica para los demás lugares y que sus moradores fueran más mirados y solícitos que los demás en todo lo que debían hacer y evitar con relación a la perfecta observancia regular.

En consecuencia, cierto día ordenó que, para evitar la ociosidad, que es la raíz de todos los males, y más en el religioso, los hermanos a diario se ocuparan, juntamente con él, en hacer algo después de la comida, no fuera que el bien adquirido en el tiempo de la oración lo perdieran luego, total o parcialmente, con palabras inútiles y ociosas, a las cuales es más propenso el hombre después de haber comido.

También mandó y ordenó con entereza que, si algún hermano, desocupado o trabajando, dijera alguna palabra ociosa entre los hermanos, esté obligado a rezar una vez el padrenuestro, alabando a Dios (5) al principio y al fin de la oración. Mas si, consciente de su falta, se adelantare a excusarse de ella, diga por su alma el padrenuestro y las alabanzas del Señor, como queda dicho. Pero, si otro hermano se hubiere adelantado a corregirle, diga en la forma indicada el padrenuestro por el alma del hermano que lo corrigió.

Si el que ha sido corregido se excusare y no quisiere rezar el padrenuestro, esté obligado, del mismo modo, a decir dos padrenuestrros por el alma del que lo corrigió. Si, por testimonio del mismo o de otro, se comprobare ser cierto que había dicho la palabra ociosa, rece en alta voz las dichas alabanzas de Dios al principio y al fin de la oración, de suerte que los hermanos presentes las puedan oír y entender. Estos, mientras las dice, guarden silencio y escuchen. Si alguno hubiere oído que un hermano dice una palabra ociosa y callase y no corrigiese al hermano, esté obligado a decir, de la manera indicada, el padrenuestro con las alabanzas de Dios por el hermano que dijo la palabra ociosa.

Si, al entrar un hermano en una celda, en una casa o en un lugar cualquiera, encontrare allí a otro o más hermanos, debe bendecir y alabar devotamente al Señor. El Padre santísimo ponía gran solicitud en decir estas alabanzas del Señor, y enseñaba y exhortaba con ardiente voluntad a que los hermanos las dijeran también solícita y devotamente.

**Cómo exhortó a que los hermanos no abandonaran nunca este lugar.**

**83. El bienaventurado Francisco sabía que en cualquier rincón de la tierra está establecido el reino de los cielos y creía que en todo lugar se puede dispensar la gracia a los elegidos de Dios, pero conocía por experiencia que el lugar de Santa María de la Porciúncula estaba enriquecido de gracia más abundante y era más frecuentemente visitado de los espíritus celestiales.**

**Por eso, decía muchas veces a los hermanos: «Mirad, hijos, no abandonéis nunca este lugar; si os echan por una parte, entrad por otra, pues este lugar es, en verdad, santo y morada de Cristo y de la Virgen, su madre. Cuando éramos pocos, fue aquí donde el Altísimo nos hizo crecer en número; aquí, con la luz de su sabiduría, iluminó las almas de sus pobres; aquí encendió nuestros corazones en el fuego de su amor. Aquí, todo el que orare con devoto corazón, alcanzará lo que pide, y quien pecare contra este lugar, será más gravemente castigado. Por tanto, hijos míos, tened este lugar como dignísimo de toda reverencia y honor, como verdadera morada de Dios, amada con predilección por Él y su madre. Y cantad en él de todo corazón con voces de júbilo y de alabanza a Dios Padre y a su Hijo, el Señor Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo».**

**De las grandezas que obró el Señor en Santa María de los Ángeles (6).**

**84. Lugar santo, en verdad, entre los lugares santos. Con razón es considerado digno de grandes honores.**

**Dichoso en su sobrenombre [la Porciúncula]; más dichoso en su nombre [Santa María]; su tercer nombre [de los Ángeles] es ahora augurio de favores.**

**Los ángeles difunden su luz en él; en él pasan las noches y cantan.**

**Después de arruinarse por completo esta iglesia, la restauró Francisco; fue una de las tres que reparó el mismo Padre.**

**La eligió cuando cubrió sus miembros de saco. Fue aquí donde domeñó su cuerpo y lo obligó a someterse al alma.**

**Dentro de este templo nació la Orden de los Menores cuando una multitud de varones se puso a imitar el ejemplo del Padre.**

**Aquí fue donde Clara, esposa de Dios, se cortó por primera vez su cabellera y, pisoteando las pompas del mundo, se dispuso a seguir a Cristo.**

**La Madre de Dios tuvo aquí el doble y glorioso alumbramiento de los hermanos y las señoras, por los que volvió a derramar a Cristo por el mundo.**

**Aquí fue estrechado el ancho camino del viejo mundo y dilatada la virtud de la gente por Dios llamada.**

**Compuesta la Regla, volvió a nacer la pobreza, se abdicó de los honores y volvió a brillar la cruz.**

**Si Francisco se ve turbado y cansado, aquí recobra el sosiego y su alma se renueva.**

**Aquí se le muestra verdadero aquello de que duda y además se le otorga lo que el mismo Padre demanda.**

## **Capítulo VI**

**Su celo por la perfección de los hermanos. Cómo les describió al hermano perfecto.**

**85. El bienaventurado Padre, en cierto modo identificado con los santos hermanos por el amor ardiente y el celo fervoroso con que buscaba la perfección de los**

mismos, pensaba muchas veces para sus adentros en las condiciones y virtudes que debería reunir un buen hermano menor. Y decía que sería buen hermano menor aquel que conjuntara la vida y cualidades de estos santos hermanos, a saber, la fe del hermano Bernardo, que con el amor a la pobreza la poseyó en grado perfecto; la sencillez y pureza del hermano León, que fue varón de altísima pureza; la cortesía del hermano Ángel, que fue el primer caballero que vino a la Orden y estuvo adornado de toda cortesía y benignidad; la presencia agradable y el porte natural, junto con la conversación elegante y devota, del hermano Maseo; la elevación de alma por la contemplación, que el hermano Gil tuvo en sumo grado; la virtuosa y continua oración del hermano Rufino, que oraba siempre sin interrupción, pues, aun durmiendo o haciendo algo, estaba siempre con su mente fija en el Señor; la paciencia del hermano Junípero, que llegó al grado perfecto de paciencia por el perfecto conocimiento de su propia vileza, que tenía siempre ante sus ojos, y por el supremo deseo de imitar a Cristo en el camino de cruz; la fortaleza corporal y espiritual del hermano Juan de Lodi, que en su tiempo fue el más fuerte de todos los hombres; la caridad del hermano Rogerio, cuya vida toda y comportamiento estaban saturados en fervor de caridad; la solitud del hermano Lúcido, que fue en ella incansable; no quería estar ni por un mes en el mismo lugar, pues, cuando le iba gustando estar en él, luego salía, diciendo: «No tenemos aquí la morada, sino en el cielo».

Cómo describía unas miradas impúdicas para hacer amar a los hermanos la honestidad.

86. Entre las virtudes que amaba y deseaba ver practicadas por los hermanos, después de la virtud fundamental de la santa humildad, apreciaba, sobre todo, la hermosura y la limpieza de la honestidad. Queriendo enseñar a sus hermanos a tener ojos castos, solía valerse de esta parábola para describir las miradas impúdicas: «Un rey piadoso y poderoso envió dos mensajeros sucesivamente a la reina. Volvió el primero y refirió de palabra las palabras de la reina y nada dijo de ella. Había tenido los ojos sabiamente recogidos en su cabeza, y para nada los fijó en la reina. Volvió el otro, y, a las pocas palabras, empezó a tejer una larga historia de la hermosura de la reina, y dijo: 'Señor, he visto en verdad una hermosísima mujer; ¡dichoso el que tal gozo tiene!'

»El rey dijo a éste: 'Siervo malo, tú has fijado tus ojos impúdicos en mi esposa; está claro que has querido poseer lo que mirabas'.

»Mandó llamar de nuevo al primero, y le dijo: "¿Qué te ha parecido la reina?" "Muy bien me ha parecido -dijo-; me escuchó con agrado y paciencia". Éste respondió con perspicacia. El rey, de nuevo: "¿Es ella hermosa?" Y respondió: "Señor, a ti te corresponde verlo y juzgarlo; yo tuve por misión hablarle".

»El rey dio la sentencia: 'Tú miras con ojos puros: quédate en mi cámara, tú de cuerpo casto, y disfruta de mi felicidad. Este otro, impúdico, salga de mi palacio, no sea que mancille mi tálamo'».

Y añadía: «¿Quién no debería temer poner sus ojos en la esposa de Cristo?»

Tres consignas que dejó a los hermanos para que perseveraran en la perfección.

87. Un día en que por la flaqueza de estómago sentía ansias de vomitar, por la mucha violencia que tuvo que hacerse vomitó sangre durante toda la noche hasta la hora de

maitines. Creyendo sus compañeros que, debido a su extremada debilidad y angustia, estaba a punto de morir, le dijeron con gran sentimiento y muchas lágrimas: «¿Padre, qué haremos sin ti? ¿A quién nos confías huérfanos?

»Tú has sido siempre para nosotros el padre y la madre, que nos engendran y alumbran en Cristo. Tú has sido para nosotros el guía y pastor, el maestro y censor que enseña y corrige, más que con las palabras, con el ejemplo. ¿Adónde iremos, como ovejas sin pastor? ¿Huérfanos sin padre? ¿Hombres rudos y simples sin guía? ¿Adónde iremos a buscarte, oh gloria de la pobreza, alabanza de la sencillez, honor de nuestra vileza?

»¿Quién nos enseñará la senda de la verdad a nosotros, ciegos? ¿En dónde estará la boca que nos hable y la lengua que nos aconseje? ¿Dónde el espíritu fervoroso que nos dirija por el camino de la cruz y nos anime a la perfección evangélica? ¿Dónde estarás para recurrir a ti, luz de nuestros ojos, y buscarte, consuelo de nuestras almas? ¡Ves, Padre, ves, tú te mueres! ¡Mira qué desolados nos dejas, tristes y llenos de amargura!

»¡Ya se acerca aquel día, día de llanto y amargura, día de desolación y tristeza! ¡Día este amargo, que, desde que vivimos contigo, siempre temíamos que llegara y en el que ni siquiera podíamos pensar! Ni es de extrañar, porque tu vida era para nosotros una continua luz, y tus palabras, hachas encendidas que nos inflamaban a seguir de continuo el camino de la cruz, la perfección evangélica, el amor y la imitación del dulcísimo Crucificado.

»Ya, pues, Padre, imparte, por lo menos, tu bendición sobre nosotros y sobre los demás hermanos, hijos a quienes engendraste en Cristo, y déjanos algún recuerdo de tu voluntad para que tus hermanos lo tengan siempre presente y puedan decir: "Nuestro Padre nos ha dejado a sus hermanos e hijos estas palabras en su muerte"».

Entonces, el piadosísimo Padre, con mirada paternal, dijo a sus hijos: «Llamad al hermano Benito de Piratro». Era un sacerdote santo y discreto que celebraba a veces la misa al bienaventurado Francisco cuando éste estaba enfermo, pues quería oírla siempre que podía, por más enfermo que se sintiera.

Cuando llegó el hermano Benito, le dijo el Padre santo: «Escribe que bendigo a los hermanos que hay y habrá hasta el fin del mundo. Y porque mi debilidad y los dolores de la enfermedad me impiden hablar, manifiesto brevemente en tres frases mi voluntad e intención a todos los hermanos actuales y venideros. Esto es: que, en señal del recuerdo de mi bendición y testamento, se amen mutuamente, como yo los he amado y los amo; que amen y guarden siempre nuestra señora la pobreza y que vivan siempre fieles y sumisos a los prelados y clérigos de la santa madre Iglesia» (7).

De esta manera, nuestro Padre siempre solía bendecir y absolver, al fin del capítulo, a todos los hermanos presentes y a los que habían de venir a la Religión; y lo hacía muchas veces, impulsado por el fervor de la caridad, aun fuera del capítulo. Amonestaba también a los hermanos que temieran el mal ejemplo y se abstuvieran de él, y maldecía a cuantos con sus malos ejemplos provocaren a los hombres a hablar mal de la Religión y de la vida de los hermanos, pues los buenos y santos hermanos se avergüenzan de ello y sufren mucho.

Amor que manifestó a los hermanos, momentos antes de su muerte, repartiendo a cada uno un pedazo de pan, como lo hizo Cristo.

88. Una de las noches se agravaron tanto los dolores de su enfermedad, que apenas pudo en toda la noche ni descansar ni dormir. Después del amanecer, cuando los dolores habían disminuido algo, mandó llamar a todos los hermanos que había allí,

y luego que se colocaron en rededor de él, se imaginó y vio en ellos a todos los hermanos. Y, poniendo la mano derecha sobre la cabeza de cada uno, bendijo a todos: presentes y ausentes y a los que habían de ingresar en la Orden hasta el fin de los tiempos. Y se le veía como afligido, porque no le era posible ver a todos sus hermanos e hijos antes de su muerte.

Con deseo de imitar en su muerte a su Señor y Maestro, a quien en vida había imitado con toda perfección, mandó que le trajeran unos panes; los bendijo y los hizo partir en pedazos pequeños, porque él no tenía ya fuerzas para hacerlo. Luego, tomando el pan, fue dando a cada uno un pedazo, con el mandato de que lo comiera todo.

De este modo, como el Señor el jueves antes de su muerte quiso comer con sus apóstoles en señal de amor, también el bienaventurado Francisco, perfecto imitador de Cristo, quiso manifestar con este signo su amor a los hermanos.

Y está claro que tuviera intención de hacerlo para imitar a Cristo, porque luego preguntó si era jueves. Al saber que no era tal día, dijo que pensaba que era jueves.

Uno de los hermanos guardó un trocito de aquel pan, y, después de la muerte del bienaventurado Francisco, muchos enfermos que probaron de él sanaron al momento de sus enfermedades.

Cómo temía que sus hermanos se turbaran a causa de sus enfermedades.

89. Debido a los muchos dolores de las enfermedades, no podía descansar; y observaba que los hermanos andaban muy solícitos y afanosos por atenderle. Como tenía más estima de las almas de los hermanos que de su propio cuerpo, empezó a preocuparle que, a consecuencia del mucho trabajo que por él se imponían, pudieran incurrir en la más mínima ofensa de Dios si se dejaban llevar de la impaciencia.

Así, movido de piedad y compasión, dijo una vez a sus compañeros: «Carísimos hermanos e hijitos míos, no os pese atenderme en la enfermedad, porque el Señor, mirando a este pequeñuelo siervo suyo, os galardonará en esta vida y en la otra con el fruto de las obras que ahora os veis precisados a omitir por cuidarme en la enfermedad; es más, adquirís mayor ganancia que si trabajarais en favor vuestro, porque todo el que me ayuda, ayuda a toda la Religión y a la vida de los hermanos. Y aun podéis decirme: "Contigo haremos nuestros gastos, pero por ti será el Señor nuestro deudor"».

Hablaba así el Padre santo, queriendo animarlos a levantar su espíritu deprimido, por el ardiente celo que tenía por la perfección de sus almas. Temía que alguna vez, pesarosos de aquellos afanes, dijeran: «No tenemos tiempo para orar ni podemos llevar tanto trabajo», y, tocados del tedio y de la impaciencia, perdieran el mucho fruto del pequeño trabajo.

Cómo exhortó a las hermanas de Santa Clara.

90. Después que el bienaventurado Francisco había compuesto las Alabanzas del Señor por las creaturas (cf. EP 102), escribió también unas letrillas santas, con canto, para consuelo y edificación de las damas pobres, porque sabía que estaban muy afligidas a causa de su enfermedad. Como no podía ir personalmente a visitarlas, se las envió por medio de sus compañeros. Con ellas les quiso manifestar su voluntad, a saber, cómo habían de vivir y trabajar humildemente y estar unidas en la caridad. Pues sabía que su conversión y santa vida no sólo era una exaltación de la Religión de los hermanos, sino la mayor edificación de la Iglesia universal.

Como desde el principio de su conversión llevaban ellas una vida de estrechez y pobreza, siempre las miraba con ojos de piedad y compasión. Así, en estas últimas palabras les rogaba que, a la manera que el Señor las había reunido de muchos lugares para que vivieran unidas en la práctica de la santa caridad, de la santa pobreza y de la santa obediencia, así también debían vivir siempre y morir abrazadas a esas virtudes. Y especialmente las exhortó a que de las limosnas con que el Señor se dignara regalarlas, tomaran discretamente para sus cuerpos lo suficiente con alegría y acción de gracias; y de manera más especial a que todas tuvieran mucha paciencia: las sanas, en los trabajos que habrían de sobrellevar en cuidar a las enfermas, y las enfermas, a su vez, en soportar sus enfermedades.

## **Capítulo VII**

**Su constante fervor de amor y compasión a la Pasión de Cristo.**

**No se cuidaba de sus enfermedades por amor a la Pasión de Cristo.**

91. Sentía el bienaventurado Francisco tal fervor en el amor y compasión de los dolores y sufrimientos de Cristo y sufría tanto externa e internamente todos los días ante la consideración de la pasión del Señor, que no se cuidaba de sus propias enfermedades. Durante largo tiempo hasta el día de su muerte padeció enfermedades del estómago, del hígado y del bazo; y, a contar del tiempo en que regresó de ultramar, sufrió dolores atroces de los ojos; no obstante, nunca se preocupó de hacerse curar.

Sabiendo el señor ostiense [el cardenal Hugolino] que el Santo había tratado siempre, ahora y antes, con dura austeridad a su cuerpo, y, sobre todo, que había comenzado a perder la vista por descuidar su curación, le reconvino con mucha piedad y compasión, diciéndole: «Hermano, no obras bien al no dejarte curar; tu vida y salud son muy útiles a los hermanos, a los seglares y a toda la Iglesia. Si tú siempre te compadeces de tus hermanos enfermos, si siempre has sido piadoso y misericordioso con ellos, no has de ser cruel contigo ahora que te encuentras en tanta necesidad. Te mando, por tanto, que hagas que te curen y ayuden».

Mas nuestro Padre santísimo consideraba dulce lo que era amargo para la carne, porque de la humildad y del seguimiento del Hijo de Dios extraía de continuo inmensa dulcedumbre.

**Cómo fue encontrado llorando en alta voz la Pasión de Jesucristo.**

92. Poco después de su conversión caminaba solo por las inmediaciones de la iglesia de Santa María de la Porciúncula, llorando y suspirando en alta voz. Un hombre muy espiritual se encontró con él, y, pensando que tuviera algún dolor proveniente de enfermedad, le preguntó: «¿Qué te pasa, hermano?» Y le respondió: «En esta forma debería ir por todo el mundo, sin avergonzarme, llorando la pasión de mi Señor». Entonces aquel hombre empezó a llorar con él y a derramar copiosas lágrimas.

Nosotros hemos conocido a este hombre y de él lo hemos sabido; y él sirvió de mucho consuelo y compasión al bienaventurado Francisco y a nosotros sus compañeros.

Cómo ciertos esparcimientos exteriores terminaban en lágrimas por la compasión de Cristo.

93. Ebrio de amor compasivo a Cristo, el bienaventurado Francisco exteriorizaba así sus sentimientos.

La dulce melodía espiritual que bullía en su interior, la expresaba frecuentemente en francés, y el soplo del susurro divino que furtivamente percibía en su oído, estallaba en júbilo manifestado en la misma lengua (8).

A veces, cogía del suelo un palo; lo apoyaba en el brazo izquierdo y, tomando otro palo en su mano derecha, lo rasgueaba, a modo de arco, cual si de viola u otro instrumento se tratara, mientras, acompañando con gestos acompasados, cantaba en francés al señor Jesucristo. Todo este regocijo terminaba, por fin, en lágrimas, y el júbilo se deshacía en compasión de la Pasión de Cristo.

Con esto exhalaba continuos suspiros; y, redoblando sus gemidos, olvidado de lo que tenía en las manos, se quedaba absorto mirando al cielo.

### Capítulo VIII

Su celo por la oración y el oficio divino y por conservar la alegría espiritual en sí y en los demás.

La oración y el Oficio divino.

94. A pesar de que durante tantos años fue aquejado de las enfermedades referidas, era tal su devoción y reverencia a la oración y al oficio divino, que, en el tiempo en que oraba o rezaba las horas canónicas, nunca se apoyaba en ningún muro o pared, sino que estaba siempre de pie y con la cabeza descubierta; algunas veces se arrodillaba, máxime por razón de que pasaba en oración la mayor parte del día y de la noche; incluso cuando iba por el mundo, se detenía siempre para decir las horas; y si por enfermedad cabalgaba, se apeaba para recitarlas.

Un día llovía a torrentes; él iba a caballo por su enfermedad y gravísima necesidad (cf. 2 Cel 96). Cuando quiso rezar las horas, ya completamente calado, se apeó del caballo; con tanto fervor, devoción y reverencia recitó el oficio, de pie en el camino y expuesto a una lluvia continua, como si hubiera estado en la iglesia o en la celda. Y dijo a su compañero: «Si el cuerpo quiere estar sosegado y tranquilo para comer su alimento, siendo así que ambos han de ser pasto de gusanos, ¡con cuánta paz y sosiego, con cuánta reverencia y devoción debe el alma tomar su alimento que es el mismo Dios!»

Cómo amó siempre, en sí y en los demás, la alegría espiritual interior y exterior.

95. Fue siempre sumo y principal afán del bienaventurado Francisco disfrutar continuamente de alegría espiritual interior y exterior aun fuera de la oración y del oficio divino. Y lo mismo quería de modo especial en sus hermanos; incluso los reprendía muchas veces cuando los veía exteriormente tristes y desganados.

Decía que, «si el siervo de Dios pusiera interés en conservar interior y exteriormente la alegría espiritual, que trae su origen de la pureza de corazón y se adquiere por la devota oración, nunca podrían los demonios dañarle, pues dicen: "Cuando el siervo de Dios está alegre tanto en lo próspero como en lo adverso, tenemos cerrada la

puerta para acercarnos a él y causarle daño". Pero los demonios saltan de gozo cuando logran matar o impedir de alguna manera la devoción y alegría que proviene de la fervorosa oración y de otras obras virtuosas.

»Pues cuando el diablo logra hacer suyo algo en el siervo de Dios y éste no es prudente y solícito en borrarlo y arrancarlo cuanto antes por la virtud de la santa oración, contrición, confesión y satisfacción, en breve el primer cabello, al que irá sumando otros nuevos, se convertirá en viga. Hermanos míos, ya que la alegría espiritual dimana de la limpieza de corazón y de la pureza de una continua oración, es necesario poner todo el empeño posible en adquirir y conservar estas dos virtudes, con el fin de que, para edificación del prójimo y escarnio del enemigo, podáis tener esta alegría interior y exterior que de todo corazón deseo y amo verla y sentirla tanto en mí como en vosotros. A él y a su comparsa toca estar tristes; a nosotros, en cambio, alegrarnos y gozarnos en el Señor».

**Cómo corrigió a un compañero que se mostraba triste.**

96. Decía el bienaventurado Francisco: «Sé que los demonios me tienen envidia por los dones que el Señor me ha concedido; sé también y veo que, cuando no pueden dañar directamente a mi persona, me tienden asechanzas y tratan de hacerme daño a través de mis compañeros. Mas, si no logran causarme daño ni directamente ni a través de mis compañeros, huyen muy avergonzados. Es más, si alguna vez me siento tentado o desganado, en cuanto contemplo la alegría de mi compañero, quedo libre de la tentación y de la desidia y recobro la alegría interior y exterior»

Por eso, el mismo Padre reconvenía con firmeza a los que exteriormente se mostraban tristes. Una vez reprendió a uno de sus compañeros que aparecía con cara triste y le dijo: «¿Por qué manifiestas en lo exterior dolor y tristeza de tus faltas? Muéstrasela a Dios; pídele que te perdone por su misericordia y devuelva a tu alma la alegría de su salvación, de la que has sido privado por el demérito del pecado. Delante de mí y de los demás, procura siempre tener alegría, pues es indigno del siervo de Dios aparecer ante sus hermanos u otros con tristeza y rostro turbado».

No se ha de pensar y creer que nuestro Padre, amante de toda madurez y honestidad, quería que esta alegría se manifestara con risas y exceso de palabras vanas, porque así no se demuestra la alegría, sino, más bien, la vanidad y fatuidad. Es más, aborrecía, especialmente en el siervo de Dios, la risa y la palabra ociosa. No sólo no quería que el siervo de Dios se riera, sino que le desagradaba el que se procurase a los demás la menor ocasión para reírse. En una de sus exhortaciones expuso claramente cómo tiene que ser la alegría del siervo de Dios. Dice así: «Dichoso aquel religioso que no tiene placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, y con ellas incita a los hombres al amor de Dios en gozo y alegría. Y ¡ay de aquel religioso que se deleita en palabras ociosas y vanas y con ellas incita a los hombres a la risa» (Adm 20).

Entendía por alegría del rostro el fervor y la solicitud, la disposición y la preparación de alma y cuerpo para hacer todo bien de buena gana, porque los hombres más se mueven en ocasiones por este fervor y disposición que por la misma obra buena. Es más; si la obra, aunque buena, no aparece realizada de buen grado y con fervor, más engendra tedio que estimula al bien.

Por eso, no quería ver caras tristes, que manifiestan muchas veces la desidia e indisposición del alma y la pereza del cuerpo para toda obra buena. Amaba, en cambio, en sí y en los demás, la sensatez y madurez en el rostro y en todos los miembros del cuerpo y sus sentidos; y, en cuanto podía, inducía a esto de palabra y con el ejemplo. Tenía experiencia de que esta gravedad y modestia en el obrar eran



como la muralla y escudo invulnerable contra las flechas del diablo; de que el alma desprovista de esta defensa era como soldado sin armas entre huestes de enemigos fortísimos y muy armados, siempre deseosos de darle muerte y dispuestos al degüello.

Cómo aconsejaba a los hermanos a dar lo suficiente al cuerpo para que no desfallecieran en la oración.

97. Considerando y entendiendo el santísimo Padre que el cuerpo ha sido creado en razón del alma y que los ejercicios corporales están subordinados a los espirituales, decía así: «El siervo de Dios, tanto en el comer y dormir como en remediar otras necesidades, debe dar con discreción lo suficiente al cuerpo, para que el hermano cuerpo no pueda quejarse y decir: 'No puedo estar de pie y dedicarme a la oración, ni alegrarme en mis tribulaciones, ni hacer otras obras buenas, porque no atiendes a mis necesidades'».

»Pero si el siervo de Dios satisface con discreción y de manera conveniente a sus necesidades corporales y el hermano cuerpo quiere ser negligente, perezoso y soñoliento en la oración, vigiliias y otras obras buenas, entonces lo deberá castigar como a un jumento malo y perezoso que quiere comer y se niega a ganar y llevar la carga. En cambio, si, por escasez y pobreza, el hermano cuerpo, sano y enfermo, no puede tener lo necesario y, pidiéndolo por amor de Dios honesta y humildemente a su hermano o prelado, no se lo dan, sufra pacientemente por amor de Dios, que también buscó quien le consolase y no lo encontró. Esta necesidad, sobrellevada con paciencia, le será imputada por el Señor como martirio. Y, puesto que ha hecho lo que estaba de su parte, esto es, haberlo pedido humildemente, está excusado de pecado aunque se agrave la enfermedad corporal».

## Capítulo IX

Algunas tentaciones que permitió el Señor en él.

Cómo el demonio penetró en la almohada que tenía debajo de la cabeza.

98. Estando el bienaventurado Francisco en el eremitorio de Greccio, oraba una noche en la última celda, que está después de la mayor; al primer sueño llamó a su compañero, que descansaba cerca de él. Se levantó el compañero y fue a la entrada de la celda donde estaba el bienaventurado Francisco, y el Santo le dijo: «Hermano, no he podido dormir esta noche ni estar erguido para orar, pues me tiemblan mucho la cabeza y las piernas y me parece como que hubiera comido pan de cizaña».

El compañero le dirigió palabras de consolación, pero el bienaventurado Francisco le dijo: «Yo creo que el diablo está en este cabezal que tengo a la cabeza».

Nunca, desde que dejó el siglo, se permitió descansar en jergón de plumas ni usar almohada de plumas; pero, contra su voluntad, los hermanos le obligaron a aceptar aquella almohada por razón de la enfermedad de sus ojos.

Se la echó a su compañero; tomándola éste con la mano derecha, se la puso sobre el hombro izquierdo. Al salir al vestíbulo de la celda, perdió de repente el habla, y no podía tirar la almohada ni mover los brazos; quedó rígido de pie, sin poder moverse de un lugar a otro e insensible. Habiendo permanecido así cierto tiempo, lo llamó,

por gracia de Dios, el bienaventurado Francisco; al momento se recuperó y dejó caer la almohada por la espalda.

Volvió a donde estaba el bienaventurado Francisco y le contó todo lo ocurrido. Díjole el Santo: «Al anochecer, cuando rezaba completas, sentí que el diablo venía a la celda. Veo que este diablo es muy astuto, porque, no pudiendo hacer daño a mi alma, intenta impedir el descanso necesario del cuerpo, para que no pueda dormir ni estar erguido para orar, para impedir la devoción y la alegría del corazón, y provocarme así a murmurar de mi enfermedad».

**Una tentación modestísima que tuvo por más de dos años.**

99. Viviendo en el lugar de Santa María le sobrevino, para provecho de su alma, una gravísima tentación. Sufría tanto en el alma y en el cuerpo, que se apartaba muchas veces de la compañía de sus hermanos, porque no podía mostrarse tan alegre como solía. Se mortificaba con privaciones de comida, bebida y palabras; oraba con más insistencia y derramaba abundantes lágrimas, a fin de que el Señor se apiadara de él y se dignara darle alivio suficiente en tan gran tribulación.

Por más de dos años le duró la tribulación (9); y un día que oraba en la iglesia de Santa María escuchó como si en espíritu se le dijeran estas palabras del Evangelio: Si tuvieras tanta fe como un grano de mostaza, dirías a este monte: Vete de aquí allá, y se iría (Mt 17,20-21).

San Francisco respondió al momento: «Señor, ¿cuál es ese monte?» Y oyó que se le respondía: «Ese monte es tu tentación». Y el bienaventurado Francisco: «Pues, Señor, hágase en mí como has dicho». Al instante quedó libre de la tentación cual si nunca hubiera sido turbado por ella.

Igualmente, en el tiempo que permaneció en el monte Alverna y recibió en su cuerpo las llagas del Señor (10), padeció también tantas tentaciones y tribulaciones de parte de los demonios, que no podía mostrarse alegre como de costumbre. Y decía a su compañero: «Si supieran los hermanos cuántas y qué tribulaciones y aflicciones sufro de parte de los demonios, no habría ninguno que no se moviera a compasión y no tuviera piedad de mí».

**Tentación que le ocasionaron los ratones, consuelo del Señor y su certeza del Reino.**

100. Dos años antes de su muerte, estando en San Damián en una celdilla formada de esteras y padeciendo indeciblemente por la enfermedad de los ojos -tanto que por espacio de más de cincuenta días no podía ver ni la luz del día ni la del fuego (cf. LP 83)-, sucedió, por permisión divina y para aumento de sus aflicciones y méritos, que una plaga de ratones invadió la celda y, saltando de día y de noche sobre él y a su alrededor, no le dejaban orar ni descansar. Y, cuando comía, trepaban a la mesa y le molestaban muchísimo. Tanto él como sus compañeros reconocieron en ello una tentación diabólica.

Viéndose el bienaventurado Francisco atormentado con tantos sufrimientos, una noche, movido a compasión de sí mismo, dijo interiormente: «Señor, ven en mi auxilio y socórreme en mis flaquezas para que pueda sobrellevarlas con paciencia».

Al momento oyó en su espíritu: «Dime, hermano; si alguno te diera por tus enfermedades y tribulaciones un tesoro grande y precioso en cuya comparación estimaras en nada la tierra convertida en oro puro, todas las piedras convertidas en

piedras preciosas, y toda el agua en bálsamo, ¿no te alegrarías de verdad?» Respondió el bienaventurado Francisco: «Señor, grande y precioso sería ese tesoro, apetecible y muy codiciable».

Y oyó de nuevo en su interior: «Pues regocíjate, hermano, y salta de júbilo por tus enfermedades y tribulaciones, y condúctete en adelante con tanta seguridad como si estuvieras en mi reino».

Se levantó por la mañana y dijo a sus compañeros: «Si el emperador diera a un criado suyo todo un reino, ¿no debería estar repleto de alegría aquel criado? Y si le diera todo su imperio, ¿no debería regocijarse más todavía?» Y añadió: «Pues yo tengo que gozarme muchísimo en mis enfermedades y tribulaciones, y fortalecerme en el Señor, y dar gracias a Dios Padre, y a su único Hijo, el Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo por la inmensa gracia que el Señor me ha hecho; quiero decir, por haberse dignado certificar en vida a este indigno siervo suyo que gozaré de su reino. Por eso, para alabanza de Dios, para nuestro consuelo y para edificación del prójimo, quiero componer una nueva alabanza de las creaturas del Señor, de las cuales nos servimos todos los días, sin las cuales no podemos vivir y en las cuales el género humano tantas veces ofende a su Creador. Y continuamente somos ingratos a tantas gracias y beneficios que nos da; no alabamos al Señor, creador y dador de todos los bienes, como es nuestra obligación». Y, sentándose, se puso a meditar un rato.

Y luego dijo: «Altísimo, omnipotente, buen Señor», etc. (cf. EP 120); aplicó una música a esta letra y enseñó a sus compañeros a recitarla y cantarla.

Su espíritu gozaba entonces de consuelo y dulzura tan hondos, que quería mandar que llamasen al hermano Pacífico, que en el mundo era llamado el «rey de los versos» y fue muy cortesano maestro de cantores; tenía intención de darle algunos compañeros, buenos y espirituales, que fueran con él por el mundo predicando y cantando las alabanzas del Señor. Deseaba que quien mejor pudiera predicar entre ellos, predicase primero al pueblo y después cantaran todos juntos las alabanzas del Señor, como juglares de Dios.

Quería que, después de cantar las alabanzas, el predicador dijera al pueblo: «Nosotros somos juglares del Señor, y esperamos vuestra remuneración, es decir, que permanezcáis en verdadera penitencia». Y añadía el bienaventurado Francisco: «¿Pues qué son los siervos de Dios sino unos juglares que deben levantar y mover los corazones de los hombres hacia la alegría espiritual?»

Y de manera muy especial decía esto de los hermanos menores, que ha puesto Dios en el mundo para la salvación de su pueblo.

\*\*\*\*

Notas:

- 1) Esta bendición está incluida en el Testamento de San Francisco, vv. 40-41.
- 2) Se llamaba Electo. Cf. 2 Cel 208.
- 3) Cf. Eccleston, De adventu, 13. Éste recoge un testimonio del hermano León.
- 4) La expresión, muy vaga, no parece prever que el ministro general tenga que ser sacerdote. San Francisco no fue más que diácono; tampoco fueron sacerdotes los hermanos Juan Parenti y Elías.
- 5) Tanto aquí como cuando más abajo habla de alabanzas de Dios, hace referencia a las Alabanzas para todas las horas, uno de los opúsculos de San Francisco.
- 6) Este capítulo, en su texto original latino, es una poesía.
- 7) Test 6-10. Lo dictado a Benito de Piratro, hermano conocido sólo por esta referencia, se denomina Testamento de Siena.
- 8) San Francisco recurría al francés en momentos de intenso gozo espiritual. Cf. 1 Cel 16.
- 9) Vorreux (Saint François, Documents p. 443 n. 1) piensa que sería el período que corre de 1223 a 1226.
- 10) El 14 de septiembre de 1224 en el Alverna, a 120 kilómetros al norte de Asís (cf. 1 Cel 94-96).

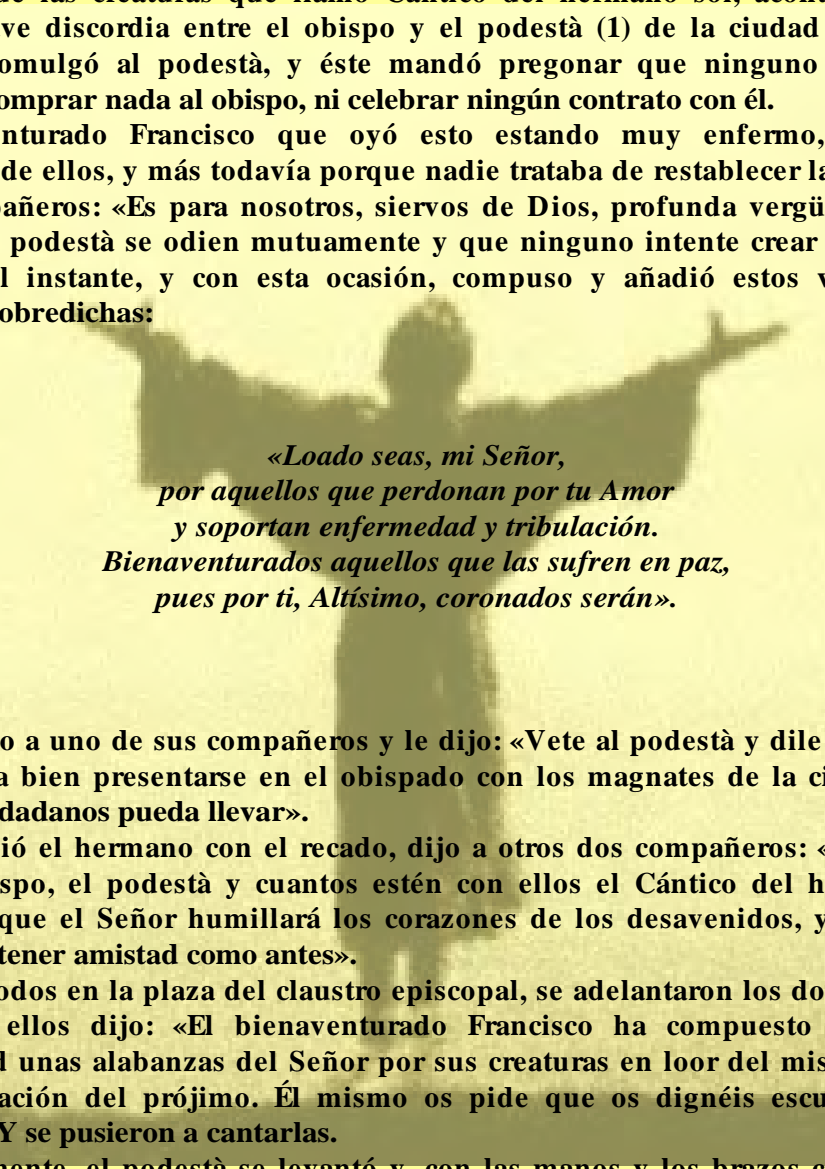
## Capítulo X

**El espíritu de profecía.**

**Cómo predijo que habían de hacerse las paces entre el obispo y el «podestà» de Asís en virtud de las alabanzas de las criaturas que había compuesto y que hizo cantar por sus compañeros en presencia de aquéllos.**

**101. Después de haber compuesto el bienaventurado Francisco las predichas alabanzas de las criaturas que llamó Cántico del hermano sol, aconteció que se originó grave discordia entre el obispo y el podestà (1) de la ciudad de Asís. El obispo excomulgó al podestà, y éste mandó pregonar que ninguno presumiera vender ni comprar nada al obispo, ni celebrar ningún contrato con él.**

**El bienaventurado Francisco que oyó esto estando muy enfermo, tuvo gran compasión de ellos, y más todavía porque nadie trataba de restablecer la paz. Y dijo a sus compañeros: «Es para nosotros, siervos de Dios, profunda vergüenza que el obispo y el podestà se odien mutuamente y que ninguno intente crear la paz entre ellos». Y al instante, y con esta ocasión, compuso y añadió estos versos a las alabanzas sobredichas:**



*«Lado seas, mi Señor,  
por aquellos que perdonan por tu Amor  
y soportan enfermedad y tribulación.  
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,  
pues por ti, Altísimo, coronados serán».*

**Llamó luego a uno de sus compañeros y le dijo: «Vete al podestà y dile de mi parte que tenga a bien presentarse en el obispado con los magnates de la ciudad y con cuantos ciudadanos pueda llevar».**

**Cuando salió el hermano con el recado, dijo a otros dos compañeros: «Id y cantad ante el obispo, el podestà y cuantos estén con ellos el Cántico del hermano sol. Confío en que el Señor humillará los corazones de los desavenidos, y volverán a amarse y a tener amistad como antes».**

**Reunidos todos en la plaza del claustro episcopal, se adelantaron los dos hermanos, y uno de ellos dijo: «El bienaventurado Francisco ha compuesto durante su enfermedad unas alabanzas del Señor por sus criaturas en loor del mismo Señor y para edificación del prójimo. Él mismo os pide que os dignéis escucharlas con devoción». Y se pusieron a cantarlas.**

**Inmediatamente, el podestà se levantó y, con las manos y los brazos cruzados, las escuchó con la mayor devoción, como si fueran palabras del Evangelio, y las siguió atentamente, derramando muchas lágrimas. Tenía mucha fe y devoción en el bienaventurado Francisco.**

**Acabado el cántico de las alabanzas, dijo el podestà en presencia de todos: «Os digo de veras que no sólo perdono al obispo, a quien quiero y debo tener como mi señor; pero, aunque alguno hubiera matado a un hermano o hijo mío, lo perdonaría igualmente». Y, diciendo esto, se arrojó a los pies del obispo y dijo: «Señor, os digo que estoy dispuesto a daros completa satisfacción, como mejor os agradare, por amor a nuestro Señor Jesucristo y a su siervo el bienaventurado Francisco».**

El obispo, a su vez, levantando con sus manos al podestà, le dijo: «Por mi cargo debo ser humilde, pero mi natural es propenso y pronto a la ira; perdóname». Y, con sorprendente afabilidad y amor, se abrazaron y se besaron mutuamente.

Los hermanos quedaron estupefactos y radiantes de alegría al comprobar que se había cumplido puntualmente lo que había predicho el bienaventurado Francisco acerca de esta concordia. Y todos los presentes lo juzgaron por gran milagro; atribuyeron a los méritos del bienaventurado Francisco que tan de inmediato los visitara el Señor, haciendo que volvieran los dos de tanto escándalo y discordia a tan perfecta concordia sin el menor recuerdo de pasadas injurias.

Nosotros que vivimos con el bienaventurado Francisco, damos testimonio de que, cuando decía de alguno: «Es o será así», siempre se cumplía a la letra. Y nosotros hemos visto tantas cosas, que sería prolijo escribirlas o contarlas.

**Cómo previó la caída de un hermano que no quería confesarse bajo capa de guardar silencio.**

102. Hubo un hermano, en su porte exterior de vida devoto y santo, que de día y de noche parecía muy solícito en hacer oración. Guardaba de tal manera silencio continuo, que, cuando se confesaba con el sacerdote, se valía, a veces, de señas, no de palabras. Tan devoto y fervoroso parecía en el amor de Dios, que, sentado en ocasiones con los hermanos, con sólo oír buenas palabras -nunca hablaba-, se alegraba de forma extraordinaria interior y exteriormente; tanto que con esto movía muchas veces a devoción a los demás hermanos.

Habiendo llevado muchos años este tenor de vida, sucedió que viniera el bienaventurado Francisco al lugar donde él estaba. Cuando le informaron de la vida de este hermano, les dijo: «Tened, en verdad, por cierto que está asediado por tentación diabólica; la señal es que no se quiere confesar».

Llegóse allí el ministro general (cf. LP 116) a visitar al bienaventurado Francisco y empezó ante él a elogiar al mencionado hermano. Pero el bienaventurado Francisco atajó: «Créeme, hermano, que está llevado y engañado por el espíritu maligno».

El ministro general repuso: «No deja de ser raro y casi increíble que pueda suceder esto en un hombre que ostenta tantas señas y obras de santidad». Mas el bienaventurado Francisco continuó: «Pruébalo; dile que se confiese una o dos veces a la semana. Si no te obedeciere, ten por cierto que es verdad lo que he dicho».

El ministro general intimó al hermano: «Hermano, quiero absolutamente que te confieses dos veces a la semana, o una por lo menos». El taciturno se puso el dedo en la boca y, moviendo la cabeza y haciendo señas, manifestó que no lo haría de ninguna manera, por amor al silencio. El ministro, temiendo escandalizarlo, lo dejó.

Pocos días después salió de la Orden voluntariamente y regresó al siglo vestido de hábito seglar.

Y sucedió que dos de los compañeros del bienaventurado Francisco que iban de camino cierto día, tropezaron con él, que venía solo, como paupérrimo caminante. Con gran compasión le hablaron: «¡Infeliz! ¿Dónde ha quedado aquel tenor de vida tan devoto y santo? No querías conversar ni mostrarte a tus hermanos, y ahora andas errante por el mundo, como hombre que no conoce a Dios».

Él empezó a hablar, perjurando muchas veces por su fe, como suelen hacer los del mundo, y le dijeron: «¡Infeliz! ¿Por qué juras ahora por tu fe, como suelen hacer los del siglo, cuando antes evitabas no sólo las palabras ociosas, sino hasta las buenas?»

Y así, le dejaron. A los pocos días murió. Nosotros quedamos admirados al ver que se cumplía a la letra lo que había dicho el bienaventurado Francisco en el tiempo en que aquel desdichado era tenido como santo por los hermanos.

Uno que lloraba delante del bienaventurado Francisco para que lo recibiera en la Orden.

103. En el tiempo en que ninguno era admitido a la Orden sino con licencia del bienaventurado Francisco (cf. LP 70 n.5), vino a él, que estaba enfermo en el palacio del obispo de Asís, el hijo de un noble de Lucca con otros muchos que querían ingresar en la Orden.

Al presentarse todos ellos al bienaventurado Francisco, hizo el joven una reverencia ante él y empezó a llorar a lágrima viva, al mismo tiempo que pedía ser admitido a la Orden. El bienaventurado Francisco, mirándole, le dijo: «Hombre infeliz y carnal, ¿por qué mientes al Espíritu Santo y a mí? Tu llanto es carnal, no espiritual».

Y, dicho esto, llegaron al palacio, a caballo, unos parientes suyos que querían sacarlo y llevárselo. Al oír el ruido de los caballos, se asomó a una ventana, y vio que eran allegados suyos. Inmediatamente bajó donde ellos y, tal como lo había predicho el bienaventurado Francisco, se volvió con ellos al siglo.

La viña de un sacerdote que dejaron sin uvas a causa del bienaventurado Francisco.

104. A causa de la enfermedad de los ojos, moraba el bienaventurado Francisco, en compañía de un pobre sacerdote, en la iglesia de San Fabián (2), cerca de Rieti. Entonces se encontraba el papa Honorio con toda la curia en dicha ciudad (cf. LP 67 n. 3). Muchos cardenales y otros personajes del clero visitaban casi todos los días al bienaventurado Francisco por la devoción que le tenían. Poseía la iglesia una pequeña viña junto a la casa en que estaba el bienaventurado Francisco, y en la casa había una puerta, por la que casi todos los que lo visitaban pasaban a la viña. Lo hacían porque las uvas estaban entonces en sazón y el lugar era agradable. Como consecuencia, toda la viña quedó hollada y casi limpia de uvas.

El sacerdote empezó a enojarse, diciendo: «Aunque es pequeña la viña, de ella recogía lo suficiente para mis necesidades, y este año todo lo he perdido».

Cuando llegó esto a oídos del bienaventurado Francisco, mandó llamar al sacerdote y le dijo: «No te turbes, señor, pues de momento no podemos hacer otra cosa; pero ten confianza en el Señor y espera, que por este pequeñuelo siervo tuyo podrás resarcirte íntegramente del daño causado. Dime: ¿cuántos cántaros de vino has cosechado el año en que esta viña más ha dado?» El sacerdote respondió: «Trece cántaros, Padre». El bienaventurado Francisco contestó: «No estés por más tiempo malhumorado ni ofendas por esto de palabra a nadie; ten fe en el Señor y en mis palabras; si recogieres menos de veinte cántaros, yo haré que llegues a ese número».

A partir de ese momento, el sacerdote guardó silencio y quedó tranquilo. Al tiempo de vendimiar recogió de la viña, por la divina largueza, veinte cántaros de vino, no menos. El sacerdote quedó maravillado, y lo mismo cuantos lo oyeron; y decían que, aunque las cepas hubieran estado cargadas de racimos, era imposible que hubieran dado tal cantidad de uva.

Nosotros que vivimos con él damos testimonio de que no sólo en este caso, sino siempre, se cumplía a la letra lo que él había predicho.

**Unos caballeros de Perusa que le impedían predicar.**

**105. Predicando el bienaventurado Francisco en la plaza de Perusa ante un gran concurso de fieles, algunos caballeros de la ciudad montados a caballo empezaron a correr por la plaza y a divertirse con las armas, e impedían la predicación. A pesar de que los asistentes a la predicación les afeaban su proceder, no cesaban de su diversión.**

**Dirigiéndose el bienaventurado Francisco a ellos, les habló así con fervor de espíritu: «Escuchad y atended lo que el Señor os anuncia por este pobre siervo suyo; ni digáis: ¡Éste es de Asís!» (Se expresaba así porque el odio ciudadano entre Perusa y Asís era ya inveterado, y todavía está vivo) (3).**

**Y continuó hablándoles: «El Señor os ha levantado por encima de vuestros vecinos, mas por eso mismo estáis más obligados a reconocer a vuestro Creador, humillándoos no sólo ante él, sino también ante vuestros vecinos. Pero, engraidos por la soberbia, arruinasteis a vuestros vecinos y matasteis a muchos. Pero yo os anuncio que, si no os convertís pronto a Dios y dais satisfacción a los que habéis ofendido, el Señor, que nada deja impune, hará que, para mayor venganza y castigo y para vuestro mayor escarnio, os levantéis en lucha unos contra otros, y, una vez que haya estallado la sedición y la guerra intestina, tengáis que sufrir tal cúmulo de tribulaciones como jamás os hubieran podido originar vuestros vecinos».**

**El bienaventurado Francisco no callaba nunca en sus predicaciones los vicios del pueblo, sino que los denunciaba y los corregía con valor. Pero le había dado el Señor tantas gracias y dones, que cuantos oían sus palabras, de cualquier clase y condición que fuesen, le oían con temor y le reverenciaban por la gracia que Dios había derramado en él. Y, por mucha que fuera la vehemencia con que eran reprendidos, siempre quedaban prendados de sus palabras, y se convertían al Señor o se compungían de corazón.**

**Y permitió Dios que, a los pocos días, se armara tal escándalo entre los caballeros y el pueblo, que éste llegó a arrojar de la ciudad a los caballeros. Los caballeros, apoyados por la Iglesia, devastaron los campos y los viñedos y talaron los árboles, y causaron todo el mal que pudieron al pueblo. El pueblo, a su vez, destrozó todos los bienes de los caballeros; y así, según la predicción del bienaventurado Francisco, pueblo y caballeros quedaron castigados.**

**Cómo previó la oculta tentación y tribulación de un hermano.**

**106. Un hermano muy espiritual y familiar del bienaventurado Francisco venía sufriendo, desde hacía muchos días, sugerencias gravísimas del diablo, que lo pusieron al borde de la desesperación. Y crecía cada día tanto la sugestión, que ya se avergonzaba de confesarse tantas veces; en su angustia, se mortificaba mucho con abstinencias, vigiliias, lágrimas y disciplinas.**

**Dios había dispuesto en su divina providencia que el bienaventurado Francisco llegara a aquel lugar. Y un día que paseaba el hermano con el bienaventurado Francisco, conoció éste, por moción del Espíritu Santo, la tribulación y tentación del hermano. Apartándose un poco de otro hermano que iba con ellos, se acercó al atribulado y le dijo: «Carísimo hermano, quiero que no te creas obligado a confesar más esas sugerencias diabólicas y que no tengas miedo, pues no han dañado lo más**

mínimo a tu alma; con mi aprobación di siete padrenuestros cuando te veas acosado de ellas».

El hermano se alegró mucho de que le hubiera dicho que no tenía que confesarse, pues era particularmente esto por lo que vivía tan angustiado. Pero se quedó estupefacto considerando que el bienaventurado Francisco había leído en su interior lo que sólo conocían los sacerdotes a los que se había confesado.

Al momento fue liberado de la tribulación por la gracia de Dios y los méritos de San Francisco, y gozó desde entonces de admirable paz y sosiego. Era lo que el Santo esperaba y ésta la razón por la que lo descargó de ir a confesarse.

**Lo que predijo del hermano Bernardo y cómo todo se cumplió.**

107. Como en los días cercanos a su muerte le hubieran preparado una comida más delicada, se acordó del hermano Bernardo, que fue el primero de los hermanos, y dijo a sus compañeros: «Esta comida es muy buena para el hermano Bernardo». Y mandó llamarlo. Luego que llegó, se sentó junto al lecho donde yacía el Santo. Y dijo el hermano Bernardo: «Padre, te ruego que me des tu bendición y me muestres tu amor. Si me muestras tu afecto paternal, creo que Dios y todos los hermanos me amarán más».

El bienaventurado Francisco, que desde hacía muchos días había perdido la luz de los ojos, no lo podía distinguir; extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza del hermano Gil, el tercer hermano, que, por estar sentado junto a él, creyó que era la del hermano Bernardo. Mas, conociéndolo por luz del Espíritu Santo, dijo: «Ésta no es la cabeza de mi hermano Bernardo».

Entonces, éste se acercó más, y el bienaventurado Francisco, poniendo la mano sobre su cabeza, lo bendijo (cf. 1 Cel 108; Flor 6), y mandó a uno de sus compañeros: «Escribe lo que te voy a decir: "El primer hermano que me dio el Señor fue Bernardo; el primero que empezó a cumplir y cumplió con toda diligencia la perfección del Evangelio distribuyendo todos sus bienes a los pobres. Por esto y por otras muchas prerrogativas tuyas, estoy obligado a amarlo más que a ningún hermano en toda la Orden. Así que, en cuanto está de mi parte, quiero y mando que, cualquiera que fuese el ministro general, lo ame y reverencie como a mí mismo. Y que los ministros y todos los hermanos de toda la Religión lo miren como si de mí se tratara"». El hermano Bernardo y los demás hermanos se sintieron muy consolados con estas palabras.

Considerando el bienaventurado Francisco la altísima perfección a que había llegado el hermano Bernardo, profetizó de él en presencia de algunos hermanos, diciendo: «Os aseguro que, para ejercitarlo, acosarán al hermano Bernardo algunos de los más terribles y sagaces demonios, que lo enredarán en mil tribulaciones y tentaciones. Pero, al acercarse su fin, el Señor misericordioso apartará de él toda suerte de tribulaciones y tentaciones y establecerá en tanta paz y consuelo su espíritu y su cuerpo, que todos los hermanos que lo presencien quedarán muy maravillados y lo tendrán por gran milagro; y en esa paz y consuelo de alma y cuerpo volará al Señor» (cf. 2 Cel 48).

Todo esto se cumplió a la letra en el hermano Bernardo, no sin gran admiración de todos los hermanos que lo habían oído del bienaventurado Francisco. El hermano Bernardo gozaba en su última enfermedad de tanta paz y consuelo espiritual, que no quería estar echado en el lecho. Y, si yacía, estaba medio incorporado, para que ni la más ligera nubecilla subiera por su mente y le impidiera la consideración de Dios por el sueño o alguna imaginación. Y si alguna vez le sucedía lo que quería evitar, luego se levantaba y se despabilaba, diciendo: «¿Qué pasa? ¿Por qué he pensado



así?» No quería tampoco tomar medicinas; y al que se las ofrecía le decía: «Mira, no me distraigas».

Para poder expirar con más paz y más libre de todo, abandonó el cuidado de su cuerpo en manos de un hermano que hacía de médico, y le dijo: «No quiero tener ningún cuidado de la comida y de la bebida. Lo dejo en tus manos: si me la ofreces, la tomaré; si no, no la pediré».

Desde el momento en que cayó enfermo, quiso tener cerca un sacerdote hasta la hora de morir; y, cuando le venía a la mente algo que agobiara su conciencia, al punto se confesaba.

Después de su muerte se tornó blanco; su cuerpo, blando, y su cara, sonriente. Aparecía más hermoso de muerto que vivo, y todos se complacían más en contemplar su aspecto después de muerto que cuando vivía; parecía, en verdad, un santo sonriendo.

Cómo, cercano a su muerte, comunicó a la bienaventurada Clara que aún lo vería, y se cumplió después de su muerte.

108. Dentro de la semana en que murió el bienaventurado Francisco, la señora Clara -la primera planta de las hermanas pobres de San Damián en Asís, émula principal del bienaventurado Francisco en la conservación de la perfección evangélica-, temerosa de morir antes que él, pues los dos estaban gravemente enfermos, lloraba amargamente y no lograba consolarse, porque creía que no iba a ver más al bienaventurado Francisco, que era su único padre después de Dios, su confortador y maestro y el primero que la fundamentó en la gracia de Dios.

Valiéndose de un hermano, se lo comunicó al bienaventurado Francisco. Al escucharlo el Santo, se compadeció de ella por el amor singular y el afecto paterno que le profesaba. Pero, considerando que no podía suceder lo que ella pretendía, esto es, verlo vivo, para consuelo de ella y de todas las hermanas le dio por escrito su bendición y le perdonó todo defecto que pudiera haber cometido contra sus exhortaciones y contra los mandamientos y consejos del Hijo de Dios. Y para que se sobrepusiera a toda tristeza, iluminado por el Espíritu Santo, le habló así al hermano que ella le había mandado: «Ve y di a la señora Clara que abandone toda tristeza y dolor porque no pueda verme por ahora; pero que sepa de cierto que, antes de morir ella, me verán ella y sus hermanas, y tendrán en esto gran consuelo».

Y sucedió que, muerto el bienaventurado Francisco poco después al anoecer [del 3 de octubre de 1226], vino por la mañana todo el pueblo y el clero de la ciudad de Asís, y entre himnos y alabanzas, llevando todos ramos de árboles, levantaron el santo cuerpo del lugar donde expiró. Por disposición divina, lo llevaron a San Damián, para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del bienaventurado Francisco para consolar a sus hijas y siervas.

Y, removida la reja de hierro por donde las monjas solían (4) comulgar y escuchar la palabra de Dios, los hermanos levantaron del ataúd el santo cuerpo y lo sostuvieron en sus brazos ante la ventanilla por buen espacio de tiempo, mientras la señora Clara y sus hermanas se consolaban con verlo, aunque llenas de pena y de lágrimas al verse privadas de los consuelos y exhortaciones de tan gran padre.

Cómo predijo que su cuerpo sería honrado después de muerto.

109. Un día en que yacía enfermo en el palacio del obispo de Asís, un hermano espiritual le dijo en plan de bromas y sonriéndose: «¿Por cuánto venderías al Señor estos sacos tuyos? Muchos baldaquinos y telas de seda se pondrán sobre este cuerpecillo, ahora cubierto de saco». Entonces tenía una gorra cubierta del mismo saco que el vestido.

Y respondió el bienaventurado Francisco, o, más bien, el Espíritu Santo por él, y dijo con gran fervor y gozo espiritual: «Dices verdad, pues así sucederá para alabanza y gloria de mi Dios».

## CAPÍTULO XI

Providencia divina para con él en las cosas exteriores.

Cómo el Señor proveyó a los hermanos que estaban con el médico sentados ante una mesa muy pobre.

110. Estando el bienaventurado Francisco en el eremitorio de Fonte Colombo (cf. LP 68), cerca de Rieti, por la enfermedad de sus ojos, lo visitó un día el especialista en esta enfermedad. Como se hubiese detenido allí bastante tiempo y quisiese ya marchar, el bienaventurado Francisco dijo a uno de los compañeros: «Id y dadle de comer opíparamente al médico». El compañero respondió: «Padre, nos ruboriza el decirlo, pero estamos ahora tan pobres, que nos da vergüenza invitarle a comer».

El bienaventurado Francisco dio por respuesta a los compañeros: «Hombres de poca fe, no me hagáis hablar más». Y el médico dijo a Francisco: «Hermano, por lo mismo que los hermanos son tan pobres, tengo más gusto en comer con ellos». El médico era muy rico, y, aunque el bienaventurado Francisco y sus compañeros le habían invitado muchas veces, nunca había aceptado el comer allí.

Fueron los hermanos y prepararon la mesa; con gran rubor presentaron un poco de pan y de vino con algunas hortalizas que habían preparado para ellos. Apenas se sentaron a la paupérrica mesa y empezaron a comer, cuando llamaron a la puerta. Se levantó uno de los hermanos y fue a abrir. Y, al abrir la puerta, se encontró con una mujer que acababa de llegar con una cesta grande llena de un pan hermoso, de una porción de peces, de pasteles de camarones, de miel y de uvas frescas al parecer, que enviaba al bienaventurado Francisco la señora de un castro que distaba siete millas.

Ante el suceso, los hermanos y el médico quedaron admirados y llenos de gozo, y todos reconocieron la santidad del bienaventurado Francisco, atribuyendo el hecho a sus méritos. Y el médico dijo a los hermanos: «Hermanos míos, ni vosotros ni yo conocemos como debiéramos la santidad de este hombre».

Cierto pescado que apeteció comer en una enfermedad.

111. Otra vez que estaba enfermo muy grave en el palacio del obispo de Asís (5), los hermanos le instaban a que comiese algo. Y él les respondía: «No tengo ganas de comer; pero, si tuviese un trozo del pez que se llama lucio, lo comería con gusto».

Lo acababa de decir, cuando llegó un hombre con una canasta con tres buenos lucios bien preparados y una torta de camarones, que comía a gusto el Padre santo. Esto era enviado por el hermano Gerardo, ministro de Rieti.

Admirando todos la divina Providencia, alabaron al Señor, que había provisto a su siervo de lo que entonces era imposible hallar en Asís, porque era invierno.

Manjar y paño que deseaba, cercano a su muerte

112. Estando el bienaventurado Francisco en Santa María de los Ángeles durante su última enfermedad, es decir, de la que murió, llamó un día a sus compañeros y les dijo: «Sabéis que la señora Jacoba de Settesoli (cf. 3 Cel 37) ha sido y es muy devota y fiel a mí y a nuestra Religión. Creo que agradecería mucho y le serviría de gran consuelo que le comunicarais mi estado de salud, y en particular que le dierais el encargo de que me envíe paño religioso de color ceniza, y también de aquella vianda que solía prepararme tantas veces en Roma». Los romanos llaman a este manjar «mostaccioli», y se prepara con almendras, azúcar y otros ingredientes.

Era esta señora muy espiritual y viuda, de las más nobles y ricas de toda Roma; por los méritos y predicación del bienaventurado Francisco había conseguido tan inmensa gracia del Señor, que, por las lágrimas que continuamente derramaba y por la devoción que profesaba al amor y dulzura de Cristo, parecía otra Magdalena.

Escribieron la carta, como había dicho el Santo, y un hermano buscaba a algún otro hermano que la llevara a la dicha señora. Entonces mismo llamaron a la puerta. Cuando el hermano abrió la puerta, vio que era la misma señora Jacoba, que a toda prisa había venido a visitar al bienaventurado Francisco.

En cuanto la reconoció, uno de los hermanos fue en seguida a dar al bienaventurado Francisco la alegre noticia de que había llegado de Roma la señora Jacoba con un hijo suyo y muchas personas más a visitarlo. Y preguntó: «Padre, ¿qué hacemos? ¿Le permitimos entrar y venir hasta aquí?»

Preguntaba esto porque sabía que, por voluntad de San Francisco, se había establecido que, por mayor honestidad y devoción a este lugar, no se permitiera entrar en él a ninguna mujer (6). Y respondió el bienaventurado Francisco: «Con esta señora, a quien su gran fe y devoción ha impelido a venir desde tan lejos, no reza este estatuto».

Entró, pues, la señora hasta el lugar donde yacía el bienaventurado Francisco y derramó muchas lágrimas ante él. ¡Y cosa admirable! Había traído el paño mortuario, de color ceniza, para una túnica y todo lo demás que contenía la carta, como si la hubiera leído.

La señora habló así a los hermanos: «Hermanos míos, he oído que se me decía en espíritu cuando oraba: 'Ve y visita a tu padre bienaventurado Francisco; date prisa y no tardes, porque, si te detienes mucho, no lo encontrarás vivo. Y lleva tal paño para túnica y tales cosas para que le prepares tal vianda. Lleva también buena cantidad de cera para hacer velas, e incienso'». Todo esto, menos el incienso, contenía la carta que se iba a enviar.

Y así sucedió que el mismo que inspiró a los reyes que fueran con presentes a adorar a su Hijo el día de su nacimiento, inspiró también a aquella noble y santa señora que fuera con sus regalos a honrar a su amadísimo siervo en los días de su muerte, o, más bien, de su verdadero nacimiento.

La señora preparó aquella vianda de la que gustaba comer el santo Padre; pero apenas la probó, pues le iban faltando las fuerzas y se acercaba a la muerte.

Mandó hacer también muchas velas para que lucieran después de la muerte ante su santísimo cuerpo; y del paño que había traído hicieron los hermanos una túnica, con la que fue sepultado.

Pero él mandó a los hermanos que la cosieran por fuera de saco en señal y ejemplo de santísima humildad y como obsequio a dama Pobreza. Y en la misma semana que vino la señora Jacoba, voló al cielo nuestro Padre santísimo.

## Capítulo XII

Su amor a las creaturas y amor de éstas a él.

**Amor especial que tuvo a las alondras, porque representan al buen religioso.**

**113. Absorto el bienaventurado Francisco todo él en el amor de Dios, contemplaba no sólo en su alma, tan hermosa por la perfección de todas las virtudes, sino también en cualquiera creatura, la bondad de Dios. Por eso, se sentía como transportado de entrañable amor para con las creaturas, y en especial para con aquellas que representaban mejor algún destello de Dios o alguna nota peculiar de la Religión.**

**Así, entre todas las aves, amaba con predilección una avecita que se llama alondra (7). De ella solía decir: «La hermana alondra tiene capucho como los religiosos y es humilde, pues va contenta por los caminos buscando granos que comer. Y, aunque los encuentre en el estiércol, los saca y los come. Cuando vuela, alaba a Dios con dulce canto, como los buenos religiosos, que desprecian todo lo de la tierra y tienen su corazón puesto en el cielo, y su mira constante en la alabanza del Señor. El vestido, es decir, su plumaje, es de color de tierra, y da ejemplo a los religiosos para que no se vistan de telas elegantes y de colores, sino viles por el valor y el color, así como la tierra es más vil que otros elementos».**

**Y porque las consideraba adornadas de estas propiedades, se complacía mucho en verlas. Y fue del divino beneplácito que estas avecillas le demostraran señales de afecto especial en la hora de su muerte. Pues en la tarde del sábado, después de vísperas y antes de la noche, hora en que el bienaventurado Francisco voló al Señor, una bandada de estas avecillas llamadas alondras se vino sobre el techo de la celda donde yacía y, volando un poco, giraban, describiendo círculos en torno al techo, y cantando dulcemente parecían alabar al Señor.**

**Cómo quiso persuadir al emperador a que diese una ley especial para que en la Navidad del Señor los hombres proveyeran abundantemente a las aves, al buey y al asno y a los pobres.**

**114. Nosotros que vivimos con el bienaventurado Francisco y escribimos esto, damos testimonio de haberle oído decir muchas veces: «Si yo lograra hablar con el emperador, le suplicaría y le persuadiría a que, por amor de Dios y mío, diera una ley especial de que nadie coja o mate a las hermanas alondras ni les haga daño alguno.**

**»Asimismo, que las autoridades de las ciudades y los señores de los castros y de las villas estuvieran obligados a mandar a sus subordinados que cada año el día de la Navidad del Señor echaran grano de trigo o de otros cereales por los caminos del campo para que pudieran comer las hermanas alondras y otras aves en fiesta tan solemne. Y también que, por reverencia al Hijo de Dios, a quien esa noche la Santísima Virgen María acostó en un pesebre entre el buey y el asno, todos aquellos que tuvieran alguno de estos animales les dieran esa noche abundante y buen pienso; igualmente, que todos los ricos dieran en ese día sabrosa y abundante comida a los pobres».**

**El bienaventurado Francisco tenía a esta solemne fiesta de Navidad mayor reverencia que a otras fiestas, y así decía: «Solamente después que el Señor ha nacido por nosotros, hemos podido ser salvos». Y quería que en este día todo cristiano saltara de gozo en el Señor y que, por amor de quien se nos entregó a nosotros, todos agasajaran con largueza no sólo a los pobres, sino a los animales y a las aves.**

**Amor y obediencia que le demostró el fuego cuando tuvo que hacerse un cauterio.**

**115. Cuando vino al eremitorio de Fonte Colombo, cerca de Rieti, a ponerse en cura de los ojos, a lo que le habían obligado, por obediencia, el señor obispo de Ostia y el hermano Elías, ministro general, un día lo visitó el médico.**

**Examinada la enfermedad, dijo al bienaventurado Francisco que querría hacerle un cauterio desde la parte superior de la mejilla hasta la ceja del ojo más enfermo. El bienaventurado Francisco no quería ponerse en tratamiento si no venía el hermano Elías, porque le había dicho que quería estar presente cuando el médico iniciara la cura. Quería que fuera el ministro general quien lo dispusiera todo, porque le asustaba y le resultaba muy duro tener tan gran responsabilidad de sí mismo.**

**Como lo hubiera esperado por algún tiempo y no llegara por impedirsele sus muchas ocupaciones, permitió por fin que el médico hiciera lo que quería. El médico puso el punzón de hierro en el fuego para hacer el cauterio, y el bienaventurado Francisco, para fortalecer más su espíritu y para que no desfalleciera, habló así al fuego: «Hermano mío fuego, noble y útil entre todas las creaturas, muéstrate ahora cortés conmigo, ya que siempre te he amado y te seguiré amando por amor de tu Creador. Ruego también a nuestro Creador, que nos ha creado a los dos, que modere tu ardor, para que yo pueda soportarlo». Y, acabada esta oración, trazó sobre el fuego la señal de la cruz.**

**Nosotros que estábamos con él entonces, nos retiramos despavoridos, porque no lo resistía nuestra piedad y compasión, y se quedó el médico solo con él. Luego que el médico acabó el cauterio, volvimos a él y nos dijo: «Pusilánimes y de poca fe, ¿por qué habéis huido? Pues yo os digo en verdad que no he sentido dolor alguno, ni el ardor del fuego. Y, si todavía no ha quedado bien cauterizado, puede cauterizarlo mejor».**

**El médico no pudo menos de admirarse y decir: «Hermanos míos, os confieso que hubiera temido que cauterio tan recio no hubiera podido soportarlo, no ya éste, débil y enfermo, sino ni el hombre más fuerte. Y él, ¿ni se ha movido ni ha dado muestra alguna de dolor!»**

**Juzgó necesario el médico quemar todas las venas desde la oreja hasta la ceja, pero no le sirvió de nada. Asimismo, otro médico le perforó con un punzón candente las dos orejas, y tampoco le alivió nada.**

**No es de admirar que el fuego y otras creaturas se le mostraran en ocasiones obedientes y respetuosas, pues -nosotros que hemos estado con él- hemos visto muchísimas veces con qué afecto las miraba y se complacía en ellas, y cómo su espíritu, llevado de tierna compasión, aspiraba a que nadie las tratara con desconsideración; él conversaba con ellas con gozo interior y exterior como si fuesen seres racionales; y muchas veces le servían para quedar arrebatado en Dios.**

**No quiso apagar ni permitió que apagaran el fuego que prendió en sus calzones**

**116. Entre las creaturas inferiores e insensibles, amaba singularmente al fuego, por su belleza y utilidad. Por ello, nunca le quería estorbar en su misión.**

**Una vez que estaba sentado al amor de la lumbre, se le prendieron, sin darse cuenta, los calzones de lino por la rodilla, y, cuando empezó a sentir el calor del fuego, no quiso apagarlo. El compañero, viendo que se le estaba quemando la tela, se acercó presuroso a matar el fuego; pero el Santo se lo impidió y le dijo: «Hermano carísimo, ¡no hagas mal al hermano fuego!» Y no permitió de ninguna manera que lo apagase.**

**Este hermano salió precipitadamente a llamar al hermano que era su guardián y lo trajo a donde estaba el bienaventurado Francisco; y el guardián apagó el fuego, contra la voluntad del Santo. Ni por urgente necesidad quería apagar el fuego, o el candil, o las velas: ¡tanta era su piadosa atención para con él!**

No quería tampoco que los hermanos arrojaran las brasas o tizones de un lugar a otro, como es costumbre, sino que quería que los dejaran en el suelo por reverencia a quien los ha creado.

No quiso usar más una piel por haber impedido que el fuego la arrasara.

117. Un día de aquellos en que ayunaba una cuaresma en el monte Alverna, a la hora de comer, el compañero encendió fuego en la celda que hacía de comedor, y, dejándolo encendido, fue en busca del bienaventurado Francisco a otra celda donde éste oraba. Llevaba consigo un misal para leerle el Evangelio de aquel día, porque los días que no podía oír misa quería oír el Evangelio de la misa del día antes de la comida.

Cuando volvió, para comer, a la celda donde estaba el fuego encendido, vio que éste ardía, y las llamas llegaban al techo. El compañero empezó a apagarlo a toda prisa, pero él solo no podía sofocarlo. El bienaventurado Francisco no se prestó a ayudarlo, sino que, tomando una piel que usaba por la noche, se marchó con ella al bosque.

Cuando los hermanos de aquel lugar, que estaban un poco lejos, se dieron cuenta de que se quemaba la celda, vinieron corriendo y apagaron el fuego. Luego vino el bienaventurado Francisco a comer, y después de la comida dijo al compañero: «No quiero usar ya más esta piel, porque mi avaricia no ha consentido que el hermano fuego la devorara».

Amor especial que profesó al agua y a las piedras, a los árboles y a las flores.

118. Después del fuego, amaba con amor singular al agua, porque representa la santa penitencia y la contrición, por las cuales se limpian las manchas del alma y porque la primera ablución del alma se hace con el agua del bautismo. Así, cuando se lavaba las manos, se cuidaba de elegir un lugar en el que no pudiera ser pisada el agua que caía a tierra.

También, cuando era preciso andar sobre las piedras, caminaba con gran temor y reverencia, por amor de aquel que es llamado piedra (1 Cor 10,4). Y, cuando rezaba el versículo del salmo: Me has ensalzado sobre la piedra (Sal 60,3), decía con profunda y reverente devoción: «Bajo los pies de la roca me has exaltado».

Al hermano encargado de preparar la leña para la lumbre le decía que nunca cortase el árbol entero, sino que dejara algunas ramas íntegras, por amor del que quiso salvarnos en el árbol de la cruz.

Igualmente, decía al hermano encargado de cultivar el huerto que no destinase toda la tierra para hortalizas comestibles, sino que dejara un trozo de tierra para plantas frondosas, que a su tiempo produjera flores para los hermanos, por amor de quien se llama Flor del campo y lirio de los valles (Ct 21,1).

Decía incluso que el hermano hortelano debería cultivar en algún rincón de la huerta un bonito jardincillo donde poner y plantar toda clase de hierbas olorosas y de plantas que produzcan hermosas flores, para que a su tiempo inviten a cuantos las vean a alabar a Dios. Pues toda creatura pregona y clama: «¡Dios me ha hecho por ti, oh hombre!»

Y nosotros que estuvimos con él veíamos que era tan grande su gozo interior y exterior en casi todas las creaturas, que, cuando las palpaba o contemplaba, más parecía que moraba en espíritu en el cielo que en la tierra. E, impelido por los muchos consuelos que experimentó y experimentaba en la consideración de las creaturas, poco antes de morir compuso unas alabanzas al Señor por las creaturas (cf. EP 120) para excitar a los que las oyeran a alabar a Dios y para que el mismo Señor fuera alabado en sus creaturas por los hombres.

Cómo ensalzaba, más que a ninguna creatura, al sol y al fuego.

119. Con mayor afecto que a las demás criaturas carentes de razón, amaba al sol y al fuego. Y se explicaba así: «Por la mañana, cuando nace el sol, todos deberían alabar a Dios, porque ha creado el sol para nuestra utilidad: por él nuestros ojos ven la luz del día. Y por la tarde, al anochecer, todo hombre debería alabar a Dios por el hermano fuego; por él ven nuestros ojos de noche. Todos, en efecto, somos como ciegos, y el Señor da luz a nuestros ojos por estos dos hermanos nuestros. Por eso, debemos alabar especialmente al Creador por el don de estas y de otras criaturas de las que nos servimos todos los días».

Él lo practicó siempre así hasta su muerte. Es más: cuando se agravaba su enfermedad, empezaba a cantar las alabanzas del Señor a través de las criaturas, y luego hacía que las cantaran sus compañeros, para que, considerando la alabanza del Señor, se olvidara de la acerbidad de sus dolores y enfermedades.

Pensaba y decía que el sol es la más hermosa de todas las criaturas y la que más puede asemejarse a Dios y que en la Sagrada Escritura el Señor es llamado sol de justicia (Mal 3,20); así, al titular aquellas alabanzas de las criaturas del Señor que compuso con motivo de que el Señor le cercioró de que estaría en su reino, las quiso llamar Cántico del hermano sol.

Ésta es la alabanza de las criaturas que compuso cuando el Señor le cercioró de su Reino.

*120. Altísimo, omnipotente, buen Señor,  
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.  
A ti solo, Altísimo, corresponden,  
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.  
Lado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,  
especialmente el señor hermano sol,  
el cual es día y por el cual nos alumbras.  
Y él es bello y radiante con gran esplendor;  
de ti, Altísimo, lleva significación.  
Lado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas;  
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.  
Lado seas, mi Señor, por el hermano viento,  
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,  
por el cual a tus criaturas das sustento.  
Lado seas, mi Señor, por la hermana agua,  
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.  
Lado seas, mi Señor, por el hermano fuego,  
por el cual alumbras la noche:  
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.  
Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,  
la cual nos sustenta y gobierna  
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.  
Lado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor  
y soportan enfermedad y tribulación.  
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,*

*pues por ti, Altísimo, coronados serán.  
Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,  
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.  
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!  
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad,  
pues la muerte segunda no les hará mal.  
Lad y bendecid a mi Señor y dadle gracias  
y servidle con gran humildad.*

### Capítulo XIII

Su muerte. Alegría que demostró cuando supo con certeza que estaba muy cercano a la muerte.

Cómo respondió al hermano Elías, que le reprochaba porque mostraba tanta alegría.

121. Cuando yacía enfermo en el palacio del obispo de Asís y parecía que Dios había aplicado su mano sobre él con más peso que de ordinario, temeroso el pueblo de Asís de que, si moría de noche, los hermanos tomaran el cuerpo santo y lo llevaran a enterrar a otra ciudad, acordaron que todas las noches hubiera centinelas apostados por los alrededores, fuera de los muros del palacio, para impedirlo.

Nuestro Padre santísimo, para fortalecer más su espíritu, no fuera que con la acerbidad del dolor, que de continuo le punzaba, alguna vez desfalleciera, hacía que sus compañeros le cantaran muchas veces al día las alabanzas del Señor; y lo mismo hacía de noche para consuelo y edificación de los seglares que hacían vela en las afueras del palacio.

Viendo el hermano Elías que el bienaventurado Francisco en tan dolorosa enfermedad se fortalecía y se gozaba así en el Señor, le dijo: «Carísimo hermano, es para mí de hondo consuelo y edificación ver la alegría que muestras por ti y por los demás compañeros en tu enfermedad. Pero, aunque los hombres de esta ciudad te tienen por santo, sin embargo, como están persuadidos de que tu enfermedad es incurable y que pronto morirás, al oír que estas alabanzas se cantan de día y de noche, podrían decirse para sí: "¿Cómo manifiesta tanta alegría el que está próximo a morir? Debería pensar en ello"».

El bienaventurado Francisco le respondió: «¿Te acuerdas de la visión que tuviste en Foligno (cf 1 Cel 109) y me dijiste entonces que alguno te había dicho que yo no viviría dos años? Pues ya antes que tuvieras esa visión, por la gracia de Dios, que sugiere todo lo bueno al corazón y lo expresa por boca de sus fieles, pensaba continuamente, día y noche, en el término de mi vida. Pero desde aquel momento en que tuviste la visión, he sido más solícito en pensar todos los días en el punto de mi muerte». Y luego, con gran fervor de espíritu, dijo: «Déjame, hermano, gozarme en el Señor y en sus alabanzas mientras padezco, pues, por la gracia recibida del Espíritu Santo, estoy tan adherido y unido a mi Señor que, por su gran misericordia, bien puedo regocijarme en el Altísimo».

Cómo indujo al médico a que le dijera cuánto podía tener de vida.

122. En aquellos días lo visitó en el mismo palacio un médico de Arezzo llamado Buen Juan, muy íntimo del bienaventurado Francisco. Éste le preguntó: «¿Qué te parece, Finiato, de mi mal de hidropesía?» No quiso llamarlo por su nombre propio, porque no quería llamar bueno a ninguno que se llamara así, por reverencia al



Señor, que dice: Ninguno es bueno, sino sólo Dios (Lc 18,19). Asimismo, no llamaba a ninguno «padre» o «maestro», ni lo escribía en sus cartas, por la misma reverencia al Señor, que dice: Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra, ni os llaméis maestros, etc. (Mt 23,9-10).

El médico le dijo: «Hermano, por la gracia de Dios, te irá bien». De nuevo el bienaventurado Francisco: «Dime la verdad: ¿qué te parece? No te dé pena, pues, gracias a Dios, no soy un asustadizo que tema la muerte. Confortado con la gracia del Espíritu Santo, estoy tan unido con mi Señor, que estoy contento con morir como con vivir».

Entonces le dijo abiertamente el médico: «Padre, según los conocimientos de nuestra ciencia médica, tu enfermedad no tiene cura, y creo que a fines del mes de septiembre o el 4 de octubre morirás».

Al oír esto el bienaventurado Francisco, que yacía en el lecho, extendió con toda devoción y reverencia sus manos al Señor y dijo con íntima alegría de alma y cuerpo: «Bienvenida sea mi hermana muerte».

Cómo, cerciorado de que había de morir pronto, ordenó que le cantaran las alabanzas que había compuesto.

123. Después de todo esto, un hermano le dijo: «Padre, tu vida y tu comportamiento fue y es luz y espejo, no sólo para tus hermanos, sino para toda la Iglesia, y lo mismo será tu muerte. Y, aunque tus hermanos y otros sientan tristeza y dolor por tu muerte, para ti será consuelo y gozo infinito. Tú pasarás, de grandes trabajos, al eterno descanso; de muchos dolores y tentaciones, a la paz perdurable; de la pobreza temporal, que amaste siempre y practicaste perfectamente, a las verdaderas e infinitas riquezas, y de la muerte temporal, a la vida sin fin, en donde verás cara a cara a tu Dios y Señor, a quien en este mundo has amado y ansiado con fervoroso amor».

A continuación le dijo con toda claridad: «Padre, has de saber en verdad que, si Dios no te ayuda con alguna medicina del cielo, tu enfermedad no tiene cura y poco vivirás ya, según dictamen de los médicos. Te digo esto para vigorizar tu espíritu y para que te goces siempre en el Señor interior y exteriormente con el fin de que tus hermanos y otros que te visitan te encuentren siempre gozoso en el Señor; que para quienes lo ven y para quienes lo oigan después que hayas muerto, tu muerte sea memorial perpetuo, como lo fue y será siempre tu vida y tu conducta».

Entonces, el bienaventurado Francisco, aunque más decaído que de ordinario por las molestias de la enfermedad, pareció recobrar más alegría espiritual oyendo que tenía próxima la hermana muerte, y con gran fervor de espíritu alabó al Señor, diciendo: «Pues, si es voluntad de mi Señor que muera pronto, llama a los hermanos León y Ángel para que me canten a la hermana muerte».

Tan pronto como llegaron los dos hermanos, llenos de tristeza y dolor, cantaron entre lágrimas el Cántico del hermano sol y de las demás creaturas del Señor que el Santo había compuesto. Y, al llegar a la última estrofa del Cántico, añadió estos versos de la hermana muerte, diciendo:

*«Loado seas, mi Señor,  
por nuestra hermana la muerte corporal,  
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.  
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!  
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará  
en tu santísima voluntad,  
pues la muerte segunda no les hará mal».*

## **Cómo bendijo a la ciudad de Asís cuando era llevado a morir a Santa María.**

**124. Certificado el Padre santísimo, tanto por el Espíritu Santo como por dictamen de los médicos, de la inminencia de la muerte, estando todavía en dicho palacio y sintiéndose cada vez más abrumado y falto de fuerzas, dispuso que lo trasladaran en una camilla a Santa María de la Porciúncula, porque anhelaba acabar su vida allí donde había empezado a experimentar la luz y la vida del alma.**

**Cuando llegaron al hospital, situado a la mitad del camino entre Asís y Santa María (8), dijo a los que lo llevaban que dejaran las parihuelas en el suelo. Como, debido a su prolongada y grave enfermedad de los ojos, apenas veía nada, hizo que le volvieran de forma que tuviera el rostro mirando hacia la ciudad de Asís.**

**Entonces, incorporándose un poco, dio la bendición a la ciudad, diciendo: «Señor, como, según creo, esta ciudad fue en la antigüedad lugar y refugio de hombres malvados, así veo que, cuando has querido, por tu mucha misericordia has manifestado en ella de forma singular la abundancia de tus bondades y que por tu sola bondad la has elegido para que sea lugar y morada de los que te conozcan de verdad y den gloria a tu santo nombre y ofrezcan a todo el pueblo cristiano olor de buena fama, de vida santa, de la doctrina verdadera y de la perfección evangélica. Te ruego, pues, Señor mío Jesucristo, Padre de toda misericordia (cf. LP 5 n. 3), que no te acuerdes de nuestras ingratitudes, sino ten presente la inagotable clemencia que has manifestado en ella, para que sea siempre lugar y morada de los que de veras te conozcan y glorifiquen tu nombre, bendito y gloriosísimo, por los siglos de los siglos. Amén».**

**Dichas estas palabras, lo llevaron a Santa María. Cumplidos los cuarenta años de edad y los veinte de su admirable penitencia, el día 4 de octubre del año del Señor 1226 (9) voló al encuentro de nuestro Señor Jesucristo, a quien amó de todo corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, con vivísimo anhelo y afecto; a Él siguió perfectísimamente, tras Él corrió velozmente y, por fin, gloriosísimamente llegó a Él, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.**

**Aquí acaba el Espejo de perfección del estado del hermano menor, en el cual se puede ver reflejada suficientemente la perfección de su vocación y de su profesión de vida. Toda alabanza y toda gloria sea dada a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. ¡Aleluya, aleluya, aleluya! Honor y acción de gracias a la gloriosísima Virgen María. ¡Aleluya, aleluya! Enaltecimiento y glorificación a su siervo santísimo Francisco. ¡Aleluya! Amén.**

**\*\*\*\*\***

**Notas:**

**1) Primer magistrado o gobernador de algunas ciudades italianas. Cf. LP 84. No es seguro que el podestà fuera Opórtolo. El obispo era Guido II.**

**2) Iglesia llamada hoy «de la Foresta» o «del Bosco».**

**3) LP 75. Bigaroni hace notar que el autor del EP dice que el antiguo odio «existía y existe» ('antiquum odium erat et est'), porque, cuando él escribía, se volvían a despertar las discordias entre las dos ciudades por obra de Francesco de Muzio. Cf. también 2 Cel 37.**

**4) A diferencia de LP 13, que dice «suelen comulgar», el EP dice «solían», que, según Bigaroni, querría decir que el texto habría sido escrito después que las clarisas abandonaron San Damián, esto es, después de 1260.**

**5) A pesar de lo que dice el texto, Bigaroni opina que se trata del palacio del obispo de Rieti, porque es poco probable que el hermano Gerardo le haya enviado el pez a Asís.**

**6) Respecto a la clausura, cf. LP 8 n. 6.**

**7) En el texto original se añade: «que vulgarmente se llama lodola capelluta» = alondra de caperuza.**

**8) El hospital de los crucíferos de San Salvador delle Pareti o di Pallereto.**

**9) Todos los manuscritos del Speculum perfectionis dan estas fechas. La primera ha de ser corregida: murió la noche del 3 de octubre. Respecto a los demás datos, cf. 1 Cel 1 n. 4.**

